

1041. 1.

MEMORIAS DE UN MÉDICO.

Novela de

Alexandro Dumas.

SEGUNDA PARTE.

TOMO I.

CÁDIZ=1847.

Imprenta de la Casa de Misericordia, á Cargo de don F. G. de M.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY

THE LABORATORY OF PHYSICAL CHEMISTRY

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY

THE LABORATORY OF PHYSICAL CHEMISTRY

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY

THE LABORATORY OF PHYSICAL CHEMISTRY

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY

THE LABORATORY OF PHYSICAL CHEMISTRY

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES

THE DEPARTMENT OF CHEMISTRY

THE LABORATORY OF PHYSICAL CHEMISTRY

THE DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES



MEMORIAS DE UN MÉDICO.

PARTE SEGUNDA.

José Bálamo.

CAPITULO I.

La protectora y el protegido.

TIEMPO nos parece ya de que volvamos á ocuparnos de Gilberto, cuya fuga nos habia revelado una exclamacion imprudente de su protectora la señorita Chon.

Asi que nuestro filósofo, en el pueblo de Lachaussee, supo, —con motivo del desafio habido entre Taverney y Dubarry,— el nombre de su protectora, se habia entibiado sobre manera la admiracion que antes le profesaba.

Muy á menudo, allá en Taverney, cuando oculto tras las espesas ramas de un bosquecillo ó escondido en un cenador, seguia ardientemente con la vista á

Andrea que se paseaba con su padre, muy á menudo, repetimos, habia oido al baron explicarse categóricamente y sin rodeos, acerca de la condesa Dubarry. El ódio interesado del viejo Taverney, cuyos vicios y principios conocemos, habia hallado cierta simpatía en el corazon de Gilberto, lo cual dimanaba mas que de otra cosa, de que Andrea no contradecia en manera alguna todo lo que el baron decia en contra y disfavor de la condesa Dubarry; porque es preciso confesar que el nombre de la señora Dubarry era en Francia altamente despreciado. En fin, lo que mas que nada habia adherido á Gilberto al partido del baron, fué que mas de una vez habia oido esclamar á Nicolasa:

—Ah! si fuese yo la condesa Dubarry!

Mientras duró el viaje habia estado Chon demasiado ocupada y entretenida en asuntos demasiado graves para fijar su atencion en el cambio que en el carácter de Gilberto produjera el conocimiento de sus compañeros de viaje. Llegò, pues, Chon á Versailles, no pensando en otra cosa sino en presentar del modo mas ventajoso para el vizconde la estocada de Felipe, ya que no podia redundar en su mayor honra.

Por lo que toca á Gilberto, apenas entrò en la capital, si no de la Francia, á lo menos de la monarquía francesa, olvidó todo mal pensamiento para dejarse arrastrar por una sincera admiracion. Versailles, majestuoso y frio, con sus grandes árboles que en su mayor parte empezaban á secarse y á perecer de vejez, llenó á Gilberto de ese sentimiento de religiosa tristeza que ningun espíritu bien organizado puede menos de

sentir en presencia de las grandes obras erigidas por la perseverancia humana, ó creadas por el poder de la naturaleza.

De esta impresion inusitada en Gilberto, y contra la cual se conjuraba en vano su orgullo innato, resultó que durante los primeros momentos la sorpresa y la admiracion le volvieron mudo y casi atontado. La conviccion íntima que tenia de su miseria y de su inferioridad le abatia y abrumaba; pobre y muy pobre era su traje junto al de aquellos señores llenos de oro y cordones; pequeño y muy pequeño se veia al compararse con los porteros; y hasta en el andar marchaba con timidez, porque conocia que era fácil resbalarse con sus gruesos zapatos claveteados sobre los pavimentos de mosaico y sobre los mármoles bruñidos y encerados de las galerias.

Entonces conoció que le era indispensable el socorro de su protectora, y se aproximó á ella para que los guardias vieses que iba en su compañía; pero precisamente, lo que menos pudo perdonarse luego que recobró la reflexion, fué esa misma necesidad que habia tenido de Chon.

Sabemos ya, porque lo hemos visto en la primera parte de esta obra, que la señora Dubarry habitaba en Versalles una linda estancia, la misma que en otro tiempo habia ocupado Adelaida. El oro, el mármol, los perfumes, las alfombras y los encajes embriagaron primero á Gilberto, sensual por instinto y filósofo por voluntad, y hasta transcurrido mucho tiempo no pudo apercibirse de que se hallaba en un apo-

sento reducido, que le habian servido un caldo, un pedazo de pierna de carnero, y una taza de crema, y que al servirselo el lacayo le habia dicho con tono altanero:

—Quedaos aquí.

En seguida se habia retirado.

Forzoso no obstante nos es decir que una parte del cuadro,—cierto es que era la mejor,—tenia aun encantado á Gilberto. Habíanlo alojado en las guardi-llas; pero desde la ventana de su cuarto veia todo el parque esmaltado de mármol; divisaba el agua de los estanques cubierta de esa corteza verde que estendia sobre ellas el abandono en que las habian dejado, y por encima de las copas de los árboles trémulas como las olas del Océano, entreveia las llanuras matizadas y los horizontes azules de las montañas vecinas. La primera cosa que se preguntó entonces Gilberto, fuè que sin ser ni un cortesano ni un lacayo, sin recomendacion alguna de nacimiento y sin ninguna bajeza de carácter, habitaba en Versailles, es decir, en el palacio del rey.

Mientras Gilberto comia las pocas pero bien sazonadas viandas que le habian presentado, recordará el lector que penetraba Chon en el cuarto de su hermana para decirle al oido que estaba evacuada su comision cerca de la señora de Bearne, y la anunciaba en voz alta el accidente ocurrido á su hermano en la posada de Lachaussée, accidente, que á pesar del ruido que habia metido en un principio, le hemos visto sin embargo ir á perderse y morir en la cima donde debian perderse tantas otras cosas mas importantes, la indiferencia del rey.

Embebido hallábase Gilberto en una de esas meditaciones que le eran familiares tratándose de cosas que sobrepujaban la medida de su inteligencia ó de su voluntad, cuando fueron á avisarle que la señorita Chon le invitaba á bajar; cojió su sombrero, lo cepilló, comparó á hurtadillas su levita raída con la levita nueva del lacayo, y aun cuando se dijo interiormente que aquella levita era de librea, no por eso bajó menos avergonzado de verse en un traje tan poco conforme con los hombres con quienes se rozaba, y con las cosas que pasaban á su vista.

Al propio tiempo que Gilberto, bajaba Chon al patio, solo que ella bajó por la escalera principal, y él por una especie de escalera reservada.

Un coche hallábase aguardando, coche que consistia en una especie de faeton de cuatro asientos, semejante poco mas ó menos á ese carruaje histórico en que el gran rey paseaba á la vez á la señora de Montesperan, á la de Bontanges, y muchas veces tambien á la reina.

Chon subió á él y se instaló en la primera banqueta con un gran cofre y un perrito. Los otros dos asientos estaban destinados á Gilberto y una especie de intendente llamado señor Grange.

Gilberto se apresuró á tomar asiento detrás de Chon para conservar su rango. El intendente, sin oponer la menor dificultad y hasta sin pensar en ello, se sentó á su vez detrás del cofre y del perro.

Tanto era el placer y el contento que animaba el alma y el corazon de la señorita Chon, que pare-

cida á todo lo que habitaba Versailles, se sentia alegre al dejar el gran palacio para respirar el aire de los bosques y de los prados, y se aumentaban los deseos de comunicar sus ideas á cuantos le rodeaban.

Luego que hubo salido de la ciudad, se volvió á Gilberto y le dijo:

—Y bien, señor filósofo, ¿què os ha parecido Versailles?

—Muy hermoso, señora; pero, ¿le dejamos ya?

—Sí, ahora vamos á casa.

—Querreis decir á *vuestra* casa, dijo Gilberto en el tono de un oso que empieza á domesticarse.

—Eso es lo que queria decir. Os presentaré á mi hermana, á quien espero que procuraréis agradar, pues esto mismo es lo que hacen hoy los principales señores de Francia. A propósito señor Grange, mandaréis hacer un vestido completo á este muchacho.

Gilberto se puso encendido de vergüenza.

—Qué vestido, señora? preguntó el mayordomo: ¿la librea ordinaria?

Gilberto dió un brinco sobre su banqueta.

—La librea! exclamó lanzando al mayordomo una mirada feroz.

Chon no pudo contener la risa, y contestó:

—No, mandaréis hacer.... ya os lo diré; tengo una idea que quiero comunicar á mi hermana. Procurad solamente que ese vestido esté dispuesto al mismo tiempo que el de Zamora.

—Está bien, señora.

—Conoceis á Zamora? preguntó Chon á Gilberto, que estaba como atontado al oír aquel diálogo.

—No, señora, dijo, no tengo ese honor.

—Debeis de reconocerle por uno de vuestros compañeros, y á quien hemos nombrado gobernador del castillo de Luciennes. Procurad alcanzar su amistad, pues á pesar de su color, Zamora es un buen muchacho en el fondo.

Gilberto estuvo tentado por preguntar de qué color era Zamora; pero se acordó de la moral que Chon le habia predicado á propósito de la curiosidad, y temiendo recibir otra reprimenda se contuvo.

—Haré todo lo posible para alcanzarla, respondió Gilberto con una sonrisa llena de dignidad.

Bien pronto llegaron á Luciennes, cuyo conjunto abrazó Gilberto de una sola mirada; con el camino recientemente plantado de árboles, el gran acueducto que parece ser una obra romana, los bosques de castaño de espeso follaje, y por último, el magnífico golpe de vista que presentan los llanos y los bosques que adornan ambas orillas del Sena en toda la estension del camino que dirige hácia Maisons.

—Allí está, dijo para sí Gilberto, aquel pabellon que ha costado tanto dinero á la Francia, segun dice el baron de Taverney.

Perros que ladraban con alegría y criados diligentes corrieron á saludar á Chon, é interrumpieron á Gilberto en medio de sus reflexiones aristocrático-filosóficas.

—Ha llegado mi hermana? preguntó Chon.

—No, Sra., pero la están esperando.

—Quién?

—El canciller, el subdelegado de policía y el duque de Aiguillon.

—Bien; corred á abrirme el gabinete de China; quiero ser la primera que vea á mi hermana, la avisaréis de que estoy aquí, ¿lo entendeis? Ah! Silvia, continuó Chon dirigiéndose á una camarera; entregad el cofre y mi perrito al señor Grange y conducid á mi filósofo á donde está Zamora.

Silvia miró á su alrededor, queriendo indagar sin duda de qué clase de animal queria hablar Chon; pero sus miradas y las de su ama se fijaron al mismo tiempo en Gilberto, y Chon hizo una seña indicando que se trataba del joven.

—Venid, dijo Silvia.

Gilberto, cada vez mas admirado, siguió á la camarera, mientras que Chon, ligera como un pájaro, desaparecia por una de las puertas laterales del pabellon.

A no ser por el tono imperativo con que Chon le habia hablado, Gilberto hubiera tomado á Silvia mas bien por una dama principal que por una camarera. Y tenia razon para abrigar tal pensamiento, porque se parecia por el traje mas á Andrea que á Nicolasa: la linda doncella tomó al absorto filósofo por la mano, dirigiéndole una graciosa mirada, porque las palabras de la señorita Chon indicaban respecto de aquel jóven, ya que no el afecto, á lo menos el capricho.

Azules eran los ojos de Silvia, blanca y ligeramente sonrosada la tez, y rubia la larga y sedosa cabellera: su boca rebosando frescura, sus dientes blan-

cos y sus bien torneados brazos causaron á Gilberto una de esas impresiones sensuales á que era tan accesible, y que le recordò por medio de un dulce estremecimiento esa luna de miel de que habia hablado Nicolasa.

Las mujeres.... todas tienen un instinto particular para conocer bien pronto el efecto que producen. Silvia fué de este número y dijo sonriendo:

—Cómo os llamais?

—Gilberto, respondió nuestro jóven con voz bastante dulce.

—Pues bien, señor Gilberto, venid á ver al señor Zamora.

—El gobernador del castillo de Luciennes?

—El mismo.

Gilberto estiró sus brazos, limpió su levita con una manga y pasó su pañuelo sobre sus manos. Estaba interiormente bastante intimidado al considerar que iba á presentarse delante de un personaje tan importante, pero trajo á su memoria las palabras: «Zamora es un buen muchacho» y ellas le tranquilizaron.

Y era amigo de una condesa y de un vizconde, é iba á serlo de un gobernador.

—¿Cómo se atreven á calumniar la corte, dijo para sí, cuando es tan fácil tener amigos en ella? creo que estas gentes son muy hospitalarias y buenas.

Silvia abrió la puerta de una antecámara, que parecia mas bien un retrete, los tableros eran de concha incrustada de cobre dorado; hubiérase dicho que era el Atrium de Luculo, á no ser porque en la casa del an-

tigo o romano las incrustaciones eran de oro puro. Allí, sobre un inmenso sillón, y hundido entre cojines, descansaba con las piernas cruzadas mascullando pastillas de chocolate el señor Zamora, á quien ya conocemos, pero á quien Gilberto aun no conocia.

Asi es que el efecto que le produjo la aparicion del futuro gobernador de Luciennes se manifestó de una manera bastante curiosa en el rostro del filósofo.

—Oh! exclamò contemplando con asombro la extraña figura, pues era la primera vez que veia un negro. Oh! oh! què significa esto?

Pero Zamora entre tanto permanecia tan inmóvil mascando sus pastillas, que ni tan solo se dignó siquiera alzar su bronceada cabeza.

—Aquí teneis al señor Zamora, respondió Silvia.

—El? exclamó Gilberto estupefacto.

—Sin duda, replicó Silvia riéndose á pesar suyo del giro que tomaba aquella escena.

—El gobernador? continuó Gilberto, ¿ese mamaracho gobernador del castillo de Luciennes? Señorita, veo que os estais burlando de mí.

A este apóstrofe se levantó Zamora enseñando sus dientes blancos.

—Yo soy el gobernador, dijo, pero no mamaracho.

Gilberto paseó de Zamora á Silvia una mirada inquieta que se convirtió en cólerica cuando vió á la camarera reirse á carcajadas á pesar de los esfuerzos que hacia para contenerse.

En cuanto á Zamora, grave è impassible como un

ídolo indio, volvió á meter su mano negra en su blusa de seda, y sacó sus golosinas.

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció el señor Grange seguido de un sastre.

—Hé aquí, dijo designando á Gilberto, la persona para quien ha de ser el vestido; tomadle pues la medida como os he dicho.

Gilberto dejó caer maquinalmente sus brazos, mientras Silvia y el señor Grange hablaban en el fondo de la estancia, y riéndose aquella á cada palabra que le decia el mayordomo.

—Ah! estará encantador, dijo Silvia, ¿y se pondrá su gorro puntiagudo como Sganarella?

Gilberto no escuchò siquiera la respuesta; rechazó bruscamente al sastre, y no quiso por cuanto hay en el mundo prestarse al resto de la ceremonia. No conocia á Sganarella, pero el nombre, y sobre todo las risas de Silvia, le indicaban que debia ser un personaje eminentemente ridículo.

—Bueno, dijo el mayordomo al sastre no le molesteis mas; creo que os bastará lo medido que habeis tomado.

—Ciertamente, contestò el sastre; además la anchura no perjudica á esta clase de vestidos. Lo haré ancho.

Y quedò Gilberto solo con el negro que no cesaba de rumiar sus pastillas de chocolate, despues de haber salido Silvia, el mayordomo y el sastre.

¡Cuánto enigma para el pobre provinciano, cuántos temores, cuánta angustia sobre todo para el filósofo

fo, que veia ó creia su dignidad de hombre mas claramente comprometida en Luciennes que en Taverney!

Sin embargo, hizo un esfuerzo por hablar á Zamora, pues le habia ocurrido la idea de que acaso sería un príncipe indio como los que habia visto en las novelas de Crebillon el hijo.

Pero el príncipe indio sin dignarse responderle, y con una solemnidad verdaderamente oriental, se levantó de su asiento, se dirigió á un espejo y se mirò su magnífico vestido, como hace una novia con el suyo de boda, y poniéndose en seguida á horcajadas sobre una silla de ruedas, á la cual dió impulso con sus piés, dió diez vueltas por la antecámara con una velocidad que probaba el estudio profundo que habia hecho de aquel ingenioso ejercicio.

De repente sonó una campanilla. Zamora dejó su silla y se lanzó por una de las puertas de la antecámara en la direccion del ruido de aquella campanilla..

Esta prontitud en obedecer al timbre argentino acabó de borrar del ánimo de Gilberto la idea del principado con que habia honrado al digno y bronceado gobernador de Luciennes.

Gilberto tuvo por un instante deseos de salir por la misma puerta que Zamora; pero al llegar al fin del corredor que conducia á un salon, viò tantos corredones azules y encarnados, guardado el todo por lacayos tan descarados, tan insolentes y burlones, que sintió correr un temblor por sus venas, y bañada la frente de sudor, se volvió á meter en la antecámara.

Una hora transcurrió de esta suerte; Zamora no volvía: Silvia seguía ausente, y el pobre filósofo deseaba ver un rostro humano cualquiera, aunque fuese el del horrible sastre que iba á poner en planta la burla desconocida que le amenazaba.

Al cabo de esta hora volvió á abrirse la puerta por donde habia entrado y se presentó un lacayo diciendo:

—Venid.

The first part of the book is devoted to a general
introduction to the subject of the history of the
United States. It is a very interesting and
valuable work, and is highly recommended to
all who are interested in the history of the
United States.

The second part of the book is devoted to a
detailed history of the United States from the
beginning of the world to the present time. It
is a very interesting and valuable work, and
is highly recommended to all who are
interested in the history of the United States.
The third part of the book is devoted to a
detailed history of the United States from the
beginning of the world to the present time. It
is a very interesting and valuable work, and
is highly recommended to all who are
interested in the history of the United States.

The fourth part of the book is devoted to a
detailed history of the United States from the
beginning of the world to the present time. It
is a very interesting and valuable work, and
is highly recommended to all who are
interested in the history of the United States.
The fifth part of the book is devoted to a
detailed history of the United States from the
beginning of the world to the present time. It
is a very interesting and valuable work, and
is highly recommended to all who are
interested in the history of the United States.

The sixth part of the book is devoted to a
detailed history of the United States from the
beginning of the world to the present time. It
is a very interesting and valuable work, and
is highly recommended to all who are
interested in the history of the United States.

II.

El médico por fuerza.

EN su orgullosa filosofía Gilberto sentia una invencible repugnancia en obedecer á un lacayo; pero como sin duda se trataba de un cambio en su estado, y como le parecia que todo cambio debia serle ventajoso, se apresuró á obedecer.

La señorita Chon, libre al fin de toda negociacion despues de haber puesto á su cuñada al corriente de su mision de la señora de Bearne, estaba almorzando muy descansadamente al lado de una ventana á donde llegaban las acacias y los castaños del mas próximo tresbolillo.

Comia con mucho apetito, y halló el pobre

sofo bien justificado su apetito en atencion al provocador aroma que despedían un salmorejo de faisán y un plato de criadillas de tierra.

El filósofo Gilberto, introducido á la presencia de la señorita Chon, buscó con la vista sobre el velador el sitio de su cubierto, esperando una invitacion.

Pero Chon no le ofreció siquiera un asiento, contentándose con dirigirle una mirada; y bebiendo en seguida un vasito de esquisito vino de un hermoso color de topacio, dijo:

—Vamos, mi querido médico, ¿á qué altura os hallais con Zamora?

—¿A qué altura me hallo con él? preguntó Gilberto.

—Sí, por cierto; porque me parece que ya habreis trabado amistad con el gobernador.

—¿Cómo quereis que trabé amistad con una especie de animal que no habla, y que cuando se le habla, se contenta con abrir sus ojos blancos y enseñar los dientes.

Y como —Me asustais, respondió Chon sin interrumpir su comida, y sin que el aire de su rostro diese á entender que sentia la sensacion que indicaban sus palabras; ¿según veo sois muy áspero en la amistad?

—Sin igualdad no hay amistad.

—Bella máxima! dijo Chon. ¿Conqué no os considerais como el igual de Zamora?

—Al menos, señora, replicó Gilberto, no he considerado que él lo fuese mio.

—¿En verdad, dijo Chon como hablando consigo mismo, es encantador!

Volviéndose despues hácia Gilberto, cuyo aire altivo no dejó de reparar, añadió:

—¿Decíais, querido doctor, que dais difícilmente vuestro corazon?

—Muy difícilmente, señora.

—¿Conque me engañaba cuando me lisonjeaba ser del número de vuestras buenas amigas.

—Me mereceis ciertamente, señora, mucho respeto, dijo Gilberto con gravedad, pero...

—Os agradezco ese favor: ¿y cuánto tiempo es necesario, desdeñoso mio, para que una persona merezca vuestro afecto?

—Mucho tiempo, señora, y aun así hay personas que á pesar de cuanto hagan jamás lo obtendrán.

—Ah! ahora comprendo como despues de haber permanecido diez y ocho años en casa del baron de Taverney la habeis abandonado de repente. Los Taverney no habian tenido la fortuna de caer en gracia, ¿no es verdad?

Gilberto se ruborizó.

—Y bien, ¿no me respondeis? continuó Chon.

—¿Qué queréis que os responda, señora, sino que la amistad como la confianza, son cosas que deben merecerse?

—Cáspita! ¿eso quiere decir que los huéspedes de Taverney no merecieron ni esa amistad ni esa confianza?

—Todos no, señora.

—¿Y qué os habian hecho los que tuvieron la desgracia de no agradaros?

—Yono me quejo, señora, dijo Gilberto con acento y ademan orgullosos.

—Vamos, vamos, dijo Chon, veo que tambien yo estoy escluida de la confianza del Sr. Gilberto. Sin embargo, no será por falta de deseso de conquistarla sino por ignorar los medios que deben emplearse para conseguirla.

Gilberto se mordía los labios.

—En fin, esos Taverney no han sabido contentaros, añadió Chon con una curiosidad cuya tendencia conoció Gilberto. ¿Y no podré saber lo que haciais en su casa?

Gilberto se vió bastante apurado, porque él mismo no sabia lo que hacia en Taverney.

—Señora, dijo, yo era..... yo era hombre de confianza.

A estas palabras, pronunciadas con la calma filosófica que caracterizaba á Gilberto, acometió á Chon un acceso tan irresistible de risa, que se recostó sobre su silla prorrumpiendo en una carcajada.

—¿Dudais de lo que digo? dijo Gilberto frunciendo el ceño.

—¡Dios me libre de semejante cosa! ¿Sabeis, mi querido amigo, que sois feroz y que no se os puede decir nada? Si os he preguntado acerca de los Taverney ha sido solo con la idea de serviros ayudándoos á vengaros.

—Soy enemigo de la venganza, señora, y si me vengo quiero deberlo á mis fuerzas tan solo.

—Muy bien; pero nosotros hemos recibido agra-

vio por parte de los Taverney, y puesto que vos tenéis que vengar uno ó acaso muchos, es claro que somos naturalmente aliados.

—Os equivocais, señora; mi manera de vengarme no puedetener relacion alguna con la vuestra, porque hablais de los Taverney en general, y yo admito diferentes matices en los diversos sentimientos que les profeso.

—¿Y el señor Felipe de Taverney, por ejemplo está comprendido en los matices sombríos ó en las tintas suaves?

—Ninguna queja tengo contra el señor Felipe, jamás me ha hecho bien, ni mal. No le amo, ni le detesto; me es de todo punto indiferente.

—¿En ese caso no declarareis delante del rey ó del señor de Choiseul contra el señor Felipe de Taverney?

—Sobre qué?

—Sobre su duelo con mi hermano.

—Diré lo que sé, señora, si me llaman á declarar.

—Y qué sabeis?

—La verdad.

—Y á qué llamais la verdad? Esa es una palabra muy elástica.

—Jamás para el que sabe distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

—Comprendo: el bien es sin duda ese señor Felipe de Taverney, y el mal el vizconde Dubarry.

—Sí, señora, en mi opinión, y según mi conciencia, á lo menos.

—Y es este el que he recogido en el camino? dijo Chon con acritud. ¿Así me recompensa el que me debe la vida?

—Es decir, señora, el que no os debe la muerte.

—Es la misma cosa.

---Es muy diferente.

---Cómo?

--Yo no os debo la vida; habeis impedido que me la quitaran vuestros caballos, y nada mas; y reflexionado bien no lo debo á vos sino á vuestro postillon que los detuvo.

Chon mirò atentamente al novel lógico, que reparaba tan poco en los términos.

--Yo esperaba, dijo ella suavizando su sonrisa y su voz, alguna mas galanteria por parte de un compañero de viaje, que durante el camino sabia tan bien hallar mi brazo debajo de un cojin y mi pié sobre su rodilla.

Chon estaba tan provocativa con esta dulzura y esta familiaridad, que Gilberto olvidó á Zamora, al sastre y el almuerzo, al que habia tenido el notable olvido de no convidarle.

--Vamos! vamos! sois un buen muchacho, dijo Chon cogiendo la barba de Gilberto, declarareis contra Felipe de Taverney, ¿no es verdad?

--Oh! no, jamás, contestó Gilberto.

--Y por qué, testarudo?

---Porque el vizconde Juan ha obrado mal.

---¿En qué ha obrado mal?

---En insultar á la delfina, mientras que por el

contrario el señor Felipe de Taverney.....

---Y qué?

---Tenia razon en defenderla.

---Ola! parece que somos partidarios de la del-fina!

---Yo no soy partidario sino de la justicia.

---Sois un loco, Gilberto: callad, que no os oi-gan hablar asi en este castillo.

---Entonces, dispensadme de contestar cuando me preguntéis.

---Cambiemos de conversacion en ese caso.

Gilberto inclinó la cabeza en señal de asenti-miento.

--Ah! rapaz, dijo Chon en un tono de voz bas-tante duro, ¿qué pensais hacer aqui, si no haceis un esfuerzo para sernos agradable en alguna cosa?

---¿Es menester hacerse agradable por medio de perjurio?

--¿Pero á dõnde vais á buscar todas esas gran-des palabras?

--En el derecho que cada hombre tiene de per-manecer fiel á su conciençia.

--Bah! dijo Chon, cuando se sirve á un amo, es-te amo reasume en sî toda responsabilidad.

--Yo no tengo amo, dijo Gilberto en tono áspe-ro y enojado.

--Y al paso que vais, bobalicon, dijo Chon levan-tándose con cierto aire de abandono y floj-dad, jámas tendreis amo. Repito mi pregunta y exijo que me deis una respuesta categórica. ¿Qué pensais hacer en esta casa?

--Yo creia que no habia necesidad de hacerse agradable cuando podia uno hacerse útil.

--Y sin embargo, estais en un error; no se hallan mas que personas útiles y estamos cansados de ellas.

--Entonces, señora, me marcharé.

--Cómo que os marcharéis?

--Sí, yo no he pedido que me trajeran aquí, y por tanto soy libre, ¿no es verdad?

--Libre! exclamó Chon, que comenzaba á enfadarse de aquella resistencia á la cual no estaba habituada. Oh! veo que pensais muy equivocadamente.

La fisonomía de Gilberto apareció notablemente alterada.

--Vamos, vamos, dijo Chon, que vió por el ceño de su interlocutor que no renunciaba fácilmente á su libertad. Vamos, haya paz!-- Sois un buen muchacho muy virtuoso, y en esto seréis muy divertido aunque no sea mas que por el contraste que haréis con todo lo que nos rodea. Guardad vuestro amor para la verdad.

--No esperéis que la abandone jamás, dijo Gilberto.

--Sí, pero nosotros entendemos la frase de dos maneras diferentes. Yo digo: guardadlo para vos, y no vayais á celebrar vuestro culto en los corredores de Trianon ó en las antecámaras de Versalles.

--Hum! murmuró Gilberto.

--¡No hay hum que valga! no sois tan sábio, mi querido filósofo, que no podais aprender muchas cosas de una mujer; en prueba de esto oid un axioma que deseo que tengais bien en la memoria: quien calla no miente.

--Y si me preguntan?

--Quién? Esteis loco, amigo mio? Quién piensa en vos sino yo? Parèceme, señor filósofo, que no teneis todavia escuela. La especie á que pertenecéis es todavia muy rara. Es preciso recorrer los caminos y batir los montes para hallar vuestros semejantes. Os quedaréis conmigo, y antes de cuatro dias os verémos transformado en un cortesano completo.

--Mucho lo dudo, contestó Gilberto en tono imperioso.

Chon se encogió de hombros.

Gilberto se sonrió.

--Pero dejemos esto á un lado, replicó Chon; por otra parte, no teneis que agradar mas que á tres personas.

--¿Y no podré saber quienes son esas tres personas?

--El rey, mi hermana y yo.

--¿Qué es preciso hacer para eso?

--¿Habeis oido á Zamora? dijo Chon esquivando contestar directamente á la pregunta.

--Ese negro? exclamó Gilberto en tono de desprecio.

--Sí, ese negro.

--¿Qué tengo yo que ver con él?

--Ese negro, amiguito, tiene ya dos mil libras de renta sobre la caja del rey. Va á ser nombrado gobernador del castillo de Luciennes, y tal vez el que ahora se rie de sus labios gordos y de su color de bronce, tarde poco en hacerle la corte, llamarle su señor y aun monseñor.

--No seré yo, señora; dijo Gilberto.

--Vaya, vaya! dijo Chon; creia yo que uno de los primeros preceptos de los filósofos era que todos los hombres son iguales.

—Por esa misma razon me guardaré muy bien de llamar á Zamora monseñor.

Chon se vió atacada con sus propias armas, y se mordió los labios con despecho.

—¿Segun eso no sois ambicioso? dijo.

—Tambien tengo ambicion, señora, contestó Gilberto sin detenerse.

—Si mal no me acuerdo, vuestra ambicion se cifra en ser médico.

—Considero la mision de socorrer á sus semejantes como la mas hermosa del mundo.

—Pues bien, vuestro sueño se realizará.

—Cómo?

—Sereis médico, y mèdico del mismo rey.

—Yo! exclamó Gilberto, ¡yo que ignoro hasta las primeras nociones de la medicina!.... os burlais, señora.

—Bah! bah! ¿sabe Zamora por ventura lo que es un rastrillo, una contraescarpa? No seguramente, y sin embargo, no se apura, ni esta ignorancia le impide ser gobernador del castillo de Luciennes con todos los privilegios inherentes á este título.

—Ah! sí, sí, comprendo, dijo amargamente Gilberto: no teneis mas que un bufon, y eso no es bastante para divertir al rey; veo por mi desgracia que me habeis elegido para que sea el segundo.

---Bien, exclamó Chon, volveis á tomar vuestra cara larga; en verdad que os poneis muy feo, amigo mio. Guardad todos esos gestos estravagantes para el momento en que la peluca cubra vuestra cabeza y el sombrero puntiagudo vuestra peluca; entonces, en lugar de parecer feo, estaréis muy cómico.

Gilberto frunció por segunda vez el ceño.

—Ea, dijo Chon, bien podeis aceptar la plaza de médico del rey cuando el duque de Tresmes solicita el título de titi de mi hermana.

Nada contestó Gilberto, y Chon le aplicó el proverbio: Quien calla, otorga.

--Como una prueba de que comenzais á gozar favor, dijo Chon, no comereis con los criados.

--Ah! en cuanto á eso no puedo menos de agradeceróslo infinito, señora, respondió Gilberto.

---No; ya he dado las órdenes convenientes.

---Y dónde comeré?

---Con Zamora.

---Yo?

--Sin duda; acaso no pueden comer en la misma mesa el gobernador y el médico del rey? Podeis ir ya á comer con él si quereis.

---No tengo hambre, respondió bruscamente Gilberto.

---Muy bien, dijo Chon con aire tranquilo; si el hambre no os aprieta aun ahora, ya os apretará esta noche.

Gilberto meneó la cabeza.

---Si no es esta noche, será mañana ò pasado mañana. Oh! ya os amansareis, señor rebelde, y si nos dais mucho que hacer, tenemos al corrector de los pajes que está á nuestra devocion.

Gilberto tembló y se puso pálido.

—Id, pues, á ver á Zamora, dijo Chon con severidad; no os hallaréis mal; la cocina es buena; pero guardaos de ser ingrato, porque se os enseñará á ser agradecido.

Gilberto bajó la cabeza, pues esto era lo que hacia siempre cuando en vez de contestar se resolvía á obrar.

El lacayo que habia acompañado á Gilberto esperaba su salida. Condújole á un comedor contiguo á la antecámara donde habia sido introducido. Zamora estaba sentado á la mesa.

Gilberto se sentó á su lado, pero no pudieron obligarle á comer.

Dieron las tres de la tarde, y la señora Dubarry partió para Paris. Chon, que debía incorporarse á ella dió sus instrucciones para que amansasen á su oso. Muchas sabrosas viandas si ponia buena cara; pero si continuaba rebelde, amenazas y una hora de calabozo.

A las cuatro llevaron al cuarto de Gilberto el vestido completo de médico: sombrero puntiagudo, peluca, casaca negra y el pantalon del mismo color. A este traje habian agregado la gorguera, la vara y el gran libro.

El lacayo portador de este equipage le mostró uno á uno todos aquellos objetos, y Gilberto no dió señal alguna de resistencia.

Detrás del lacayo entró el señor Grange y le enseñó como habia de ponerse las diferentes piezas de aquel vestido: Gilberto escuchó con paciencia la lección del señor Grange.

—Creia, dijo solamente Gilberto, que los médicos llevaban antiguamente un tintero y un rollo de papel.

—Pardiez! tiene razon, exclamó el señor Grange; buscadle un tintero para que se lo cuelgue á la cintura.

—Quiero pluma y papel, gritó Gilberto: asi será el traje completo.

El lacayo salió corriendo para ejecutar la orden que acababa de recibir: al mismo tiempo debia enterar á la señorita Chon de la buena voluntad de Gilberto.

Mucho se alegró Chon de la determinacion de Gilberto, y dió al mensajero una bolsita que contenia ocho escudos, y la cual debia colgarse con el tintero de la cintura del médico modelo.

—Gracias, dijo Gilberto al lacayo; ahora suplico que se me deje solo para vestirme.

—Pero despachaos, dijo el señor Grange, á fin de que la señorita pueda veros antes de marchar á Paris.

—Media hora, dijo Gilberto; no pido mas que media hora.

—Si es necesario, tres cuartos de hora, Sr. doctor, dijo el mayordomo cerrando tan cuidadosamente la puerta de Gilberto como si hubiese sido la de su caja.

Gilberto se aproximó de puntillas á aquella puerta, se puso á escuchar para asegurarse de que los pasos se alejaban, después se deslizó hasta la ventana que caía sobre unos terrados situados á diez y ocho pies debajo de ella. Estos terrados, cubiertos de una arena fina, estaban rodeados de grandes y espesos árboles, cuyas ramas daban una oscura sombra á los balcones.

Gilberto desgarró su vestido en tres pedazos, que ató por los extremos, dejó sobre la mesa el sombrero, al lado del sombrero la bolsa, y escribió:

«Señora:

«La libertad es el mejor y el primero de los bienes, y el mas santo de los deberes del hombre es conservarla. Vos me violentais y yo me emancipo.

«Gilberto.»

En seguida dobló la carta, escribió el sobre para la señorita Chon, ató sus doce piés de sarga á los hierros de la ventana, entre los cuales se deslizó como una culebra, saltó sobre el terrado con riesgo de su vida, llegó al cabo de la cuerda, y entonces, aunque algo aturdido por el salto que acababa de dar, corrió hacia los árboles, se agarró á las ramas, se deslizó bajo el follaje como una ardilla, llegó al suelo, y corriendo como un gamo, desapareció en la dirección de los bosques de Ville de Abay.

Cuando al cabo de media hora volvieron á buscarle, se hallaba ya Gilberto bastante distante para temer que le alcanzáran.

III.

El auciano.



ILBERTO habla pensado que el mejor medio de ponerse á salvo de las persecuciones que forzosamente debian seguir á su fuga, era el apartarse cuanto le fuera posible del camino real; y siguiendo esta idea, de bosque en bosque habia llegado á una especie de floresta, en la que se detuvo al fin, despues de haber andado legua y media en tres cuartos de hora.

El fugitivo miró á su alrededor; hallábase enteramente solo, y esta soledad le tranquilizó, procurando aproximarse al camino que, segun sus cálculos, debia conducir á Paris; pero los caballos que vió

salir del pueblo de Roquencourt, conducidos por lacayos de libreas color de naranja, le alarmaron de tal modo, que se curò de la tentacion de arrostrar los peligros de las calzadas y se internò en los bosques.

— Mantengámonos á la sombra de estos castaños, se dijo Gilberto; si me buscan por alguna parte, será por los caminos reales. Esta noche, de árbol en árbol de encrucijada en encrucijada, me colaré en Paris. ¡Dicen que Paris es grande, y soy pequeño, y allí me perderé!

Aprobó tanto mas esta excelente idea, cuanto que el tiempo estaba hermoso, el bosque sombrío y el terreno cubierto de musgo. Los rayos de un sol áspero é intermitente, que comenzaba á desaparecer por detrás de los cerros de Marly, habian secado las yerbas y sacado de la tierra esos dulces perfumes de primavera que participan á la vez de la flor y de la planta.

Era ya esa hora del dia en que el silencio cae mas dulce y profundo del cielo que comienza á oscurecerse, esa hora en que, cerrándose las flores, ocultan el insecto dormido dentro de su cáliz. Las moscas doradas zumbonas se refugian en los huecos de las encinas que les sirven de asilo; los pájaros pasan mudos por el follaje donde no se oye mas que el roce rápido de sus alas, y el único canto que resuena todavía es el silbido acentuado del mirlo y el tímido gorgceo del pitirojo.

Los bosques eran familiares á Gilberto; conocia sus ruidos y su silencio, de modo que sin reflexionar por mas tiempo, sin dejarse llevar de temores pue-

riles, se arrojó sobre los arbustos sembrados aquí y allí de hojas enmohecidas por el invierno.

Una inmensa alegría desalojó en seguida la inquietud que comenzaba á apoderarse del corazón de Gilberto, aspiraba á torrentes el aire libre y puro; conocía que también en esta ocasión había triunfado á fuer de hombre estóico de todos los lazos tendidos á las debilidades humanas. ¿Qué le importaba á él no tener pan, dinero ni asilo? ¿No tenía su querida libertad, no disponía de ella plena y absolutamente?

Tendióse pues al pie de un castaño gigantesco que le ofrecía un lecho muelle entre los brazos de dos robustas raíces cubiertas de musgo, y un dulce y tranquilo sueño doblegó sus párpados mientras miraba al cielo que le sonreía.

El canto de los pájaros le despertó. La aurora comenzaba apenas á dorar el horizonte, cuando incorporándose sobre su codo, lastimado por el contacto del árbol duro, vió Gilberto al crepúsculo á su lado alumbrar tenuamente la triple salida de una encrucijada, mientras que aquí y allí, por senderos húmedos de rocío, pasaban con las orejas bajas conejos, mientras que el gamo curioso se detenía en una alameda para mirar aquel objeto desconocido, acostado debajo de un árbol, y que le aconsejaba que buyera lo mas pronto posible.

Luego que estuvo en pie Gilberto, sintió que tenía hambre, pues ya recordará el lector que no había querido comer la víspera con Zamora; de suerte que desde su almuerzo de Versalles no había vuelto á tomar nada.

Al encontrarse bajo las bóvedas de los árboles de una floresta, él, el intrépido agrimensor de los grandes bosques de la Lorena y de la Champaña, se creyò todavía, bajo las sombrías arboledas de Taverney ò en los bosques de Pierrefite, despertado por la aurora despues de un acecho nocturno emprendido para ver á Andrea.

Pero entonces hallaba siempre á su lado alguna perdiz sorprendida con el reclamo, algun faisán muerto al posarse sobre un árbol, al pasó que en aquella ocasion no veia á su alcance mas que un sombrero bastante deteriorado por el camino, é inundado del rocío de la mañana.

No era pues un sueño el que habia tenido, como creyó al principio al despertar. Versailles y Luciennes eran una realidad, y desde su entrada triunfal en la una hasta su salida precipitada de la otra.

Pero cayó despues desde la altura de sus ilusiones, á la mas horrible realidad al poderoso influjo de un hambre que crecia por momentos, y que por consiguiente era cada vez mas aguda.

Buscó entonces maquinalmente á su alrededor aquellas sabrosas moras, aquellas ciruelas silvestres, aquellas tostadas raices de sus florestas, cuyo gusto, no por ser mas áspero que el de los rábanos, es menos agradable á los trabajadores, que con la azada al hombro van por las mañanas á buscar el distrito del desmonte.

Pero por su desgracia no solamente no habia llegado todavia la estacion de las frutas, sino que no vió

á su alrededor mas que fresnos, olmos, castaños y esas eternas encinas que crecen en los arenales.

—Vamos, vamos, se dijo Gilberto á si mismo; iré derecho á Paris. Estaré á tres ó cuatro leguas ó cinco todo lo mas de distancia, y andaré el camino en dos horas. ¿Qué importa sufrir dos horas mas, cuando está uno seguro de no sufrir despues? En Paris todo el mundo tiene pan, y al ver á un jòven honrado y laborioso, el primer artesano que encuentre no me negará pan por trabajo.

En un dia se encuentra en Paris la comida del siguiente; ¿qué mas necesito? Nada, puesto que cada dia me aproximo mas... al objeto donde quiero llegar.

Con estas brillantes esperanzas el pobre filósofo redobló el paso; queria salir al camino real; pero habia perdido todo medio de orientarse. En Taverney, y todos los bosques circunvecinos, conocia el oriente y el occidente; cada rayo de sol era para él un indicio de hora y de camino. Por la noche cada estrella, por desconocida que le fuese bajo su nombre de Vénus ó de Saturno, era para él un guia; pero en aquel mundo nuevo no conocia ya ni las cosas ni los hombres, y era preciso hallar en medio de los unos y de las otras su camino á tientas y entregado á los azares de la suerte.

—Afortunadamente, se dijo Gilberto; he visto mojones donde están indicados los caminos.

Y se dirigió con anhelo hácia la encrucijada donde habia visto aquellos mojones indicadores.

Habia tres en efecto: el uno conducia á Marais-

Jaune, el otro al Campo de la Alondra, y el tercero á Tron-Salé.

Gilberto corrió tres horas sin poder salir del bosque. Ya un copioso sudor bañaba su frente: veinte veces habia trepado por los castaños colosales: pero al llegar á su cima no habia visto mas que á Versailles, tan pronto á su izquierda como á la derecha.... siempre ase fatal Versailles, hácia el cual parecia que una fatalidad le atraia constantemente.

Casi loco de furor, no atreviéndose á salir al camino real, convencido de que todo Luciennes corria trás él, Gilberto guardando siempre el centro de los bosques, acabò por pasar á Viroflay, despues á Chaville, y por último á Sevres.

Las cinco y media daba el reloj del castillo de Mendon, cuando llegó al convento de los capuchinos situado entre la fábrica y Bellevue; desde allí, subiendo sobre una cruz, á riesgo de romperla y de ser enroddado, como Sirven, por decreto del parlamento, distinguió el Sena, la aldea y el humo de las primeras casas.

Pero al lado del Sena, en medio de la aldea, por delante del umbral de aquellas casas pasa el camino real de Versailles, del que tanto interés tenia en separarse..

Calmáronse por un momento el hambre y el cansancio de Gilberto, porque divisaba en el horizonte un gran grupo de casas perdidas entre el vapor matinal; creyó que era París: con esta idea halagüeña volvió á emprender su carrera por este lado, y no paró hasta que sintió que iba á faltarle el aliento.

Hallábase en medio del bosque de Mendon entre Fleury y Plesis-Piquet.

—Vamos, vamos, dijo mirando entorno suyo, fuera vergüenza. Es imposible que no encuentre algun trabajador de esos que llevan á su trabajo un gran pedazo de pan debajo del brazo. Yo le diré:

—Todos los hombres son hermanos, y por consiguiente deben ayudarse unos á otros. Llevais ahí mas pan del que necesitais, no solamente para vuestro desayuno, sino para todo el dia, mientras que yo me muero de hambre; y será posible que entonces me niegue la mitad de su pan?

El hambre hacia á Gilberto mucho mas filósofo y continuó sus reflexiones mentales.

—En efecto, decia, siguiendo el hilo de sus meditaciones; acaso ¿no es todo comun á los hombres sobre la tierra? ¿Dios, esa fuente eterna de todas las cosas, ha dado por ventura á este ó aquel el aire que fecundiza el suelo ó suelo que fecundiza los frutos? No; solamente que hay muchos que han usurpado; pero á los ojos del señor como á los del filósofo, nadie posee; el que tiene no es mas que aquel á quien Dios ha prestado.

Y Gilberto no hacia mas que reasumir con una inteligencia natural esas ideas vagas é indecisas en aquella época, y que los hombres sentian fluctuar en el aire y pasar por encima de sus cabezas como esas nubes empujadas hácia un solo punto, y que amontonándose acaban por formar una tempestad.

—Algunos, añadió Gilberto siguiendo su cami-

no, algunos retienen á la fuerza lo que pertenece á todos. Y porqué no hay derecho para arrancar á estos á la fuerza lo que no pueden poseer solos y sobre lo que no tienen mas derecho que el de participacion? Porqué, pues, si mi hermano que tiene demasiado pan para sí me niega un pedazo, no se lo he de cojer del suyo á la fuerza imitando en esto la ley animal, fuente de todo buen sentido y de toda equidad, puesto que se deriva de toda necesidad natural? Asi debo hacerlo á no ser que mi hermano me diga: esta parte que reclamas es la de mi mujer y mis hijos; ó bien: yo soy el mas fuerte y comeré este pan á pesar tuyo.

Gilberto se hallaba en esta disposicion de lobo hambriento, cuando llegó al medio de un llano, cuyo centro estaba ocupado por una laguna cercada de juncos y espadañas.

Sobre la pendiente herbosa que descendia hasta el agua rayada en todos sentidos por insectos de largas patas, brillaban como un semillero de turquesas numerosas mantas de aurículas.

El fondo de este cuadro, ó por mejor decir, el anillo de la circunferencia, estaba formado de un vallado de gruesos álamos blancos, y hermosos alisos llenaban con su ramaje espeso los intervalos que la naturaleza habia dejado entre los troncos arjenteados de sus dominadores.

Seis alamedas daban entrada á esta especie de encrucijada; dos parecian subir hasta el sol, que doraba la copa de los árboles lejanos, mientras que las otras cuatro, diverjentes como los rayos de una estrella, se hundian en las profundidades azuladas de la floresta.

Aquella especie de sala de verdura parecia mas fresca y mas florida que ningun otro sitio del bosque.

Gilberto habia entrado alli por una de las alamedas sombrías.

El primer objeto que vino á herir sus ojos despues que hubo abarcado de nn solo golpe de vista el horizonte lejano, y dirigido su mirada á su alrededor, fué en la penumbra de un foso profundo el tronco de un árbol derribado, sobre el cual estaba sentado un hombre de peluca gris, de fisonomía dulce y fina, vestido con una casaca de paño oscuro, pantalones del mismo color y chaleco de piqué blanco, cuyas medias de algodón grises encerraban una pierna bastante bien hecha y nerviosa, y cuyos zapatos de hebilla, empolvados todavía, habian sido lavados por la punta y las orillas por el rocío de la mañana.

Al lado de este hombre, sobre el árbol derribado habia una caja pintada de verde, abierta y toda llena de plantas recientemente cogidas. Tenia entre sus piernas un baston de acebo, cuyo puño redondo relucia en la sombra, y que terminaba en un pico de dos pulgadas de ancho por tres de largo.

Gilberto abarcó con una sola mirada los diferentes pormenores que acabamos de presentar; pero lo que principalmente cautivó su atención desde luego, fué un pedazo de pan, que el anciano dividió en pequeñas fracciones para comerlas, compartiéndolas fraternalmente con los pinzones y verderones que columbraban desde lejos la presa codiciada, se lanzaban sobre ella tan luego como les era entregada y volaban al fondo de la floresta.

En seguida de vez en cuando el anciano, que los seguía con su mirada dulce y viva á la vez, metía la mano en un pañuelo de color, sacaba de él una cereza, y la saboreaba entre dos bocados de pan.

—Bueno! pronto he hallado el término de mis deseos; dijo Gilberto separando las ramas y dando cuatro pasos hácia el solitario, que salió al fin de su meditación.

Pero aun no habia andado la tercera parte del camino, cuando viendo el aire dulce y tranquilo de aquel hombre se detuvo y se quitó el sombrero.

El anciano, por su parte, al reparar que no estaba ya solo, dirigió una rápida ojeada á su chaleco y su levita.

Entonces con un ademan que indicaba alguna inquietud, se abotonó el uno y cerró la otra.

IV.

El botánico.

RESOLVIOSE por fin Gilberto y se acercó sin temor al anciano; pero abrió primero la boca y la cerró sin proferir una palabra. Su resolución vacilaba, pues le parecía que pedía una limosna, y no que reclamaba un derecho.

No se le escapó al anciano esta timidez y trató de tranquilizarle.

—¿Quereis hablarme, amigo mio? dijo sonriendo y dejando el pan sobre el árbol.

—Sí, señor, respondió Gilberto.

—Qué deseais?

—Señor, veo que arrojaís vuestro pan á los pája-

ros, como si olvidárais que la secreta providencia de Dios los alimenta.

—Es cierto que los alimenta, jóven, respondió el desconocido; pero la mano de los hombres es uno de los medios que emplea para llenar este objeto. Si es una reconvencion la que me dirigís, haceis mal, porque jamás es perdido el pan que se arroja en un bosque desierto ó en una calle poblada. Allí se lo toman los pájaros y lo recojen aquí los pobres.

—Pues bien, señor, dijo Gilberto conmovido con la voz penetrante y dulce del anciano, aunque nos hallemos aquí en un bosque, conozco á un hombre que disputaria vuestro pan á los pajaritos.

—¿Seríais vos, amigo mio, exclamó el viejo, y por casualidad tendríais hambre?

—Mucha hambre, señor, os lo juro, y si lo permitís.....

El anciano con aire en que se conocia muy claramente su incertidumbre, oyó tan estraña respuesta, pero reflexionando despues, contemplò á Gilberto con su vista á la vez tan viva y tan profunda.

En efecto, Gilberto no parecia tan hambriento que no fuese permitida la reflexion; su traje estaba aseado, si bien manchado en algunas partes por el contacto de la tierra. Su camisa estaba muy limpia, pues se la habia puesto el dia anterior en Versailles, y sin embargo, estaba ajada por la humedad; todo lo que daba á entender que Gilberto habia pasado la noche en el bosque.

Tenia sobre todo, y con todo esto, esas manos

blancas y finas que denotan mas bien el hombre de vagas meditaciones que el hombre de los trabajos materiales.

Gilberto no carecia de tacto, comprendió la desconfianza y perplejidad del desconocido respecto de él y se apresuró á prevenir las conjeturas que conocia no podian serle favorables.

—Tiene uno hambre, señor, siempre que no ha comido en doce horas, dijo, y creo que tengo yo ese derecho con fundamento, pues hace ya veinte y cuatro que no tomo nada.

La verdad de las palabras del jóven se revelaba por la emocion de su fisonomía, por el temblor de su voz y por la palidéz de su rostro.

Cesó, pues, el anciano de vacilar, ó mas bien de temer. Alargó á un tiempo su pan y el pañuelo de donde sacaba sus cerezas.

—Gracias, señor, dijo Gilberto rechazando dulcemente el pañuelo, gracias, no os he pedido mas que el pan, me basta esto.

Y partiò en dos mitades el pedazo, tomando él una y devolviendo la otra; despues se sentó sobre la yerba á tres pasos del anciano, que le miraba yeno de asombro.

Poco tiempo duró la comida; habia poco pan, y Gilberto tenia mucho apetito. El anciano no le turbó con ninguna palabra; continuó su mudo exámen, pero furtivamente, y prestando, en la apariencia á lo menos, la mayor atencion á las plantas y á las flores de su caja, que erguiéndose como para respirar, leván-

taban sus cabezas odoríficas al nivel de la tapa de hoja de lata.

Viendo empero á Gilberto que se aproximaba á la laguna, exclamó vivamente:

—¿Jóven, qué vais á hacer? No bebais de esa agua verdosa que se empozoñó el año último con los huevos de las ranas que nadan en su superficie. Tomad mas bien algunas cerezas, que os refrescarán como el agua. Os suplico me hagais el favor de aceptarlas pues segun veo no sois un convidado importuno.

—Es cierto, señor: la importunidad es enteramente opuesta á mi carácter, y nada temo tanto como ser importuno. Ahora mismo acabo de probarlo en Versalles.

—¿Ah! ¿venís de Versalles? dijo el desconocido mirando á Gilberto.

—Sí, Sr., respondió el jóven.

—Es una ciudad rica, y es necesario ser muy pobre ó muy orgulloso para morirse allí de hambre.

—Soy una y otra cosa, señor.

—¿Habeis reñido con vuestro amo? preguntò tímidamente el desconocido, que perseguia á Gilberto con su mirada interrogadora al mismo tiempo que arreglaba sus plantas en el cajon.

—Yo no tengo amo, señor.

—Amigo mio, dijo el desconocido cubriéndose la cabeza, es una respuesta muy ambiciosa.

—Pero que por eso no deja de ser exacta.

—No, jóven, porque cada uno tiene su amo aqui abajo, y no es entender bien el orgullo decir: yo no tengo amo.

—¡Cómo!

—Oh! si, viejos ò jóvenes, todos mientras existimos tenemos que sufrir la ley de un poder dominante. Unos son regidos por los hombres, otros por los principios, y los amos mas severos no son siempre los que mandan ó castigan con la voz ò la mano humana.

—Sea como decis, replicó Gilberto; y entonces veo que tengo por amo á la ley de mis principios. Confieso esto. Los principios son los únicos amos que un hombre pensador puede confesar sin vergüenza.

—¿Y se puede saber cuales son vuestros principios? Me pareceis muy joven, amigo mio, para tener principios fijos.

—Señor, sé que los hombres son hermanos; que cada hombre contrae, al nacer, una suma de obligaciones para con sus hermanos. Sè que Dios ha puesto en el corazon de todos el sentimiento de conservacion, pero sin estar en lucha con la idea de que ha de procurar el de su hermano, que se lo exigirá como un derecho; y yo como los demas puedo exigir que reconozcan el mio, á no ser que lo ecsagere. Mientras no haya cosa que se oponga á la justicia y al honor, tengo derecho á una parte de estimacion, aunque no sea mas que por mi cualidad de hombre.

—Ah! ah! exclamó el desconocido, ¿habeis estudiado?

—No, señor, por mi desgracia; solamente he leído el *Discurso sobre la desigualdad de las condiciones* y el *Contrato social*. A estos dos libros debo todas las cosas que sé, y acaso todos los sueños que tengo.

Al oír el desconocido estas palabras, un vivo destello animó sus ojos. Hizo un movimiento que estuvo á punto de romper una siempreviva de brillantes hojuelas, rebelde en colocarse bajo las paredes cóncavas de su caja.

—¿Y son esos los principios que profesais?

—Perdonad si tienen la desgracia de no ser los vuestros; pero son los de Juan Jacobo Rousseau.

—Pero falta saber solamente, añadió el desconocido con una desconfianza demasiado pronunciada para no humillar el amor propio de Gilberto, falta saber si los habeis comprendido.

—Creo, dijo Gilberto, que comprendo el francés; sobre todo cuando es puro y poético.....

—Bien veis que no, dijo sonriendo el anciano; porque si lo que os pregunto en este momento no es precisamente poético, es claro por lo menos. Queria preguntaros si vuestros estudios filosóficos os habian puesto al alcance de comprender el fondo de esa economía del sistema de...

El desconocido no pudo continuar, y se encendió su rostro ruborizado.

—De Rousseau, continuó el jóven. Oh! señor, yo no he aprendido mi filosofía en un colegio, pero tengo un instinto que me ha revelado entre todos los libros que he leído la escelencia y la utilidad del *Contrato social*

—Arida materia para un jóven, señor; seca contemplacion para una imaginacion de veinte años; flor amarga y poco olorífica para una imaginacion de primavera, dijo el anciano con triste dulzura.

—La desgracia madura al hombre antes de tiempo, le enseña á conocer las leyes naturales que con tanto descaro violan los hombres, y si al seguir su camino, no lleva por guia el instinto del bien y el consuelo de la resignacion, las mas de las veces nos conduce irresistiblemente al mal.

El desconocido abrió sus ojos medio cerrados por un recogimiento que le era habitual en sus momentos de calma, y que daba cierto encanto á su fisonomía.

—A quién aludís? preguntó ruborizado.

—A nadie, señor, dijo Gilberto.

—Si tal....

—No, os lo aseguro.

—Me parece que habeis estudiado al filósofo de Ginebra. Aludís á su vida.

—No la conozco, respondió cándidamente Gilberto.

—No la conoceis? El desconocido lanzó un suspiro. Sabed, jóven, que es un hombre muy desgraciado.

—Imposible. Juan Jacobo Rousseau desgraciado? No habria justicia ni en el cielo ni en la tierra. Desgraciado! El hombre que ha consagrado su vida á la felicidad de sus semejantes!

—Vamos, vamos, veo que en efecto no le conoceis; pero hablemos de vos, amigo mio.

—Prefiero continuar ilustrándome sobre el asunto que nos ocupa: porque de mí, que no soy nada, señor, ¿qué quereis que os diga?

—Y además, no me conocéis, y teméis confiaros á un desconocido.

—Oh! señor, ¿qué puedo yo temer de nadie en el mundo, y quién puede hacerme mas desgraciado de lo que soy? Recordad de qué manera me he presentado á vuestros ojos: solo, pobre y hambriento.

—A dónde ibais?

—Iba á Paris.—Sois parisiense, señor?

—Sí; ó por mejor decir, no.

—Cuál de las dos cosas? preguntó Gilberto sonriendo.

—Me gusta poco mentir, y conozco á cada instante que es menester reflexionar antes de hablar. Soy parisiense, si se entiende por esta palabra el hombre que habita á Paris hace mucho tiempo y que vive con arreglo á las costumbres de Paris; pero no he nacido allí. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Hacia alusion en mi mente á la conversacion que acabábamos de tener, y pensaba que si habitais en Paris debiais haber visto al señor Rousseau, de quien hablábamos ahora mismo.

—Teneis razon, le he visto algunas veces.

—Todos se quedan mirándole cuando pasa, ¿no es verdad? ¿Todos le admiran y le señalan con el dedo como el bienhechor de la humanidad?

—Veo que os habeis formado un concepto muy equivocado; por el contrario, los niños le siguen, y escitados por sus padres, le arrojan piedras.

—Ah! Dios mio! exclamó Gilberto con doloroso estupor; ¿pero á lo menos es rico?

—Muchas veces se hace á sí mismo como vos la pregunta que haciais esta mañana : ¿ dõnde almorzaré?

—¿Pero, aunque pobre, es considerado, poderoso y respetado?

—Al dormirse cada noche no sabe si despertará al dia siguiente en la Bastilla.

—Oh! debe aborrecer á los hombres!

—No los ama ni los aborrece; está disgustado de ellos y nada mas.

—¡No odiar á las gentes que nos maltratan! exclamó Gilberto, no comprendo eso.

—Rousseau ha sido siempre libre; Rousseau ha sido siempre bastante fuerte para no apoyarse sino sobre sí solo, y la fuerza y la libertad son las que hacen los hombres dulces y buenos; solo la esclavitud, la debilidad hacen malos.

—Hé ahí la razon por qué he querido permanecer libre, dijo orgulosamente Gilberto; adivinaba lo que acabais de esplicarme.

—Aun en la prision puede el hombre ser libre, amigo mio, dijo el anciano; mañana se verá Rousseau en la Bastilla, lo que tal vez podrá snecerle un dia ù otro, cuando escriba ó piense tan libremente como en las montañas de Suiza. Por lo que hace á mí, jamás he creido que la libertad del hombre consista en hacer lo que quiere, sino que ningun poder humano le obli-gue á hacer lo que no quiere.

—¿ Luego Rousseau ha escrito lo que decis , señor?

—Sí, dijo el extranjero.

—¿Pero no en el *Contrato social*?

—No, en una publicacion nueva que se titula las *Meditaciones de un paseante solitario*.

—Señor, dijo Gilberto con entusiasmo, no quisiera hacerme ilusiones, pero me parece que coincidimos sobre un punto.

—Sobre cual?

—Que uno y otro amamos y adoramos á Rousseau.

—Hablad por vos, joven: estais en la edad de las ilusiones.

—Podemos equivocarnos sobre las cosas, pero no sobre los hombres.

—Ay! mas adelante vereis que es mas fácil equivocarse sobre los hombres. Rousseau es acaso algo mas justo que los demás hombres; pero creed que tambien tiene sus defectos y muy grandes.

Gilberto meneó la cabeza con un ademan que revelaba la poca conviccion: pero á pesar de aquella impolítica demostracion, el desconocido continuó tratándole con el mismo favor.

—Volvamos á nuestro punto de partida, dijo el anciano. Me habeis dicho que habiais dejado á vuestro amo en Versalles.

—Y yo, dijo Gilberto algo tranquilo, yo, que os he contestado que no tenia amo, hubiera podido añadir que solo dependia de mí tener uno muy ilustre, y que acababa de renunciar á una condicion que otros muchos hubieran envidiado.

—Una condicion?

--Sí: tratábase de servir de diversion á unos grandes señores ociosos; pero he pensado que siendo jóven, que pudiendo estudiar y andar mi camino, no debia perder ese tiempo precioso de la juventud y comprometer en mi persona la dignidad del hombre.

--Teneis razon en lo que decis, amigo mio, dijo gravemente el desconocido; ¿pero para andar vuestro camino teneis un plan determinado?

—Señor, tengo la ambicion de ser médico.

—Carrera llena de nobleza y generosidad, en la cual puede uno escojer entre la verdadera ciencia, modesta y mártir, y el charlatanismo imprudente y holgado. Si amais la verdad, jóven estudiad la medicina; si amais el brillo, haceos médico.

—Es verdad, señor, que es necesario mucho dinero para estudiar?

—No hay duda, es necesario; pero no tanto como creéis.

--El hecho es, replicó Gilberto, que Juan Jacobo Rousseau, que todo lo sabe, ha estudiado por nada.

--Por nada! Oh! jóven, dijo el anciano con triste sonrisa, llamais nada á lo que Dios ha dado de mas precioso á los hombres; el candor, la salud, el sueño; hé aquí lo que ha costado al filósofo ginebrino lo poco que ha llegado á aprender.

---Poco! exclamó Gilberto casi indignado.

---Sin duda; preguntad acerca de él y escuchad lo que os dirán.

---En primer lugar es un gran músico.

---¡Oh! porque el rey Luis XV ha cantado con entusiasmo: *he perdido á mi servidor*; no quiere decir que *el adivino de aldea* sea buena ópera.

---Añadid á eso que es un gran botánico. Ved sus cartas, de las que jamás he podido proporcionarme sino algunas páginas descabaladas: vos debeis conocer eso; vos que cojeis plantas en los bosques.

---Oh! muchas veces se cree uno botánico, y sin embargo, no es.....

---Acabad.

---No es mas que herbolario..... y aún así.....

---¿Y vos qué sois?..... ¿Herbolario ó botánico?

---Oh! Herbolario muy humilde y muy ignorante, en presencia de esas maravillas de Dios que se llaman plantas y flores.

---¿Sabeis latin?

---Muy mal.

---Sin embargo, he leído en una *Gaceta* que habia traducido á un autor antiguo, llamado Tácito.

---Por que en su orgullo, ---ay! todo hombre es orgulloso por momentos, ---porque en su orgullo ha querido emprenderlo todo; pero él mismo lo confiesa en la advertencia de su primer libro, del único que ha traducido: él mismo no tiene vergüenza en decir que entiende muy mal el latin, y Tácito, que es un gran justador, le ha cansado pronto.---No, no, buen jóven, á pesar de vuestra admiracion, no hay hombre universal, y creed que las mas de las veces, pierde el hombre en profundidad lo que gana en superficie. No hay

rio por pequeño que sea que no se desborde á impulso de una tempestad y que no parezca un lago. Pero tratad de hacerle llevar un barco y pronto tocaréis el fondo.

---Y Rousseau es segun vuestra opinion uno de esos hombres superficiales?

---Sí: y solo en lo único que se diferencia de los demás hombres es en que presenta una superficie algo mas estensa que ellos, dijo el desconocido, y nada mas.

---Muchos hombres se considerarían felices en mi concepto si pudiesen lograr una superficie semejante.

---Hablaís por mí? preguntó el desconocido con un candor que desarmó á Gilberto.

---Ah! Dios me libre, exclamó este último; es demasiado dulce para mí hablar con vos para que trate de disgustaros.

---¿Y en qué puede seros agradable mi conversacion, pues no creo que queráis lisonjearme por un pedazo de pan y algunas cerezas?

---Es muy cierto, y por todo el imperio del mundo no adulo yo á nadie; pero escuchad, vos habeis sido el primero que habeis hablado sin aspereza, con bondad, como se habla á un jóven, y no como se habla á un niño. Aun quando háyamos estado discordes acerca de Rousseau, hay detrás de la mansedumbre de vuestro espíritu alguna cosa elevada que atrae al mio. Me parece quando hablo con vos que estoy en un rico salon cuyas ventanas están cerradas, y cuya riqueza adivino á pesar de la obscuridad. En vuestra mano está deslumbrarme si dejais penetrar un rayo de luz en vuestra conversacion.

---Pero vos mismo hablais con cierta pulcritud, que puedo creer que habeis recibido una educacion mas esmerada que la que confesais.

---Esta es la primera vez, y yo mismo me admiro de los términos en que hablo; pues es confieso que apenas conozco su significacion y me sirvo de ellos por haberlos oido pronunciar una sola vez. Verdad es que los había encontrado en los libros que había leído, pero nunca los habia comprendido.

---¿Habeis leído mucho?

---Demasiado; pero leeré mas.

El anciano miró á Gilberto con asombro.

---Sí, he leído todo lo que ha venido á mis manos, buenos ó malos libros, todo lo he devorado. Oh! ¡si hubiese tenido quien me guiara en mis lecturas, para decirme lo que debía olvidar y lo que debía conservar en la memoria!....pero perdonad, señor, me olvido de que si me es preciosa vuestra conversacion, no os sucederá así con la mia: tal vez os incomodo con mi necia charla..... estábais hervorizando y he venido á estorbaros....

Gilberto hizo un movimiento para retirarse, si bien con el vivo deseo de ser detenido. El anciano, cuyos vivos ojuelos estaban fijos en él, leía al parecer hasta en el fondo de su corazon.

---No por cierto, le dijo; mi caja está casi llena, y no necesito ya sino algunos musgos; me han dicho que en en este sitio se crían hermosos culantrillos.

---Esperad, esperad, dijo Gilberto: me parece que he visto lo que buskais hace poco sobre una peña.

---¿Lejos de aquí?

- -No, muy cerca..... á cincuenta pasos.

---Pero cómo sabéis que las plantas que habeis visto son culantrillos?

---Soy hijo de los bosques, señor; además la hija del amo de la casa donde me he criado, se dedicaba tambien á la botánica; tenía un herbario, y al pié de cada planta el nombre de la misma escrito de su mano. Muchas veces he visto esas plantas y esos letreros, y me parece haber visto musgos que no conocía sino con el nombre de musgos de rocas, designados con el de culantrillos.

---¿Y teneis aficion á la botánica?

---Ah! señor: cuando yó oía decir á Nicolasa,--- Nicolasa era la camarera de la señorita Andrea,---cuando la oía decir que su ama buscaba inútilmente alguna planta en las inmediaciones de Tavarney, encargaba á Nicolasa que procurase indagar la forma de aquella planta. Entónces, muchas veces, sin saber que era yó quien le hacía este encargo, la señorita Andrea dibujaba la planta con lapiz. Nicolasa al punto cogía el dibujo, yó me lo llevaba, y recorría entónces alborozado los campos, los prados y los bosques hasta que encontraba la planta que buscaba. Luego que la hallaba, la arrancaba con una azada y por la noche la trasplantaba en medio del prado, de suerte que paseándose una mañana la señorita Andrea arrojó un grito de alegría, exclamando:

---Oh! cielos! qué dicha! hallo aquí esta planta que con tanta ansia he buscado por todas partes.α

El anciano miró á Gilberto con mas atencion de lo que había hecho hasta entónces, y si pensando Gilberto en lo que acababa de decir, no hubiese bajado los ojos ruborizado, habría podido ver que aquella atencion estaba mezclada de un interés lleno de ternura.

---Pues bien! le dijo, continuad estudiando la botánica, jóven; ella os conducirá por el camino mas corto á la medicina. Creed que el supremo Hacedor no ha creado nada inútil, y cada planta tendrá un dia su significacion en el libro de la ciencia. Aprended primero á conocer los simples, y despues aprenderéis sus propiedades.

--Hay escuelas en París, no es verdad?

--Y gratuitas; la de cirujía por ejemplo es uno de los beneficios del presente reinado.

--Seguiré sus cursos.

--Será cosa muy fácil; porque presumo que al ver vuestros padres vuestra disposicion, os pasarán una pension alimenticia.

--No tengo padres; pero me mantendré con mi trabajo

--Muy bien dicho; y ya que habeis leído las obras de Rousseau, habréis visto que todo hombre, aunque sea hijo de un príncipe, debe aprender un oficio mecánico.

--No he leído el *Emilio*; pues creo que es en el *Emilio* donde se encuentra esa recomendacion; no es verdad?

--Sí.

--Pero he oido al señor de Taverney que se bur-

laba de esta máxima, y que sentia no haber hecho á su hijo carpintero.

---Pues qué le ha hecho? preguntò el desconocido.

--Oficial de un regimiento, contestó Gilberto.

Una desdeñosa sonrisa divagó por los labios del anciano.

--Sí, todos los nobles son así: en vez de enseñar á sus hijos el oficio que hace vivir, les enseñan el oficio que hace morir. Sobreviene una revolucion, y tras la revolucion el destierro, y entonces se ven obligados á mendigar en el estrangero ó vender su espada, lo que todavia es peor; pero vos, que no sois hijo de noble, ¿sabreis algun oficio?

--Señor, ya os he dicho que no sé nada, y por otra parte debo confesaros que tengo un horror invencible á toda faena que imprime al cuerpo movimientos rudos y brutales.

--- Ah! exclamó el anciano, ¿entonces sois perezoso?

--Oh! no, no soy perezoso; pero en vez de hacerme trabajar en alguna obra que exija fuerzas, dadme libros, dadme un gabinete, y vereis si no consumo mis dias y mis noches en el género de trabajo que haya escogido.

El desconocido miró las manos delicadas y blancas del jóven.

--Esa es una predisposicion, lo veo; es un instinto, dijo el anciano. Esas especies de repugnancias producen muchas veces buenos resultados; pero es

menester que sean bien dirigidas. En fin, continuó, si no habeis estado en un colegio, habreis ido por lo menos á la escuela.

Gilberto meneó la cabeza.

---Sabeis leer y escribir?

---Antes de morir mi madre, habia tenido tiempo de enseñarme á leer: ¡pobre madre mia! porque al verme tan débil de cuerpo, decia siempre á todos:

---Este muchacho no será nunca un buen artesano; hagámosle sacerdote, ó sabio. Cuando mostraba yo alguna repugnancia á escuchar sus lecciones, me decia, alentándome:

---Aprende á leer, Gilberto, y no irás al monte á cortar leña, ni conducirás el arado, ni picarás piedra, y yó aprendía. Desgraciadamente sabía apenas leer cuando murió mi madre.

---Y quién os enseñó á escribir?

---Yó mismo.

---Vos mismo?

---Sí: con un palo que aguzaba y arena que pasaba por un tamiz para que estuviese mas fina. Por espacio de dos años escribí como se imprime, copiando de un libro é ignorando que hubiese otros caracteres que los que había logrado imitar con bastante felicidad. Pero por fin, un dia.... hace yá tres años, la señorita Andrea había partido para el convento; hacía algunos dias que no se tenían noticias de ella, cuando el cartero me entregó una carta de la señorita para su padre. Entonces ví que había otros caracteres además de los impresos. El señor de Taverney abrió la carta, y ti-

ró el sobre, que recogí al momento como una cosa preciosa, y lo guardé hasta que al volver el cartero le dije que me leyera el sobre que estaba concebido en estos términos:

«Al señor baron de Taverney--Casa--Roja, en su castillo, por Pierrefitte.»

Sobre cada una de estas letras puse la correspondiente impresa, y ví que, á escepcion de muy pocas, estaban contenidas en aquellas dos líneas todas las letras trazadas por la señorita Andrea; pasados ocho dias apenas había reproducido aquel sobre acaso diez mil veces, y yá sabía escribir. Escribí, pues, medianamente, y quizás mas bien que mal. Yá veis, señor, que mis esperanzas no son exageradas, puesto que sé leer y escribir, puesto que he leído todo lo que he podido haber á las manos, puesto que he tratado de reflexionar todo lo que he leído. ¿Por qué no he de hallar un hombre que necesite mi pluma, un ciego que necesite mis ojos, ó un mudo que necesite mi lengua?

—¿Olvidais, vos que mirais con tanta repugnancia la servidumbre, que tendréis entonces un amo? Un secretario ó un lector son criados de segundo orden, y nada mas.

—Es cierto, dijo Gilberto poniéndose pálido; pero no importa, necesito llegar. Empedraré las calles de Paris, llevaré agua, si es necesario, pero llegaré ó moriré en el camino, y entonces conseguiré tambien mi objeto.

—Vamos! Vamos! dijo el desconocido, creo que estais animado de buen deseo, y que no os falta valor.

—Pero vos mismo, dijo Gilberto, tan bueno para mí, ¿no ejerceis una profesion cualquiera? Estais vestido como si fueseis empleado en hacienda.

El anciano se sonrió con dulce melancolía.

—Tengo una profesion, dijo; sí es verdad, porque todo hombre debe tener una, pero es enteramente estraña á cosas de hacienda. Un hacendista no herbolizaria.

—Herbolizais por oficio?

—Casi.

—¿Entonces sois pobre?

—Sí.

—Los pobres son los que dan, porque la pobreza los ha hecho sábios, y un consejo vale mas que un Luis de oro. Dadme pues un consejo.

—Puede ser que os dé mas que un consejo.

Gilberto se sonrió.

—Lo sospechaba, dijo.

—¿Cuánto creéis que necesitáis para vivir?

—Oh! muy poco.

—Me parece que no conocéis á Paris.

—La primera vez que le he visto fuè ayer desde las alturas de Luciennes.

—¿Entónceis ignorais que cuesta caro vivir en la grandeza?

—¿Cuánto sobre poco mas ó menos?...Establecedme una proporcion.

—Con mucho gusto. Escuchad, por ejemplo: lo que cuesta un sueldo en provincia, cuesta tres en Paris.

—Pues bien, dijo Gilberto; suponiendo un abrigo cualquiera donde pueda descansar despues de haber trabajado, necesito para la vida material seis sueldos diarios poco mas ó menos.

—Bien, bien, amigo mio, exclamó el desconocido. Asi me gustan los hombres: venid conmigo á Paris; yo os buscaré una profesion independiente que os dê de comer.

—Ah! es cierto, señor? exclamó Gilberto ébrio de alegria.

Recobrándose un poco despues, añadió:

—Se entiende que he de trabajar realmente y que no es una limosna lo que me ofreceis.

—No por cierto, estad tranquilo, hijo mio; no soy bastante rico para dar limosnas, ni bastante loco para aventurarlas.

—En hora buena, dijo Gilberto, á quien aquel arranque misantrópico tranquilizaba en vez de ofender. Ese es el lenguaje que me gusta. acepto vuestra oferta y os doy gracias por ella.

—Quedamos pues convenidos en que vendreis conmigo á Paris.

—Si, señor, si asi os place.

—Me place, puesto que os lo ofrezco.

—Cuáles serán mis obligaciones respecto de vos?

—Ninguna..... trabajar; y aun así, vos sereis quien arreglará vuestro trabajo; tendreis el derecho de ser jóven, de ser feliz, de ser libre y hasta el derecho de no hacer nada, cuando háyais ganado vuestras vacaciones, dijo el desconocido sonriendo como á pesar

suyo. Levantando despues los ojos al cielo, añadió lanzando un suspiro: Oh juventud! Oh vigor! Oh libertad!

Y al pronunciar estas palabras una melancolía de una poesía inesplicable se esparció sobre sus facciones finas y puras.

En seguida se levantó apoyándose en su baston.

---Y ahora, dijo mas alegremente, ahora que teneis una condicion, ¿queréis que llenemos otro cajon de plantas? Aquí tengo algunas hojas de papel sobre las cuales clasificaremos nuestra primera cosecha. Pero á propósito, teneis todavía hambre? Me queda pan.

---Mejor será que lo guardemos para esta tarde si quereis, señor.

---A lo ménos comed las cerezas, pues nos estorbarían.

---Con mucho gusto; pero permitidme que lleve vuestra caja para que marcheis con mas comodidad, pues creo que gracias á la costumbre mis piernas cansarán á las vuestras.

---Ah! no sabeis lo venturoso que me haceis; mirad....mirad! creo ver allá abajo el *vicris hieracioides* que inútilmente he buscado toda la mañana; y debajo de vuestro pié; cuidado! el *serastium aquaticum*. Aguardad, no la arranqueis. Oh! todavía no sois herbolario, mi jóven amigo: la una está demasiado húmeda en este momento para ser cogida, y la otra no está todavía en sazón. Al pasar esta tarde por aquí arrancarémos el *vicris hieracioides*, y en cuanto al *serastium*, lo cogerémos dentro de ocho dias. Además, quiero enseñarla en pié á un sabio amigo mio, cuya proteccion pienso so-

licitar para vos. Y ahora **venid** y conducidme á ese sitio de que me hablais hace poco, y donde habeis visto hermosos culantrillos.

Gilberto comenzó á andar delante de su nuevo amigo, el anciano le siguió y ambos desaparecieron por entre el espeso follaje del bosque.

...the
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

III.

El señor Jacobo.

SLENO de placer Gilberto, y recordando que su buena fortuna, hasta en los momentos mas desesperados le prestaba una mano bienhechora, marchaba delante volviéndose de vez en cuando hácia el desconocido, que acababa de hacerle tan dócil con tan pocas palabras.

Conducíale así hácia sus musgos, que eran en efecto magníficos culantrillos, y luego que el anciano hubo hecho su coleccion, se pusieron á buscar plantas.

Gilberto estaba mucho mas adelantado en botánica de lo que él mismo pensaba: como hijo de los

bosques, conocía como amigas de su infancia las plantas que en ellos se criaban, aunque solo las conocía bajo sus nombres vulgares. A medida que las designaba así, su compañero se la indicaba bajo su nombre científico, que Gilberto, al volver á encontrar una planta de la misma familia, procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces el desconocido descomponía la palabra, le manifestaba las relaciones del asunto con ella, y Gilberto aprendía de esta suerte no solamente el nombre de la planta, sino también la significacion de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussien, habían bautizado esta planta.

De vez en cuando decía:

—¡Qué lástima, señor, que no pueda ganar mis seis sueldos en esta ocupacion de botánica pasando todo el día con vos! Os juro que no descansaría un solo instante, y me parece que aun no necesitaria seis sueldos; un pedazo de pan como el que teniais esta mañana bastaría á mi apetito de todo el día. Acabo de beber agua en una fuente tan buena, como en Taverney, y esta noche pasada he dormido tan bien al pié de un árbol, como lo hubiera hecho bajo el techo de un hermoso castillo.

Una sonrisa divagó por el rostro del desconocido.

—Amigo mío, le dijo, vendrá el invierno: las plantas se secarán, se helará la fruta, el viento del norte silbará en los árboles deshojados en lugar de esta dulce brisa que agita tan suavemente las hojas.

Entonces necesitaréis un abrigo, vestidos, fuego, y aun con los seis sueldos diarios no podreis proporcionaros casa, lumbre y vestido.

Gilberto arrojó un suspiro y continuó cogiendo nuevas plantas y haciendo nuevas preguntas.

De este modo recorrieron parte del dia los bosques de Aulnay, de Plesis-Piquet y Clatmart-sous-Mendon.

Segun su costumbre, Gilberto habia ya trabado familiaridad con su compañero, quien por su parte preguntaba con admirable destreza; sin embargo, Gilberto, desconfiado, circunspecto y tímido se descubria lo menos posible.

El corazon del jóven palpitaba solo con la idea de que luego iba á ver á Paris.... á esa ciudad de sus sueños, y no pudo disimular su emocion cuando desde las alturas de Vauvres distinguió á Santa Genoveva, el cuartel de los inválidos, Nuestra Señora y ese mar inmenso de casas. cuyas olas esparcidas van, como una marea, á azotar los flancos de Mont-matre, de Belleville y de Menilmotant.

—Oh Paris! Paris! exclamó alborozado.

—Sí, Paris, un monton de casas, una sima de males, dijo el anciano. Sobre cada una de las piedras que hay allí abajo veríais brotar una lágrima ó enrojecerla una gota de sangre, si los dolores que encierran sus paredes pudiesen salir fuera.

Gilberto reprimió su entusiasmo, que pronto decayó por sí mismo.

Entraron por la barrera del Infierno. El arra-

bal estaba sucio y hediendo; los enfermos que llevaban al hospital pasaban en angarillas; muchachos medio desnudos jugaban en el fango con los perros, las vacas y los cerdos.

Oscureciöse la frente de Gilberto.

—Todo esto os parece horroroso ¿no es verdad? dijo el anciano. Pues bien, ahora mismo dejaréis de ver este espectáculo. Todavía son una riqueza un cerdo y una vaca, todavía es una alegría un niño asqueroso: pero siempre y en todas partes hallareis el fango en esta ciudad que tanto anhelábais conocer.

Gilberto no estaba mal dispuesto á ver á París bajo un punto de vista sombrío, y aceptó el cuadro tal como se presentaba.

Por lo que hace á este último, prolijo al principio en su declamacion, se habia ido quedando silencioso y mudo poco á poco, y á medida que avanzaba hacía el centro de la ciudad, como si no hubiese querido que Gilberto se atreviera á preguntarle qué jardín era aquel que se veía al través del enverjado y qué puente aquel por debajo del cual pasaba el Sena. El jardín era el de Luxemburgo y el puente el puente Nuevo.

Como seguian, empero marchando silenciosos y el desconocido llevaba al parecer la meditacion hasta la inquietud, se aventuró á preguntar Gilberto:

—¿Falta mucho todavía para vuestra casa, señor?

—Ya estamos cerca, dijo el desconocido, á quien esta pregunta dejó al parecer mas triste.

Entraron por la calle del Horno y pasaron por

delante del magnífico palacio de Soissons, que tenia vista y entrada principal á esta calle, pero cuyos hermosos jardines se estendian sobre las de Grenelle y de los Dos Escudos.

Al pasar por delante de una iglesia, que pareció muy bella á Gilberto, se paró un instante para contemplarla.

—Hé aquí un hermeso monumento, dijo.

—Es la iglesia de S. Eustaquio, respondió el anciano.

En seguida, levantó la cabeza.

—Son las ocho! exclamó. Oh! Dios mio! Dios mio! venid pronto, jóvenes, venid.

El desconocido alargó el paso, y le siguió Gilberto.

—A propósito, dijo el viejo despues de algunos instantes de un silencio tan frio que comenzaba á alarmar á Gilberto: me había olvidado de deciros que soy casado.

—Ah! exclamó Gilberto.

—Sí, y que mi mujer, como verdadera parisien-se, reñirá sin duda porque llegamos tarde. Además, debo decíroslo, desconfía mucho de los forasteros.

—¿Queréis que me retire, señor? dijo Gilberto, cuya expansion heló de repente aquella palabra.

---No, amigo mio; no haréis tal cosa, y yá que os he invitado á que vengais á mi casa, debeis venir.

---Os sigo, dijo Gilberto.

---Allí, á la derecha, por aquí: yá estamos en la calle.

Gilberto alzó los ojos, y á la luz de los últimos

rayos del día leyó en el ángulo de la plaza, encima de una tienda de comestibles, estas palabras: *Calle de Platrière.*

El anciano continuó acelerando el paso cuanto pudo, porque cuanto mas se acercaba á su casa mas redoblaba aquella agitacion febril que hemes indicado. Gilberto, que no quería perderle de vista, tropezaba á cada segundo, ora con los transeuntes, ora con los fardos de los cargadores, ora con las lanzas de los coches y con las varas de las carretas.

Su conductor parecía haberle olvidado completamente; seguía marchando con paso acelerado, visiblemente absorto en una idea desagradable y atormentadora.

Paróse en fin el anciano delante de una puerta, tiró suavemente de un cordon, y aquella se abrió.

Volviéndose entónces hácia Gilberto, y viéndole indeciso en el umbral, le dijo:

---Venid pronto.

Y cerró en seguida la puerta.

Despues de haber dado algunos pasos en la oscuridad, tropezó Gilberto con el primer peldaño de una escalera. El anciano, acostumbrado á ella, había ya subido doce escalones.

Gilberto llegó al fin hasta el rellano donde se había parado su guía, quien tirando de un cordon resonó una aguda campanilla en lo interior de una habitacion. Oyóse entónces el pesado paso de una persona que andaba en chancas, y se abrió la puerta, presentándose en su umbral una mujer de cincuenta á cincuenta y cinco años.

Mezcláronse repentinamente dos voces; una era la del desconocido, y la otra la de aquella mujer que acababa de abrir la puerta.

Una de estas dos voces decía tímidamente:

---Es demasiado tarde, querida Teresa?

La otra gruñía:

---A buena hora nos hace cenar, Jacobo.

---Vaya! tienes razon, amiga mia, pero bien pronto voy á repararlo todo, respondió afectuosamente el desconocido cerrando la puerta y tomando de las manos de Gilberto la caja de hoja de lata.

---Eso es mas gracioso todavía! has' tomado un mandadero, exclamó la vieja, era lo único que nos faltaba. Ya lo ves; no puedes llevar solo todos tus engorros de yerbas. ¡Un mandadero para el señor Jacobo! ¡qué ménos si ya es un gran señor!

---Vamos, vamos; respondió el anciano colocando con imperturbable paciencia sus plantas sobre la chimenea; vamos, ten un poco de calma, Teresa.

---Págale á lo ménos y despídele; no necesitamos tener aquí espías.

Gilberto se inmutó poniéndose pálido como un difunto, y dió un salto hácia la puerta. Jacobo le detuvo.

---Este jóven, dijo con cierta firmeza, no es un mandero y mucho ménos un espía. Es un huésped que traigo á casa.

La vieja dejó caer los brazos cuan largos eran y exclamó:

---Un huésped! no nos faltaba mas que eso.

---Vamos, Teresa, replicó el desconocido con voz afectuosa, enciende una luz. Hace calor y tenemos sed.

La vieja hizo escuchar un murmullo, que aunque muy ronco y fuerte al principio, se fué debilitando poco á poco.

En seguida cogió un eslabon, que golpeando contra una caja llena de yesca, hizo brotar muchas chispas, las cuales incendiaron al punto toda la caja.

Durante el diálogo, poco agradable murmullo y el silencio que le había seguido, Gilberto había permanecido inmóvil, mudo y como clavado á dos pasos de aquella puerta que sentía yá haber pasado.

Jacobo conoció lo que el jóven sufría, y le dijo:

---Os suplico, señor Gilberto que entreis.

La vieja á fin de ver al jóven, á quien su marido hablaba con aquella política afectada, volvió hácia él su amarilla y tétrica figura. Gilberto la vió entonces. Y su semblante arrugado, barroso y como infiltrado en ciertas partes de hiel, sus ojos mas lúbricos que vivos y la dulzura de sus facciones vulgares, que desmentía la voz y la acogida de la vieja, inspiraron desde luego á Gilberto una violenta antipatia.

Tampoco simpatizó mucho con la vieja seca y arrugada el semblante pálido y fino, el silencio circunspecto y la gravedad del jóven.

---Creo, señores, tendréis mucho calor y por consiguiente mucha sed, dijo la vieja. En efecto: ¡pasar todo el dia á la sombra de los bosques es tan incómodo y fatiga tanto! Y luego bajarse de vez en cuando para cojer una yerba! Oh! debe ser un trabajo muy pe-

sado. Este caballero herboriza tambien, sin duda: ese es el oficio de los que no tienen ninguno.

---Este jóven, respondió Jacobo con voz cada vez mas firme, es un hombre honrado y leal que me ha hecho el honor de acompañarme todo el dia y á quien mi buena Teresa debe recibir hoy como á uno de mis buenos amigos.

---Aquí no hay provisiones si no para dos personas, respondió gruñendo Teresa, y no para tres.

---Yó soy sóbrio y él tambien, dijo Jacobo.

---Sí, sí, conozco esa sobriedad. Te declaro que no hay bastante pan en casa para alimentar tu doble sobriedad, y no bajaré por cierto tres escalones para ir á buscarlo. Además, á estas horas yá estará cerrada la t. hona.

---No te incomodes, dijo Jacobo frunciendo el ceño, yó bajaré. Abreme la puerta, Teresa.

---Pero....

---Lo exijo.

---Está bien! está bien! dijo entónces la vieja gruñendo, pero cediendo, sin embargo, al tono absoluto á que su oposicion había conducido gradualmente á Jacobo. ¿No estoy yó aquí para hacer todos vuestros caprichos?....

—Acaso tengamos bastante con el pan que tenemos aun. Ven á cenar.

—Sentaos á mi lado, dijo Jacobo á Gilberto, conduciéndolo junto á una mesita puesta junto á una pieza inmediata, y sobre la cual, al lado de dos cubiertos había dos servilletas que, enrolladas y atadas la una

con un cordon encarnado y la otra con un cordon blanco, indicaban el sitio de cada uno de los amos de casa.

Aquella pieza, pequeña y cuadrada, estaba cubierta de papel azul con dibujos de un blanco súcio: colgaban de las paredes dos grandes mapas; y el resto del ajuar se componia de seis sillas de cerezo con asientos de paja, y de la mencionada mesa.

Gilberto se sentó con mucha modestia, la vieja mirándole de reojo colocó delante de él un plato y le trajo un cubierto gastado por el servicio, y despues añadió á estos utensilios un vaso de estaño cuidadosamente bruñido.

—No bajas? preguntó Jacobo á su mujer.

—Es inútil, contestó esta en un tono que indicaba el rencor que guardaba á Jacobo por la victoria que habia alcanzado; es inútil, he hallado medio pan en el armario.

Al decir estas palabras puso sobre la mesa el portaje.

Jacobo fué servido el primero, despues Gilberto y la vieja comió en la fuente.

Los tres tenian un apetito envidiable, que hacia honor á su parca comida. Gilberto, disgustado por la discusion de economía doméstica á que habia dado lugar, ponía al suyo todos los frenos imaginables; pero no obstante, fué el primero que despachó su racion.

La vieja lanzó sobre su plato, prematuramente vacío, una mirada que espresaba una cólera concentrada.

—¿Quién ha venido hoy? preguntó Jacobo para cambiar las ideas de Teresa.

—Oh! exclamó esta, toda la tierra, como de costumbre. Habias prometido á la señora de Boufflers sus cuatro cuadernos, á la señora de Escars dos árias, un cuarteto con acompañamiento á la señora de Penthiebre. Las unas han venido personalmente, y las otras han enviado sus criados. Pero como el señor estaba herborizando, y como no puede uno divertirse y trabajar al mismo tiempo, esas señoras han tenido que pasarse sin su música.

Jacobo no dijo una palabra con gran admiracion de Gilberto, que esperaba verle enfadado.

Al potaje sucedió un pedazo de vaca asada, servida en un plato de vidriado blanco todo rayado por la punta de los cuchillos.

Jacobo sirvió á Gilberto bastante modestamente, porque se hallaba bajo la vigilancia de Teresa, despues tomó para sí un pedazo casi igual y pasó el plato á su esposa.

Esta tomó el pan y cortó un pedazo que dió á Gilberto.

Este pedazo era tan pequeño, que Jacobo no pudo menos de ruborizarse; esperó que Teresa acabara de servirselo y se sirviese á sí misma, y quitándole el pan de las manos dijo:

—Vos mismo cortareis vuestro pan, mi joven amigo, y partidlo á medida de vuestro apetito; el pan no debe ser tasado sino á los que lo pierden.

Un momento despues presentaron un plato de judias verdes sazonadas con manteca:

—Mirad que verdes están, dijo Jacobo: son de nuestras conservas; así se comen escelentes.

Y pasó el plato á Gilberto.

—Gracias, señor: he comido ya todo lo que necesito y no tengo mas gana.

—Este caballero no es de tu parecer acerca de mis conservas, dijo ásperamente Teresa: sin duda prefiere las habichuelas frescas: pero esas son gollerias superiores á nuestra bolsa.

—No lo creais, señora, dijo Gilberto: me parecen escelentes y las comeria con mucho gusto: pero yo jamás como mas que de un plato.

—Y bebeis agua? dijo Jacobo alargándole la botella.

—Siempre, Señor.

Jacobo se echó un dedo de vino puro.

—Ahora, Teresa, dijo dejando la botella de vino sobre la mesa, te ocuparás de disponer una cama para este joven, porque debe estar muy cansado.

Teresa dejó escapar su tenedor y fijó sus dos ojos azorados en su marido.

—Una cama! estás loco? puede nadie acostarse en esta casa? sin duda lo acostarás en tu cama. Pero en verdad que debes haber perdido la chaveta. ¿Vas á poner colegio? en ese caso no cuentes conmigo: toma una cocinera y una criada: bastante hago con ser criada tuya para que quieras que lo sea de los demás.

—Teresa, respondió Jacobo con su tono grave y firme, Teresa, por Dios te suplico que escuches, querida amiga, nada mas será que por esta noche. Este joven jamás ha estado en París, y ha venido bajo mi proteccion. No quiero, pues, que duerma en la posa-

da, no quiero, aunque tuviese que cederle mi cama, como dices.

Después de esta segunda manifestación de su voluntad, el anciano calló y miró á la mujer esperando.

Entonces, Teresa, que le habia mirado con atención, y que mientras hablaba parecia estudiar cada músculo de su rostro, comprendió que no habia lucha posible en aquel momento, y cambió repentinamente de táctica.

Indudablemente habria sido vencida, obstinándose en combatir contra Gilberto, y por lo tanto resolvió combatir en su favor: verdad es que lo hizo como una aliada dispuesta á desertar en la primera ocasion.

—En fin, veo que es muy justo que este jóven se quede en casa, ya que te ha acompañado hasta aquí, y porque supongo que debes conocerle á fondo. Haré del mejor modo que pueda una cama en tu gabinete al lado de los legajos de papel.

—No, no, dijo Jacobo vivamente: un gabinete no es sitio á propósito para dormir, porque es muy fácil que se quemen esos papeles.

—Qué lástima! murmuró Teresa.

En seguida añadió en voz alta:

—Entonces en la antesala delante del armario,

—Tampoco.

—Entonces veo que apesar de nuestra buena voluntad, nos será imposible á los dos servir á este jóven, á no ser que le demos tu alcoba ó la mia.

—Me parece Teresa que no discurre bien.

—Yo?

—Sí, tú. ¿No tenemos una boardilla?

—El granero quieres decir?

—No, no es un granero, es un gabinete algo a-boardillado, pero sano, con vista á jardines magníficos, lo cual es raro en París.

—Oh! ¿què importa, señor? dijo Gilberto; aunque fuese un granero, os juro que me hallaría perfectamente.

—No puede ser absolutamente, dijo Teresa; allí es donde tiendo mi ropa.

—Este jóven no descompondría nada, Teresa. ¿No es verdad, amigo mio, que tendreis cuidado de que no suceda ningun accidente á la ropa de mi muger? Somos pobres, y cualquiera pérdida seria muy sensible para nosotros.

—Oh! descansad en cuanto á eso, señor.

Jacobo se levantó y se aproximó á Teresa,

—No quiero, querida amiga, que este jóven se pierda. París es una poblacion peligrosa, y nosotros le vigilaré nos aquí.

—¿Conqué es decir que te encargas de su educacion? ¿supongo que tu discípulo pagará el pupillaje?

—No, pero te respondo de que no te costará nada. Desde mañana se mantendrá á sí mismo. En cuanto al alojamiento, como la boardilla nos es casi inútil, podemos hacerle esta caridad.

—¿Como se entienden todos los perezosos! murmuró Teresa encojiéndose de hombros.

—Señor, dijo Gilberto mas cansado que su mismo

huésped de aquella lucha que sostenia palmo á palmo por una hospitalidad que le humillaba, ja más he incomodado á nadie, y no lo haré ciertamente para con vos, que habeis sido tan bueno conmigo. Quiero pedirós un favor.

—Decid, amigo mio.

—Permitidme que me vaya de vuestra casa. Hácia el lado del puente por donde hemos pasado he visto árboles, bajo los cuales hay bancos. Os aseguro que dormiré muy bien acostado en uno de esos bancos.

—!Sí, dijo Jacobo, para que la ronda os prenda como á un vagamundo!

—Como lo que es, dijo en voz baja Teresa quitando la mesa.

—Venid, venid, jóven dijo Jacobo; si mal no me acuerdo, allá arriba hay un jergon de paja, que siempre será mejor que un banco, y puesto que os contentábais con un banco.....

—Oh! señor, jamás me he acostado sino en jergones, dijo Gilberto.

E insistiendo sobre esta verdad por medio de una pequeña mentira, continuó:

—La lana me sofoca demasiado.

Jacobo se sonrió.

—La paja es en efecto mas fresca, dijo: tomad una de esas velas que están sobre la mesa y seguidme.

Teresa lanzo un profundo suspiro: era la señal de su completa derrota.

Gilberto se levantó gravemente y siguió á su protector.

—Señor, dijo, ¿está cara el agua en París?

—No, amigo mio; pero aunque estuviese cara, el agua y el pan son dos cosas que el hombre no tiene derecho á negar al hombre que las pide.

—Oh! en Taverney el agua no costaba nada, y el lujo del pobre es la limpieza.

—Ahí teneis agua, amigo mio, dijo Jacobo señalando con el dedo á Gilberto una gran jarra de loza, bebed cuanta queráis.

Y comenzó á andar delante de Gilberto, admirándose de hallar en un jóven de aquella edad toda la firmeza del pueblo unida á todos los instintos de la aristocrácia.

VI.

La boardilla del señor Jacobo.

SE iba angostando y haciendo su ascension mas difícil, desde el tercer piso donde tenia su abitacion el señor Jacobo, la escalera estrecha ya y difícil al extremo del corredor, en el sitio donde Gilberto habia tropezado con el primer escalon de modo que no sin gran trabajo pudieron llegar este y su protegido á la boardilla, que, como habia dicho Teresa, era un verdadero granero, dividido en cuatro piezas, de las cuales tres estaban desocupadas. Verdad es que á escepcion de la destinada á Gilberto todas eran inhabitables.

Era tal el declive del techo, que formaba con el suelo un ángulo agudo. En medio de esta pendiente,

una-ventanilla sin vidrios dejaba penetrar en el des-
van la luz y el aire, aquella mezquinamente y este
con profusion, sobre todo en la estacion del invierno.

Por fortuna estaba próxima la del estio, y sin
embargo, por poco se apagó la luz que llevaba Jacobo
cuando entraron en el granero.

El jergon de que Jacobo habia hablado tan fas-
tuosamente yacía en efecto en el suelo y se presenta-
ba desde luego á las miradas como el mueble princi-
pal de aquella estancia. En medio de un monton de li-
bros roí los por los ratones se veian esparcidos aquí y
allí rimeros de papeles impresos amarillentos por las
orillas.

En dos cuerdas colocadas transversalmente, y en
una de las cuales por poco se ahorca Gilberto, baila-
ban, movidos por el viento, sacos de papel que conte-
nian habichuelas secas metidas en sus vainas, yerbas
aromáticas y ropa blanca mezclada con algunos vesti-
dos viejos de mujer.

Esto no tiene grandes comodidades, dijo Jacobo;
pero el sueño y la oscuridad igualan los mas suntuosos
palacios con las mas pobres cabañas. Dormid como se
duerme en vuestra edad, mi jóven amigo, y nada os
impedirá creer mañana que habeis dormido en el Lou-
vre. Pero sobre todo, tened cuidado con el fuego.

—Sí, señor, dijo Gilberto algo aturdido con todo
lo que acababa de ver y oír.

Jacobo salió sonriéndose y en seguida volvió para
añadir:

—Mañana hablarémos. Creo que no reusareis el
trabajo, no es verdad?

—Ya sabeis señor, respondió Gilberto, que ese es por el contrario mi único deseo.

—Deseo muy laudable, amigo mio.

Y Jacobo dió otro paso hácia la puerta.

---Se entiende que ha de ser un trabajo digno y honroso, respondió el puntilloso Gilberto.

---Yo no conozco otro, mi jóven amigo; así pues, hasta mañana.

---Buenas noches, y gracias por todo, dijo Gilberto.

Jacobo salió, cerró la puerta por fuera y Gilberto se quedó solo en su zaquizami.

Primero con mudo asombro y despues con fria indiferencia recordó que se hallaba en París; y se preguntó á sí mismo, si era en efecto París aquella ciudad donde se veían alcobas semejantes á la suya; pero reflexionando en seguida que en resumirlas cuentas el señor Jacobo le cedía aquella alcoba de limosna, y recordando que así tambien se daba la limosna en Taverney, no solo cesó su admiracion, sino que esta comenzó á dar lugar al agradecimiento.

Con la vela en la mano recorrió, no sin tomar las precauciones recomendadas por Jacobo, todos los rincones del desvan, no cuidándose mucho de los vestidos de Teresa, de los cuales no quiso distraer ni uno solo para que le sirviera de cobertor.

Clavó su vista y atencion en los rimeros de papeles impresos que despertaban en el mas alto grado su curiosidad; pero los papeles estaban atados con bramante, y no se atrevió á tocar á ellos, apartando su

vista de los legajos para fijarla en los sacos de habichuelas, los cuales estaban formados de un papel muy blanco, pero impresos tambien, y unidos los pliegos con alfileres.

Al impulso de uno de los movimientos algo bruscos que hizo Gilberto, tocó la cuerda con su cabeza y cayó uno de los sacos.

Mas pálido y azorado que si hubiese violentado la cerradura de un arca de dinero, el jóven se apresuró á recoger las habichuelas esparcidas sobre el suelo y meterlas en el saco.

Se ocupaba en esta minuciosa operacion, cuando mirando por casualidad los papeles, maquinalmente tambien leyeron sus ojos algunas palabras que llamaron vivamente su atencion. Rechazólas habichuelas, y sentandose sobre su jergon, leyó porque aquellas palabras estaban tan acordes con su pensamiento, y sobre todo con su caracter, que parecían escritas no solamente para él, sino tambien por él.

Hélas aquí:

«Por otra parte, las costureras, las camareras y las tenderas no me tentaban, porque, yo necesitaba señoritas: cada uno tiene su capricho, y este ha sido siempre el mio. No pienso como Horacio sobre este particular. Sin embargo, no es la vanidad del estado y del rango lo que llama mi atencion, sino una belleza mejor conservada, manos mas bellas, un adorno mas gracioso, un ayre de delicadeza y aseo sobre toda la persona, mas gusto en la manera de expresarse, un vestido mas fino y mejor hecho, un calzado mas

«pequeño, cintas, encajes y cabellos mejor recogidos y maderezados. Yo preferiré siempre la menos linda que tenga todo esto. A mí mismo me parece esta preferencia muy ridícula, pero mi corazón la dá á pesar mio.»

Gilberto tembló, y el sudor bañó su frente; era posible espresar mejor su pensamiento, definir mejor sus instintos y analizar mejor su gusto? Solo que Andrea no era *la menos linda que tiene todo esto*, sino que tenía todo esto y era la mas hermosa.

Gilberto pues continuó leyendo con avidez.

Tras las pocas líneas que hemos copiado y que leyó Gilberto con un ardor desconocido, seguía una encantadora aventura de un joven con dos muchachas; la historia de una cabalgada acompañada de esos gritos encantadores que hacen á las mujeres mas encantadoras todavía, porque revelan su debilidad, de un viaje á la gruta de una de ellas y de un regreso nocturno mucho mas encantador y delicioso.

El interés crecía con tan agradable lectura; Gilberto había desecho el saco y leído todo lo que tenía de impreso con cierta palpitacion de corazón; miró las páginas por si las demás correspondían á las que ya había leído, y vió que estaban interrumpidas, pero encontró siete ú ocho sacos que parecían ser correlativos. Quitóles los alfileres, vació las habichuelas sobre el suelo, las amontonó y leyó.

Pero en estas se hablaba tambien de otro asunto el que aquellas nuevas páginas contenía: contábase en ellas los amores de un joven pobre y desconocido con

una dama principal. Esta había descendido hasta él, ò mas bien, él había subido hasta ella, y la dama le había acogido como á igual suyo, haciéndole su amante, é iniciándole en todos los misterios del corazon... en esos felices sueños de la adolescencia que tienen una realidad tan breve, que al llegar al otro lado de la vida, no se nos presentan yá sino como uno de esos meteoros brillantes, pero fugitivos, que se deslizan en medio de un cielo estrellado de primavera.

En ningnna parte se nombraba al jòven, pero la dama principal se llamaba la señora de Warens, nombre dulce y encantador.

Gilberto pensaba en la felicidad de pasar así toda una noche leyendo, y aumentaba este placer la idea de que todavía le quedaba una larga fila de sacos por despojar, cuando de repente se oyó un ligero chisporroteo; la vela, derretida por el recipiente de cobre, se hundió en la grasa líquida, se esparció por el granero un vapor hediondo, se apagó el pabilo y Gilberto se halló en la oscuridad.

Había ocurrido este incidente con tanta rapidez, que no había tenido tiempo para remediarlo; interrumpido, pues, en medio de su sabrosa lectura, estuvo á punto de llorar de rabia. Dejò caer los papeles que tenía en la mano sobre las habichuelas amontonadas cerca de su cama, y se acostó sobre su ético jergon, que á pesar de su dureza y de la cólera de su alma, le inspirò uno de esos sueños prontos y profundos.

El jòven durmió como se duerme á los diez y ocho años; así es que no despertó sino al ruido del can-

dado que Jacobo habia colocado la vispera á la puerta del granero.

Era ya muy de dia, y Gilberto, al abrir los ojos vió á su huésped entrar dulcemente en su estancia.

Lo primero que Gilberto vió fueron las habichuelas esparcidas y los sacos desbaratados.

Los ojos de Jacobo habian ya tomado la misma direccion.

Gilberto sintió subir á sus mejillas el rubor de la vergüenza, y sin saber demasiado lo que se decia, murmuró balbuceando:

--Buenos dias, señor.

--Buenos dias, amigo mio, dijo Jacobo; ¿habeis dormido bien?

--Si, señor.

--Seriais sonámbulo por casualidad?

Gilberto ignoraba lo que era un sonámbulo, pero comprendió que la pregunta tenia por objeto pedirle una explicacion sobre aquellas habichuelas fuera de sus sacos, y sobre aquellos sacos viudos de sus habichuelas.

—Ay! señor, dijo, bien veo por qué me decís eso; conozco que tengo la culpa de este desorden, y me acuso humildemente, pero creo que pronto lo repararé.

—Sin duda: ¿pero por qué se ha gastado toda vuestra vela?

—Me he acostado muy tarde.

—¿Y por qué os habeis acostado muy tarde? preguntó Jacobo con cierta curiosidad.

—Por leer.

Los ojos de Jacobo recorrieron entonces todo el genero.

—Esta primera hoja, dijo Gilberto mostrando el primer saco que habia descolgado i leído, esta primera hoja en que fijé la vista por casualidad, me interesó de tal modo..... Pero vos, señor, que sabéis tantas cosas ¿podeis decirme á qué libro pertenece?

Jacobo dirigió como al descuido la vista hácia el papel y dijo.

—No lo sé.

—Me parece que es una novela, exclamó Gilberto, una novela muy linda.

—¿Por qué creéis que es una novela?

—Porque se habla en ella de amores como en las novelas, aunque mucho mejor.

—Sin embargo, replicó Jacobo, como al pié de esta pagina leo la palabra *Confesiones*, creia....

—Qué creiais?

—Que podia ser una historia.

—Oh! no, no; el hombre que habla así no habla de sí mismo. Hay demasiada franqueza en sus confesiones, y demasiada imparcialidad en su juicio.

—Pues yo creo que os equivocais, dijo vivamente el anciano. El autor, por el contrario, ha querido dar al mundo el ejemplo de un hombre que se muestra á sus semejantes tal como Dios ha hecho al hombre.

--Luego conocéis al autor?

--El autor es Juan Jacobo Rousseau.

---¡Rousseau! exclamó el jóven con vivo entusiasmo.

--Sí. Aquí hay algunas hojas sueltas de su último libro.

--¿Conqué ese jóven, pobre, desconocido, oscuro y que casi iba mendigando por los caminos, que recorria á pié, era Rousseau, es decir, el hombre que un dia debia publicar el *Emilio* y escribir el *Contrato social*?

--Sí, él era, ò por mejor decir, no, dijo el anciano con una espresion de melancolia difícil de pintar. No, no era él: el autor del *Contrato social* y del *Emilio*, es el hombre desengañado del mundo, de la vida, de la gloria y casi de Dios, el otro.....el otro Rousseau.....el de la señora de Warens, es el niño que entra en la vida por la misma puerta que la aurora entra en el mundo; es el niño con sus alegrías y sus esperanzas. Entre los dos Rousseau hay un abismo que les impedirá juntarse nunca.....;treinta años de desgracia!

El anciano meneò la cabeza, y dejando caer tristemente sus brazos, diò muestras de entregarse á una meditacion profunda.

Gilberto habia quedado como deslumbrado.

—Quiere decir, añadió despues de un momento de silencio, que es verdadera esa aventura con las señoritas Galley y Graffenried? Es cierto que él ha sentido ese amor ardiente por la señora de Warens? ¿Conqué no ha sido una deliciosa mentira esa posesion de la mujer que amaba, posesion que le entrístecia en lugar de trasportarlo al cielo, como él esperaba?

—Jóven, dijo el anciano, Rousseau no ha mentido jamás. Recordad su divisa: *Vitam impendere vero*.

—La conocia, dijo Gilberto; pero como no sé el latin, jamás he podido comprenderla.

—Eso quiere decir: Consagrar su vida á la verdad.

—¿Luego es posible, continuó Gilberto, que un hombre que sale de donde ha salido Rousseau, sea amado de una dama hermosa y principal? ¡Oh Dios mio! ¿sabeis que es cosa para volver locos de esperanza á los que partiendo de abajo como él, han dirigido la vista á objetos que están encima de ellos?

—Vos amais, dijo Jacobo, y veis una analogía entre vuestra situacion y la de Rosseau.

Gilberto se encendió de rubor y no pudo contestar á la pregunta.

—Pero no todas las mugeres son como la señora de Warens, dijo: las hay altivas, desdenosas é inaccesibles, y es una locura amar á estas.

—Sin embargo, jóven, dijo Jacobo: mas de una vez se han presentado á Rousseau semejantes ocasiones.

—Oh! sí exclamó Gilberto, pero era Rousseau. Seguramente, si sintiera yo dentro de mí una chispa del fuego que ha abrasado su corazon é inspirado su génio....

—Y qué?

—Què? yo diria que no hay mujer, por grande que sea por su nacimiento, que pudiera contar conmigo; mientras que no siendo nada, ni teniendo la conviccion de mi porvenir, cuando miro los objetos

que están encima de mí, quedo deslumbrado. Oh! daría la mitad de mi existencia por poder hablar á Rousseau!

—Con qué objeto?

--Para preguntarle si en el caso de que la señora de Warens no hubiese descendido hasta él, ¿él hubiese subido hasta ella? Para decirle: ¿si os hubiesen negado esa posesion que os ha entristecido, no la hubieseis conquistado aun cuando para ello hubiese sido necesario?...

El jóven se detuvo.

--Necesario qué?...preguntó el anciano.

--Un crimen.

Jacobo temblò.

--Me parece que ha debido levantarse ya mi mujer, dijo mudando de conversacion; vamos á bajar. Por otra parte jamás comienza demasiado pronto el dia del trabajador: venid, jóven, venid.

--Verdad es, dijo Gilberto: perdonadme, señor; pero hay ciertas conversaciones que me embriagan, ciertos libros que me exaltan y ciertos pensamientos que me vuelven casi loco.

--Vamos, vamos, conozco que estais enamorado, dijo el anciano.

Gilberto nada contestó y se puso á recoger las habichuelas y á componer los sacos con ayuda de los alfileres; Jacobo no quiso interrumpirle en su tarea.

--No habeis sido alojado suntuosamente, pero al cubo teneis lo necesario, y si hubieseis sido mas madrugador, habriais aspirado por esa ventana ema-

naciones de verdura que no dejan de tener su mèrito en medio de los olores nauseabundos que infestan á la gran ciudad. Esa ventana cae á los jardines de la calle de la Jussienne. Los tilos y los ébanos están en flor; ¿y respirarlos por las mañanas no es para un pobre cautivo acopiar felicidad para todo el dia?

--Amo todo eso vagamente, dijo Gilberto; pero estoy demasiado acostumbrado á esos olores para que me llamen la atencion.

--Decid que no hace mucho tiempo que habeis dejado el campo para echarlos de menos todavía. Pero vamos á trabajar.

Y comenzando á marchar para dar ejemplo á Gilberto salió el anciano, y echó la llave al candado de la puerta detrás del jóven.

Esta vez condujo Jacobo á su compañero directamente á la pieza que Teresa habia designado bajo el nombre de gabinete.

Algunas mariposas encerradas en sus fanales, y yerbas y minerales colocados artísticamente dentro de marcos de ébano, un estante de nogal lleno de libros, una mesa estrecha y larga cubierta con un tapete de lana verde y negra, gastada y rajada por el uso, y sobre la cual se veian colocados en òrden algunos manuscritos y cuatro grandes sillones de cerezo forrados de seda negra componian el mueblaje del gabinete, todo él luciente; encerado intachable por su òrden y limpieza, pero frio á la vista y al corazon; pues tan débil y escatimada dejaban entrar la luz las cortinas de percal, y tan distante parecia ha-

llarse el lujo y hásta el bienestar de aquella ceniza fria y de aquel hogar negro.

Un clave de madera de rosa sostenido por cuatro pies derechos y sobre la chimenea un reloj, recordaban solamente el uno con la vibracion de sus hilos de acero, despertados por el paso de los coches en la calle, y el otro con el movimiento de su péndulo, que vivia algo en aquella especie de sepulcro.

Gilberto entrò casi con respeto en el gabinete que acabamos de describir; parecíale el ajuar casi suntuoso, porque así era poco mas ó menos el del castillo de Taverney; y el piso encerado sobre todo le imponia sobre manera.

--Sentaos, le dijo Jacobo mostrándole otra mesa colocada en el aléizar de una ventana; voy á deciros cual es la ocupacion que os he destinado.

Gilberto se apresurò á obedecer.

-Conoceis esto? preguntò el anciano.

Y mostraba á Gilberto un papel rayado en intervalos iguales.

--Lo conozco, respondiò este; es un papel de música.

--Pues bien, cuando he ennegrecido convenientemente una de estas hojas, es decir, cuando he copiado en ella tanta música como puede contener, he ganado diez sueldos, porque este es el precio que yo mismo he fijado. ¿Creeis que aprenderéis á copiar música?

--Si, señor, creo que aprenderé.

--¿Pero no os desvanece la vista este baturrillò de puntos negros ensartados en rayas sencillas, dobles ò triples?

--Sí, señor. Al primer golpe de vista no lo entiendo muy bien; pero aplicándome, distinguiré unas notas de otras; por ejemplo mirad un *fá*.

--Dónde?

--Aquí, ensartado en la línea mas alta.

--¿Y esta otra entre las dos líneas bajas?

--Tambien es *fá*.

--¿Y la nota que hay encima de la que está montada sobre la segunda línea?

--Es un *sol*.

--Luego sabeis leer la música?

--No señor; pero conozco el nombre de las notas aunque no conozco su valor.

--¿Y sabeis cuando son mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas, fusas y semifusas?

--Oh! sí, lo sé.

--Y estos signos?

--Este es una pausa.

--Y este?

--Un sostenido.

--Y este?

--Un bemol.

--Muy bien! pero veo, exclamò Jacobo, cuya vista comenzaba á revelar esa desconfianza que le era habitual, veo que á pesar de vuestra ignorancia hablais de música como habeis hablado de botánica y hasta de amor.

--Oh! señor, dijo Gilberto ruborizado, no os burleis de mí.

--Al contrario, hijo mio, me admirais , porque la

música es un arte que no se adquiere sino despues de otros estudios, y me habeis dicho que no habiais recibido ninguna educacion ni aprendido nada.

—Esa es la verdad, señor.

—No obstante, ¿cómo habeis vos solo podido imaginar que ese punto negro colocado en la última línea era un fá?

—Señor, dijo Gilberto bajando la cabeza y la voz, en la casa que yò habitaba habia una ama jóven que tocaba el clave.

—Ah! yá recuerdo! aquella que tambien se dedicaba á la botánica, exclamó Jacobo.

—La misma, señor; tocaba muy bien.

—De veras?

—Sí, y yò deliro por la música.

—Todo eso no es una razon para conocer las notas.

—Señor, he leído en Rousseau que es incompleto el hombre que goza del efecto sin remontarse á la causa.

—Sí; pero tambien dice, contestó Jacobo, que completándose el hombre con esta investigacion, pierde su alegría, su candor y su instinto.

—Què importa, dijo Gilberto, si halla en el estudio un goce igual á todos los que puede perder?

Lleno de sorpresa Jacobo se volvió hácia el jóven y le dijo:

—Vamos, no solamente sois botánico y músico, sino tambien lógico.

—Ay! señor, desgraciadamente no soy botánico ni músico, ni lógico; solamente sé distinguir una nota de otra, un signo de otro y todo se reduce á eso.

— Es decir que sabeis solfejar?

---No por cierto, señor.

---Pues bien, no importa; ¿queréis ensayaros en copiar? Aquí teneis papel rayado; pero no lo echéis á perder porque cuesta caro; y aún podeis hacer otra cosa mejor: tomad papel blanco, rayadlo vos mismo, y copiad en él.

---Sí, señor, haré lo que me mandais; pero permitidme que os diga que este no es un estado que puede durar toda la vida, porque para escribir música, que no comprendo, vale mas meterme á escribiente público.

—Jóven, jóven, hablais sin reflexionar lo que decís.

—Yo?

—Si, vos. Acaso es por la noche cuando un escribiente ejerce su oficio y gana su vida?

—No por cierto.

—Pues bien, escuchad lo que voy á deciros; un hombre hábil puede, en dos ó tres horas de noche, copiar cinco de estas páginas, y hasta seis, cuando á fuerza de ejercicio ha adquirido facilidad en copiar y una costumbre de lectura que le ahorra mirar mucho al modelo. Seis páginas valen tres francos, y un hombre puede vivir con esta cantidad. Me parece que no me negaréis esto, vos que solo pediais seis sueldos. Resulta, pues, que con tres horas de trabajo de noche, puede un hombre seguir los cursos de la escuela de tirujía, de la escuela de medicina y la escuela de la botánica.

—Ah! exclamó Gilberto: os comprendo, señor, y os doy gracias con toda la sinceridad de mi alma.

Y se lanzó sobre la hoja de papel blanco que el anciano le presentaba.

VII.

Quien era el señor Jacobo.

GILBERTO puso manos á la obra con ardor, y mientras su papel se llenaba de ensayos concienzudamente estudiados, mirábale el anciano, que después de haber estado examinando su trabajo durante algún tiempo, se sentó á la otra mesa y comenzó á corregir hojas impresas semejantes á la cubierta de las habichuelas del granero.

Tres horas transcurrieran de este modo y el reloj acababa de dar las nueve, cuando entró Teresa precipitadamente.

Jacobo levantó la cabeza.

—Pronto, pronto, dijo la vieja, pasa á la sala. Un príncipe viene á verte. Dios mio, ¿cuándo se acabará esta procesion de altezas? ¡Con tal que no tenga el capricho de almorzar con nosotros como hizo el otro dia el duque de Chartres!

—Y quién es ese príncipe? preguntó Jacobo en voz baja.

—Monseñor el príncipe de Conti.

Al oir Gilberto este nombre dejó caer sobre su papel un sol, que si Bridoisson hubiera nacido en aquella época, habria llamado pastel mas bien que nota.

—¡Un príncipe, un alteza! exclamó en voz baja.

Jacobo salió sonriendo detrás de Teresa, que cerró la puerta.

Entonces Gilberto lanzó una mirada en torno suyo, y viéndose solo, se levantó con la cabeza trastornada.

—¡Pero dónde estoy aquí? exclamó. ¡Príncipes y altezas en casa del señor Jacobo! ¡El duque de Chartres, monseñor el príncipe de Conti en casa de un copiante!

Aproximóse á la puerta para escuchar: sintió que su corazon le latia fuertemente.

Jacobo y el príncipe se habian ya dirigido las primeras saluciones, y el príncipe estaba hablando.

—Hubiera querido llevaros conmigo, decia.

—Para, qué, príncipe? preguntaba Jacobo.

—Para presentaros á la delfina. Esta es una era nueva para la filosofía, mi querido filósofo.

—Mil gracias por vuestra buena voluntad, mon-

señor; pero me es imposible acompañaros.

—Sin embargo, hace seis años que no tuvisteis inconveniente en acompañar á la señora de Pompadour á Fontaineblau.

—Tenia seis años menos de edad; hoy estoy clavado en mi sillón por mis achaques.

—Y por vuestra misantropía.

—Y aun cuando así fuese, monseñor, no es el mundo una cosa tan curiosa que merezca que nos incomodemos por él.

—Pues bien, me conformo con que no vengais á San Dionisio y al gran ceremonial; pero venid conmigo á Muette, donde dormiré pasado mañana S. A. R.

—¿Es decir que S. A. R. llega pasado mañana á San Dionisio?

—Con toda su comitiva. Veamos amigo filósofo, dos leguas se andan pronto, y no causan una verdadera molestia. Se dice que la princesa es una excelente música, y es discípula de Gluck.

—Gilberto no pudo oír mas, pues al oír estas palabras: «pasado mañana la delфина con toda su comitiva á San Dionisio» una idea repentina habia acudido á su imaginacion, á saber que al día siguiente iba á encontrarse á dos leguas de Andrea.

Esta idea le deslumbró como si sus ojos hubiesen encontrado un espeso velo de fuego.

El mas fuerte de los dos sentimientos sofocó al otro, y el amor pudo suspender la curiosidad; por un instante creyó Gilberto que no habia bastante aire para su pecho en aquel reducido gabinete; corrió á la

ventana con intencion de abrirla; pero estaba cerrada por dentro con un candado, sin duda para que no se pudiera ver desde la habitacion situada al frente lo que pasaba en el gabinete del señor Jacobo.

Gilberto se dejó caer sobre su silla.

—Oh! no quiero ya escuchar detrás de las puertas, dijo; no quiero ya penetrar los secretos de mi protector, de ese copiante, á quien un príncipe llama su amigo, y quiere presentar á la futura reina de Francia, á una hija de emperadores, á quien la señorita Andrea hablaba casi de rodillas. Y sin embargo, si me pusiera á escuchar acaso sabria alguna cosa de ella. No, no, me pareceria un lacayo. También La-Brie escuchaba detrás de las puertas.

Y se apartó resueltamente de la cerradura á que se habia aproximado: sus manos temblaban, y una espesa nube oscurecia sus ojos.

Sentia la necesidad de una distraccion poderosa, la copia le hubiera ocupado demasiado poco. Cogió, pues, un libro que habia sobre el bufete del señor Jacobo.

—¡*Les Confesiones*, leyó con agradable sorpresa, las *Confesiones*, de cuyo libro he leído ya cien páginas con tanto interés!

—Edicion adornaada con el retrato del autor, continuó leyendo.

—Oh! ¡y yo que jamás he visto el retrato de Rousseau! exclamó. Oh! Veamos, veamos.

Y volviendo vivamente la hoja de papel de china que ocultaba el grabado, vió el retrato y lanzó un grito.

Abrióse la puerta en aquel momento y volvió á entrar el señor Jacobo.

Gilberto comparò su fisonomía con la del retrato que tenia en la mano, y sueltos los brazos y temblando de piés á cabeza, dejó caer el tomo murmurando:

—¡Estoy en casa de Juan Jacobo Rousseau!

—Veamos como habeis copiado vuestra música, hijo mio, respondió sonriéndose Juan Jacobo, mucho mas contento interiormente de aquella ovacion imprevista, que de los mil triunfos que habia tenido en su gloriosa vida.

Y pasando por delante de Gilberto, que temblaba como un azogado, se aproximó á la mesa y fijó la vista en el papel.

—La nota no es mala, dijo, pero no poneis mucho cuidado en las márgenes: además, no unís bastante con un mismo rasgo las notas que van juntas. Mirad, os falta á este compás una pausa, y vuestras rayas de compases no son muy rectas. Haceis tambien las mínimas de dos semicírculos. Poco importa que se junten exactamente, pues la nota redonda carece de gracia, y el rabo se une muy mal á ella.—Sí, en efecto, amigo mio, estais en casa de Juan Jacobo Rousseau.

—Oh! perdonad entonces, señor, todas las majaderias que he dicho, exclamò Gilberto juntando las manos y dispuesto á prosternarse.

—¿Conqué ha sido preciso, dijo Rousseau encogiéndose de hombros, ha sido preciso que viniera aquí

un príncipe para que reconocierais al perseguido y desgraciado filósofo de Ginebra? Pobre niño, feliz niño, que ignora la persecucion.

—Oh! sí, soy feliz, muy feliz, pero es de veros, de conoceros y de estar á vuestro lado.

—Gracias, hijo mio, gracias; pero no basta ser feliz; es menester trabajar. Ahora, que habeis hecho vuestros ensayos, tomad ese rondò y procurad copiarlo en un verdadero papel de música; es corto pero difícil.. Amigo mio, la limpieza sobre todo. ¿Pero cómo habeis reconocido.....?

Gilberto recojiò el volumen de las *Confesiones* y enseñò el retrato á Juan Jacobo.

—Ah! sí, lo veo, mi pobre retrato quemado en efigie sobre la primera pagina del *Emilio*, pero ¿qué importa? la llama alumbra tanto si proviene del sol como de un auto de fè.

—Señor, señor, ¿sabeis que jamás había yo soñado tanta dicha? ¡vivir á vuestro lado! oh! mi ambicion no vá mas lejos que este deseo.

—No viviréis á mi lado, amigo mio, dijo. Juan Jacobo, porque yo no tengo escuela, y en cuanto á consideraros como un buesped, ya habeis podido conocer que no soy bastante rico para recibiros como tal y mucho menos para guardaros.

Gilberto tembló, Juan Jacobo le cogio la mano.

—Apesar de eso, le dijo, no os desesperéis. Desde que os he encontrado me he puesto á estudiaros, hijo mio; hay en vos mucho malo, pero tambien mucho bueno; luchad con vuestra voluntad contra vuestros

instintos; desconfiad del orgullo, de ese gusano roedor de la filosofía, y copiad música mientras llegan para vos mejores tiempos.

—Oh Dios mio! dijo Gilberto, estoy aturdido..... no sé lo que me pasa!

—Nada os sucede, empero que no sea muy natural y sencillo, hijo mio, añadió Rousseau; es cierto que las cosas sencillas son las que mas conmueven á los corazones profundos y los espíritus inteligentes. Huís no sé de donde, no os he preguntado vuestro secreto, huís al través de los bosques: allí encontráis á un hombre que está herborizando y que tiene pan, vos no lo teneis, parte con vos su pan, no sabéis donde retiraros, y este hombre os ofrece un asilo; este que debia ser cualquiera, llevar un nombre cualquiera, dá la casualidad de llamarse Rousseau: á esto se reduce todo: y este hombre os dice:

«El primer precepto de la filosofía es este:

«Hombre bástate á tí mismo.»

—Así que, amigo mio, cuando hayais copiado vuestro rondò habreis ganado vuestro alimento de hoy. Daos prisa pues en copiarlo.

—Oh! señor, que bueno sois!

—En cuanto á la cama donde habeis dormido anoche, es vuestra; pero os prohibo la lectura nocturna á no ser que la vela que gasteis sea vuestra, porque sino reñirá Teresa. ¿teneis hambre ahora?

—Oh! no, señor, dijo Gilberto sofocado.

—De la cena de ayer ha quedado para almorzar hoy; no useis de ceremonia, esta comida es la última

que haréis á mi mesa, salvo cualquier convite que tenga á bien haceros si quedamos buenos amigos.

Gilberto comenzó un gesto que Rousseau interrumpió con una señal de cabeza.

--En la calle Platiere, continuó, hay una cocina para los trabajadores; allí comereis á buena cuenta, pues yo os recomendaré. Entretanto vamos á almorzar.

Gilberto siguió á Rousseau sin contestar. Por la primera vez de su vida se veia dominado, si bien lo era por un hombre superior á los demas.

Apenas tomó Gilberto unos cuantos bocados, se levantó de la mesa y se volvió á su trabajo. Tenia razon su estómago, demasiado contraído por el saculimiento que habia recibido, en no poder recibir alimento alguno. En todo el dia apartó los ojos de su obra, y hácia las ocho de la noche, despues de haber rasgado tres hojas, habia logrado copiar legitimamente y con alguna limpieza un rondó de cuatro páginas.

--No quiero adularos, dijo Rousseau, esto está todavía malo, pero está legible, vuestro trabajo vale diez sueldos: ahí los teneis.

Gilberto los tomó haciendo una reverencia.

--En el armario hay pan, señor Gilberto dijo Teresa en quien la discrecion, la dulzura y la aplicacion de Gilberto habian producido un efecto bastante favorable.

--Gracias, señora respondió Gilberto; creed que no olvidaré nunca vuestras bondades.

--Tomad, dijo Teresa, alargándole el pan.

Gilberto iba á rehusarlo; pero miró á Juan Jacobo, y comprendió por su ceño y por aquella boca tan fina que empezaba á crispase que su negativa podría ofender á su huesped.

--Acepto, dijo, y al punto se retiró á su pequeño aposento llevando en la mano los seis sueldos de plata y los cuatro sueldos de cobre que acababa de recibir de Juan Jacobo.

--En fin, exclamó al entrar en su boardilla, ya soy dueño de mi persona; pero oh! no..... todavía no, puesto que aquí traigo el pan de la caridad.

Y aunque tuvo hambre, dejó sobre el poyo de su ventana el pan que acababan de darle, y que no tocó siquiera.

Pensando despues que olvidaria su hambre durmiendo, apagó su vela y se acostó en el jergon.

Al dia siguiente, --Gilberto habia dormido muy poco durante la noche, --al dia siguiente pues le encontró la aurora despierto. Acordándose de lo que le habia dicho Rousseau acerca de los jardines, á los cuales daba su ventana, se asomó á ella, y vió en efecto los árboles de un hermoso jardin; mas allá de los cuales se erguía orgulloso el palacio á que este pertenecia, cuya entrada daba á la calle de la Justienne.

En un ángulo del jardin que rodeaba en confusion árboles y flores formando un follage espeso y sombrío, se veia un pequeño pabellon con sus persianas cerradas.

Gilberto creyó entonces que aquellas persianas

estaban cerradas á causa de la hora, y que los que habitaban en aquel pabellon no habrian despertado todavía; pero como los árboles nacientes habian crecido y desplegado su follaje arrimados á aquellas ventanas, comprendió bien pronto Gilberto que aquel pabellon debia estar deshabitado al menos desde el invierno.

Entonces volvió á admirar los hermosos tilos que le ocultaban el edificio principal.

Por dos ò tres veces habia obligado el hambre á Gilberto á dirigir la vista al pedazo de pan que la víspera le habia cortado Teresa; pero siempre dueño de sí mismo y á pesar de que se le iban los ojos tras él no lo habia tocado.

Dieron las cinco y pensó que luego se abriria la puerta del corredor; y lavado, acepillado y peinado, pues gracias á los cuidados de Juan Jacobo, habia encontrado al subir á su granero todos los objetos necesarios á su modesto tocador, no se olvidó de coger su pedazo de pan y bajó.

Rousseau, que esta vez no habia sido el madrugador y que por un esceso de desconfianza tal vez, y para enterarse mejor de las costumbres de su huésped, no habia cerrado su puerta la víspera, le oyó bajar y se puso á expiarlo.

Vió á Gilberto salir con su pan debajo del brazo.

Un mendigo se aproximó á él, vió á Gilberto darle su pan, en seguida entrar en una tienda de comestibles que se acababa de abrir y comprar otro pedazo de pan.

—Ahora iré á la hostería, dijo para sí Rousseau, y se gastará sus pobres diez sueldos.

Rousseau se engañaba: mientras andaba Gilberto se comió parte de su pan, y deteniéndose en la fuente que corría en la esquina de la calle, bebió, comió el resto de su pan, volvió á beber, se enjugó la boca, se lavó las manos y volvió.

—Por vida mía, dijo Rousseau, creo que soy mas feliz que Diógenes, y que he hallado un hombre.

Y al oír que subía la escalera, corrió á abrirla la puerta.

Gilberto pasó todo el día trabajando sin interrupcion, pues habia aplicado á la monotonía de la copia su actividad, su penetrante inteligencia y su asiduidad obstinada. Lo que no comprendía, lo adivinaba; y su mano, esclava de una voluntad de hierro, trazaba los caracteres sin vacilar y sin errores. De suerte que á la caída de la tarde habia ya copiado siete páginas, sino con elegancia, á lo menos con alguna corrección.

Rousseau miraba este trabajo como juez y como filósofo al mismo tiempo. Como juez criticó la forma de las notas, las separaciones de las pausas ó de los puntos; pero convino en que se notaba en esta copia un gran progreso sobre la de la víspera, y dió veinte y cinco sueldos á Gilberto.

Como filósofo, admiraba la fuerza de la voluntad humana que puede hacer resistir doce horas seguidas de trabajo á un joven de diez y ocho años, de constitucion delicada y temperamento apasionado; pues Rousseau habia conocido fácilmente la ardiente pasión que abrasaba el corazón del joven, aunque ignoraba todavía si aquella pasión era ambición ó amor.

Gilberto puso en su mano el dinero que acababa de recibir, el cual consistia en una pieza de veinte y cuatro sueldos y un sueldo. Metió el sueldo en el bolsillo de su pantalon probablemente con los demás sueldos que le quedaban de la vispera, y apretando con delirante satisfaccion la pieza de veinte y cuatro sueldos en su mano derecha, dijo:

--Señor, sois mi amo y señor, puesto que en vuestra casa es donde he encontrado trabajo, y aún me dais habitacion de gratis; y estoy pensando, que podrías juzgar mal de mí, si yo obrase sin comunicar mis acciones.

Rousseau le lanzó una mirada de enojo.

--Còmo! dijo, qué quereis hacer? ¿Teneis para mañana otra intencion que la de trabajar?

--Sí, señor; para mañana quisiera, con vuestro permiso, ser libre.

--Para qué? dijo Rousseau; ¿para holgazanear?

--Señor, dijo Gilberto, quisiera ir á San Dionisio.

--A San Dionisio?

--Sí; mañana llega la delfina á San Dionisio.

--Ah! es verdad; mañana hay fiestas en San Dionisio para recibir á la delfina.

--Eso es, dijo Gilberto.

--Yo creia que erais menos bobo, amigo mio, dijo Rousseau, y me parecia que despreciábais las pompas del poder absoluto.

--Señor...

--Miradme á mí, á quien pretendéis algunas veces tomar por modelo. Ayer vino á mi casa un prín-

cipe real á pedirme que le acompañase á la corte, no como iréis vos, pobre niño, empujándoos sobre las puntas de los pies para mirar por encima del hombro de un guardia francés pasar el coche del rey, al cual se presentarán las armas, como se hace por el Santísimo Sacramento, sino para presentarme delante de las princesas y ver sus falsas sonrisas. ¡Pues bien yo, oscuro ciudadano, he rechazado el convite de esos grandes señores.

Gilberto hizo un gesto de aprobacion con la cabeza.

--Y por qué he rechazado ese convite? continuó Rousseau con vehemencia; porque el hombre no puede ser dos á un tiempo; porque la mano que ha escrito que la monarquía era un abuso, no puede ir á pedir á un rey la limosna de un favor; porque yo, que sé que toda fiesta roba al pueblo algo de ese bienestar que apenas le queda para no rebelarse, soy una protesta viviente contra todas ellas con mi ausencia y mi desprecio.

--Señor, dijo Gilberto, os suplico que creais que he comprendido todo lo que hay de sublime en vuestra filosofía.

--Sin duda; pero como no la observais, permitidme que os diga...

--Señor, dijo Gilberto, yo no soy filósofo.

--Y no podré saber á lo menos lo que vais á hacer en San Dionisio.

--Señor, soy discreto.

Esta palabra afectó á Rousseau; pues compren-

dió que habia algun misterio oculto bajo aquella obstinacion, y miró al jóven con una especie de admiracion que le inspiraba su carácter.

--Enhorabuena, dijo, teneis un motivo. Prefiero eso.

--Sí, señor, tengo un motivo, y os aseguro que en nada se parece á la necia curiosidad que suele inspirar todo espectáculo.

---Tanto mejor, ó tal vez tanto peor, porque vuestra mirada es profunda, jóven, y en vano busco en ella el candor y la calma de la juventud.

—Os he dicho, señor, replicó con melancolía Gilberto, que habia sido desgraciado, y que para los desgraciados no hay juventud. Conque quedamos convenidos en que me dejaréis el dia de mañana.

—Os lo concedo, amigo mio.

—Gracias, señor.

---Solamente, dijo Rousseau, á la hora en que esteis dejando pasar todas las pompas del mundo, abriré yo uno de mis herbarios y pasaré revista á todas las magnificencias de la naturaleza.

---Señor, dijo Gilberto, ¿no hubiérais abandonado todos los herbarios de la tierra el dia en que fuisteis á ver á la señorita Galley, despues de haberle arrojado un manojo de cerezas en el seno?

---Es verdad, dijo Rousseau, es verdad; veo que sois jóven. Id á San Dionisio, hijo mio.

Despues, cuando Gilberto salió lleno de alborozo cerrando la puerta tras sí, exclamó:

---¡No es ambicion, sino amor!

VIII.

La mujer del beebicero

AL acabar el día que tan bien habia empleado Gilberto, mientras roía silenciosamente oculto en su granero el pan seco y ennegrecido que mojó en agua fresca y aspiraba el aire embalsamado de los jardines de las cercanías, donde murmuraba una brisa agradable, una mujer vestida con una elegancia algo estraña, cubierta bajo un largo velo, despues de haber seguido al galope de un brioso caballo árabe aquel camino de San Dionisio, desierto todavía, pero que debía llenarse al siguiente día de tanta multitud, se apeaba delante del convento de carmelista de San Dionisio, y llamaba con sus dedos delicados al torno, mientras que

su caballo, cuya brida habia pasado á su brazo, pía-faba y escarbaba la arena con impaciencia.

Algunos vecinos de la ciudad se detuvieron movidos de la curiosidad, y rodearon á la desconocida, escitando su atencion no solo el porte brillante de la extranjera, sino tambien su obstinacion en llamar.

--Qué quereis, señora? le preguntó uno de ellos.

--Ya lo veis, señor, respondió la extranjera con un acento italiano de los mas pronunciados: deseo entrar.

--Entonces, os dirigís mal. Este torno no se abre mas que una vez al dia para los pobres, y ya ha pasado la hora en que se abre.

--Entonces ¿qué medio hay para hablar á la superiora? preguntó la que llamaba.

--Se llama en la puertecita que hay al extremo de la tápia, ò bien á la puerta principal.

Acercóse otro y dijo:

--¿Sabeis, señora, que ahora la superiora es S. A. real la princesa Luisa de Francia.

--Lo sé, gracias.

--Vive Dios! y qué caballo mas hermoso! exclamó un dragon mirando la cabalgadura de la extranjera. ¿Sabeis que si este caballo no ha pasado la edad, vale quinientos luis, tan cierto como el mio vale cien pistolas?

Estas palabras produjeron mucho efecto en la multitud.

En este momento, un elérigo, que al contrario del dragon miraba á la dama sin cuidarse del caballo,

se abrió paso hasta ella, y merced á un secreto que sin duda conocia, abrió la puerta del torno.

--Entrad, señora, dijo, y meted dentro vuestro caballo.

La mujer, deseosa de ponerse á salvo de las ávidas miradas de aquella multitud, y que parecian a-brumarla, se apresurò á seguir el consejo, y desapareció detrás de la puerta con la cabalgadura.

Cuando se viò sola en el espacioso patio, la desconocida sacudió la brida de su caballo, que agitó tan bruscamente todo su caparazon y batió tan vigorosamente el pavimento con sus cascos, que la hermana tornera, que por un instante habia abandonado su celda situada al lado de la puerta, se lanzó en lo interior del convento.

--¿Qué quereis, señora, exclamó, y como os habeis introducido aquí?

--Una buena religiosa me ha abierto la puerta, dijo: en cuanto á lo que quiero... deseo, si es posible hablar á la superiora.

--La superiora no recibe esta tarde.

--Me han dicho, no obstante, que era un deber de las superiores de conventos recibir á aquellas de sus hermanas del mundo que vienen á pedirles socorro á cualquier hora del dia y de la noche.

--Eso podrá hacerse en circunstancias ordinarias; pero S. A. no hace mas que dos dias que se ha instalado en este convento, y esta tarde celebra capítulo.

--Señora! señora! replicó la extranjera con ardor é impaciencia; considerad que vengo desde muy lejos,

muy lejos... desde Roma. Acabo de andar sesenta leguas á caballo, y me faltan ya las fuerzas.

—Qué quereis? la órden de S. A. es irrevocable.

—Hermana, tengo que revelar á vuestra abadesa cosas de la mayor importancia.

—Volved mañana.

—Es imposible... me he quedado un dia en Paris y ya durante ese dia... por otra parte, yo no puedo pasar la noche en la posada.

—Por qué?

—Porque no tengo dinero.

La hermana tornera examinó con cierto aire de asombro aquella mujer cubierta de piedras preciosas y dueña de un hermoso caballo, y la cual, no obstante, decia que no tenia dinero para pagar el gasto que pudiera hacer una noche en la posada.

—Oh! no hagais caso de mis palabras, ni de mi traje, dijo la dama; no, no he hablado con exactitud al decir que no tenia dinero, porque en cualquiera posada donde entrase, creo que me fiarian. No, no, lo que vengo á buscar aquí no es una posada, sino un asilo.

—Señora, este convento no es el único que hay en San Dionisio, y cada uno de esos conventos tiene su abadesa.

—Sí, sí, lo sé, pero no es una abadesa vulgar la que busco y á la que puedo dirigirme, hermana.

—Creo que os engañariais insistiendo; la señora Luisa de Francia no se ocupa ya de las cosas de este mundo.

—Que os importa? anunciadle, empero, que deseo hablarle.

--Os digo que tiene capitulo.

--Despues del capitulo.

--Apenas ha principiado, señora.

--Entraré en la iglesia y esperaré orando.

--No podeis esperar.

--Decis que no puedo esperar?

--No.

--Oh! es cierto que me engañaba? Es posible que no esté en la casa del Dios de la bondad? exclamò la estrangera con tal energia en la mirada y en la voz, que no atreviéndose la hermana á cargar sobre sí con la responsabilidad de resistir mas tiempo, replicò:

—Si tanto os interesa, voy á ver si puedo hacer algo por vos.

—Oh! decid á S. A., añadió la estrangera, que vengo de Roma, que no he tenido en el camino mas descanso que el tiempo necesario para dormir en dos cortas paradas que he hecho, una en Maguncia y la otra en Strasburgo; en una palabra, que hace cuatro dias que no he descansado sino para recobrar las fuerzas necesarias para sostenerme sobre el caballo, y para dar á mi caballo las que necesitaba para llevarme.

—Se lo repetiré todo lo que me decís, hermana mia.

Y la religiosa se alejó.

Un instante despues se presentò una hermana lega.

La tornera marchó detras de ella.

—Y qué? preguntó la estrangera provocando la respuesta que con tanta paciencia esperaba.

--S. A. R. ha dicho, Sra. respondió la hermana lega, que le es absolutamente imposible daros esta tarde audiencia; pero que no por eso dajará de ofreceros la hospitalidad en el convento ya que tanta necesidad teneis de hallar un asilo. Podeis, pues, entrar, hermana, y si estais tan cansada como decís, será necesario que os acosteis.

--Y mi caballo?

--Se cuidará, hermana: estad tranquila.

--Es manso como un borrego. Se llama Djerid, y acude á este nombre cuando se llama. Os lo recomiendo eficazmente, porque es un soberbio animal.

—Será tratado como si fuera uno de los caballos del rey.

—Gracias.

—Ahora conducid á esta señora á su aposento, dijo la hermana tornera.

—No, no me conduzcáis á mi aposento, sino á la iglesia. Tengo mas necesidad de la oracion que del sueño.

--La capilla está abierta, hermana, dijo la religiosa señalando con el dedo una puertecita lateral que daba á la iglesia.

---¿Y veré á la superiora? preguntó la estrangera.

—Mañana.

—Mañana por la mañana?

--Oh! mañana por la mañana será todavía imposible.

--Y por qué

--Porque mañana estará todavía muy ocupada con una grata recepcion.

—Oh! ¿á quién puede recibir que tenga mas prisa ò sea mas desgraciada que yo?

—La delfina nos dispensa el honor de detenerse dos horas en este convento al pasar por aquí mañana. Este es un gran favor para nuestra comunidad, una gran solemnidad para nuestras pobres hermanas; de modo que ya comprendéis....

--Ay!

--La señora abadesa desea que todo aquí sea digno de los huéspedes augustos que vamos á tener el honor de recibir.

--Y entre tanto, dijo la estrangera mirando á su alrededor con visibles muestras de miedo, en tanto que puedo ver á la augusta superiora, podré estar aquí con seguridad?

--Sí, hermana mia, estais segura. Nuestra casa es un asilo aun para los culpables; con mucha mas razon para los....

--Fugitivos, dijo la estrangera; bien. Es decir que nadie entrará aquí ¿no es verdad?

--Sin òrden espresa de la superiora nadie puede entrar.

—Oh! ¿y si llegase á obtener esa òrden... oh! Dios mio! Dios mio! dijo la estrangera, ¿él que es tan poderoso, que su poder me aterra muchas veces!

--Quién es él? preguntó la hermana.

—Nadie, nadie.

—Está loca! murmurò la religiosa.

—La iglesia, la iglesia, repitió la estrangera como si quisiera justificar la opinion que comenzaban á formar de ella.

—Venid, hermana mia, voy á conduciros á ella.

—Pronto, pronto, llevadme á la iglesia luego.... vienen persiguiéndome.

—No tengais cuidado; las paredes de San Dionisio son buenas, contestó la hermana lega con una sonrisa de compasion, de modo que si quereis hacer caso de lo que os digo, debeis retiraros á descansar en una buena cama; en vez de mortificar vuestras rodillas con las losas de la capilla.

—No, no, quiero rezar.... quiero rezar para que Dios aleje de mí á los que me persiguen, exclamó la jóven desapareciendo por la puerta que le habia indicado la religiosa, y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y avanzando quedo, vió al pié del altar á la dama desconocida orando y sollozando con la frente hundida en las losas.

IX.

Los vecinos de París.

SEGUN habia dicho la monja á la estrangera, se habia reunido en efecto el capítulo con el objeto de acordar los medios de hacer á la hija de los Cèsares un brillante recibimiento.

De este modo inauguraba S. A. R. la señora Luisa su mando supremo en San Dionisio.

El tesoro de la fábrica estaba algo disminuido, porque al resignar sus poderes la antigua superiora, se habia llevado la mayor parte de los encajes que le pertenecian asi como los relicarios y los viriles, que prestaban á sus comunidades esas abadesas pertenecien-

tes todas á las familias mas ilustres, y que se consagraban al servicio del Señor con las condiciones mas mundanas.

Luego que la princesa Luisa supo que la delfina se detendria en San Dionisio, envió un espreso á Versalles, y aquella misma noche habia llegado un cerro cargado de alfombras, tapices, encajes y adornos, cuyo valor podria ascender á seiscientas mil libras.

Asi es que cuando se propagó la noticia de los esplendores règios de aquella solemnidad, se vió redoblar esa ardiente é irresistible curiosidad de los parisienses, que en pequeños pelotones, como decia Mercier, pueden muy bien hacer reir, pero que hacen siempre reflexionar y llorar cuando van todos juntos.

Asi que, desde que empezó el dia, como se habia hecho público el itinerario de la delfina, se vió llegar de diez en diez, de ciento en ciento y aun de mil en mil, los parisienses que salian de sus casas, ó por mejor decir, de sus cubiles.

Los guardias franceses, los suizos y los regimientos acantonados en San Dionisio habian tomado las armas y se colocaban en fila para contener aquellas oleadas de gente que formaban sus terribles remolinos al rededor de los pórticos de la Basilica, y trepaban á las estátuas de las portadas de las casas consistoriales. Habia cabezas en todas partes, muchachos sobre los cobertizos de las puertas, hombres y mujeres asomados á las ventanas, y por fin, millares de curiosos, que llegaban demasiado tarde ó preferian, como Gilberto, su libertad á las exigencias que impone siempre un

puesto guardado ò conquistado entre la multitud, parecidos á las hormigas activas, que trepaban por los troncos y se esparcian sobre las ramas de los árboles que de San Dionisio á la Muette formaban una fila al paso de la delfina.

Los coches y libreas de la corte, aunque numerosos todavia, habian sin embargo, disminuido desde Compiègne. A no ser un señor principal, nadie podia seguir ya al rey doblando y triplicando los relevos, gracias á los muchos tiros que S. M. habia mandado colocar en el camino.

Los señores de menor categoría se habian quedado en Compiègne ó habian tomado la posta para venir á Paris y dejar descansar sus tiros.

Pero despues de un dia de descanso, amos y criados volvian á entrar en campaña y corrian á San Dionisio, tanto para ver la multitud como á la delfina, á quien todos habian ya visto.

Y despues, sin contar con los de la corte, ¿no habia en aquella época mil coches? El parlamento, los principales empleados, los comerciantes y hasta los mismos artistas de la ópera, ¿no tenian á su disposicion caballos y coches de alquiler, asi como los carabás que conducian á San Dionisio á veinte cinco viajeros, ahogándose, á un trote corto, y llegando á su destino mas tarde ciertamente que si hubiesen hecho el camino á pié?

Fáciles, pues, formar una idea del ejército formidable que se dirigió hácia San Dionisio la mañana del dia en que las gacetas y los carteles habian anun-

ciado que debía llegar la delфина, y que fué á apiñarse en frente del convento de carmelitas, y que luego que ya no hubo medio de encontrar sitio en el radio privilegiado, se estendió en todo lo largo del camino por donde debían llegar y partir la delфина y su comitiva esplendorosa.

Ahora figúrese el lector entre esta multitud, asombro del mismo parisiense, al pobre Gilberto, pequeño, solo, indeciso, ignorante de las localidades y tan lleno de orgullo, que por nada de este mundo hubiera perdido el menor informe ni la mas lijera noticia, porque desde que estaba en Paris queria pasar por un parisiense puro, siendo asi que nunca habia visto mas personas reunidas.

Al principio encontró poca jente en su camino, pero poco á poco se fué aumentando esta, y al llegar á San Dionisio parecían que salían de debajo de las piedras, y con tanta abundancia como las espigas de trigo en un campo inmenso.

Confundido, estrujado y mecido por la clamorosa muchedumbre, hacia mucho rato que no veía Gilberto nada de lo que le rodeaba; andaba sin saber donde, adonde iba la jente, y sin embargo, necesitaba orientarse. Vió trepar á unos muchachos á un árbol, y no se atrevió á quitarse la casaca para hacer lo mismo, á pesar de los grandes deseos que tenia; pero se aproximó al tronco. Infelices, pribados como él de todo horizonte, que marchaban detrás de otros asi como otros que marchaban detrás de ellos, tuvieron la feliz idea de preguntar á los que estaban subi-

dos en los árboles, y supieron por uno de ellos que habia un gran espacio vacío entre el convento y la tropa.

Gilberto, estimulado por esta primera pregunta preguntó tambien si se veian los coches.

Todavía no se alcanzaban á ver, y solo se descubria en el camino, á un cuarto de legua mas allá de San Dionisio, una gran polvareda. Esto era lo que queria saber Gilberto: los coches no habian llegado todavia, y solo se trataba ya de saber de qué lado vendrian precisamente.

En Paris, cuando una persona atraviesa toda una multitud sin trabar conversacion con alguien, es prueba de que es inglés, ó sordo-mudo.

Apenas Gilberto se echò atrás para desprenderse de aquella multitud, cuando hallò á espaldas de un foso una familia que estaba almorzando.

Veíase allí la doncella, de cabellos rubios y ojos azules, modesta y tímida; la madre, pequeña, rechoncha y risueña, de dientes blancos y fresca tez; el padre, sepultado en un gran leviton de barragan, que no salia del fondo del armario sino los domingos, de donde lo habia sacado con intencion para aquella ocasion solemne, y del cual se ocupaba mas que de su mujer y de su hija, seguro de que estas sabrian salir de cualquier apuro por sí solas: añádase á todos estos personajes una tia alta, flaca, seca y rijosa; y para completar el cuadro, una criada que no cesaba de reir. Esta última habia llevado en un enorme canasto un almuerzo completo, y á pesar del peso que hundia sus

hombres, la vigorosa muchacha no habia cesado de reir y cantar, animada por su amo que la relevaba de vez en cuando.

En tales circunstancias un criado es de la familia; hay gran analogia entre él y el perro de la casa: es castigado algunas veces, pero jamás despedido.

Gilberto contemplò á hurtadillas aquella escena completamente nueva para él. Encerrado en el castiilo de Taverney desde su nacimiento, sabia lo que era el señor y el lacayo, pero ignoraba completamente lo que era un hombre de la clase media.

En aquella familia honrada, y en el uso natural de la necesidades de la vida, viò Gilberto el empleo de su filosofia, que sin proceder de Platon ni de Sócrates, participaba algo de la de Bias, *in extenso*.

La familia habia llevado consigo todo lo que habia podido, y sacaba de ello el mejor partido posible.

El padre cortaba un pedazo sabroso de vaca asada, que reposaba dorado, frito y grasiento en la cazuela donde la madre lo habia sepultado la víspera entre zanahorias, cebollas y pedazos de tocino. Despues la criada habia llevado la cazuela á casa del panadero, que al mismo tiempo de cocer su pan habia dado asilo en su horno á veinte cazuelas semejan- tes, todas destinadas á asarse y dorarse en compañía al calor póstumo de la retama.

Gilberto escogió al pié de un olmo vecino un pequeño sitio, cuya manchada yerba sacudió con su pañuelo.

Allí quitándose su sombrero, estendió su pañue-

lo sobre la yerba y se sentó.

No prestó atencion alguna á sus vecinos, pero estos repararon muy bien en él.

—Hé ahí un jóven cuidadoso, dijo la madre.

La jóven se ruborizó, como lo hacia siempre que se hablaba de un jóven delante de ella, lo cual llenaba de satisfaccion á los autores de sus dias.

—Hé ahí un jóven cuidadoso, habia dicho la madre.

En efecto, en una parisiense de la clase media, su primera observacion se dirigirá siempre á un defecto ó una cualidad moral.

El padre entonces volvió la cabeza y dijo:

—Es un gallardo mozo, á fè mia!

El rubor de la jóven se aumentò.

—Parece muy cansado, dijo la criada, y sin embargo, no ha traido nada.

—Será un perezoso! dijo la tia.

—Caballero, dijo la madre dirigiéndose á Gilberto con esa familiaridad que para preguntar solo tienen los parisienses, ¿están todavía lejos los coches del rey?

Gilberto se volvió, y viendo que era á él á quien se dirigia la palabra se levantó y saludò.

--Hé ahí un joven político, dijo la madre.

Las mejillas de la jóven se encendieron.

—No lo sé, señora, respondió Gilberto; solamente he oido decir que á un cuarto de legua poco mas ó menos se veia una gran polvareda.

--Aproximaos, caballero, dijo el padre; si gustais, podeis almorzar con nosotros.

Y le mostraba el almuerzo apetitoso tendido sobre la yerba.

Gilberto se aproximó. Estaba en ayunas: el olor de las viandas le parecía seductor; pero sintió sus veinticinco ò veintiseis sueldos en su bolsillo, y pensando que por la tercera parte de su fortuna tendria un almuerzo casi tan succulento como el que le ofrecian, no quiso aceptar nada de gentes que veia por la primera vez.

—Gracias, señor, muchas gracias, ya he almorzado.

—Veo que sois hombre prevenido, dijo la mujer pero desde ese lado no veréis nada.

—Ni vos tampoco, dijo Gilberto sonriendo, pues estais como yo.

—Oh! nosotros es otra cosa; tenemos un sobrino sargento de los guardias franceses.

La jóven se puso mas encendida.

—Formará esta mañana delante del Pabo azul: ese es su puesto.

—¿Sin que sea indiscrecion, donde está el Pabo azul?

—Precisamente delante del convento de Carmelitas, añadió la madre; nos ha prometido colocarnos detrás de su compañía: estamos seguros de tener un banco allí, desde donde veremos perfectamente bajar de los coches.

Esta vez tocó á Gilberto ruborizarse; no se atrevia á sentarse á la mesa con aquella honrada familia: pero apenas podia resistir á la tentacion de seguirla.

Sin embargo su filosofía ó mas bien ese orgullo, del cual segun le habia dicho Rousseau, debia desconfiar tanto, le dijo en vos baja:

—Quédese en horabuena para las mujeres tener necesidad de otros; pero acaso yo que soy hombre tengo necesidad de otra ayuda que de mis brazos y hombros?

—Todos los que no estén allí, continuó la madre como si hubiese adivinado el pensamiento de Gilberto y tratase de responder á él, se llevarán un chasco solemne, porque no podrán ver mas que los coches vacíos; ¡y pardiez! que cualquiera puede ver los coches vacíos cuando se le antoje, y no merece la pena de venir á S. Dionisio para esto.

—Pero, señora, dijo Gilberto, me parece que serán muchas las personas que tendran la misma idea que vos.

—Sí, pero no tendrán todos un sobrino en los guardias para hacerlos pasar.

—Ah! es verdad, dijo Gilberto.

Y al pronunciar esta palabra, su figura espresó un desaliento que no se escapó á la perspicacia de la familia parisiense.

—Pero este caballero, dijo el jefe de la familia hábil en adivinar lo que deseaba su mujer, este caballero puede venir con nosotros si gusta.

—Oh! señor, dijo Gilberto, no quisiera incomodaros.

—Nada de eso, todo lo contrario, dijo la mujer: nos ayudareis á llegar hasta allá. No teniamos

mas que un hombre para sostenernos y ahora tendremos dos.

Ningun argumento valia lo que este para determinar á Gilberto, y la excelente idea de que seria útil y pagaria con esa utilidad el apoyo que se le ofrecia, ponia su conciencia á cubierto y le quitaba de antemano todo escrúpulo.

Aceptò.

—Verémos á quien ofrece el brazo, dijo la tia.

Este socorro caia verdaderamente del cielo para Gilberto. En efecto ¿cómo salvar aquel insuperable obstáculo de una muralla de treinta mil personas, todas mas recomendables que él por el rango, las riquezas, la fuerza y sobre todo la costumbre de colocarse en aquellas fiestas, donde cada uno toma el sitio mas ancho que puede?

Esto, por lo demas, habria ofrecido á nuestro filósofo, si hubiese sido menos teórico y mas práctico, un admirable estudio dinámico de la sociedad.

El coche de cuatro caballos pasaba por entre las masas como una bala de cañon, y cada uno se colocaba del lado del volante de sombrero de plumas y cascaca de colores vivos, á quien muchas veces precedia dos perros irresistibles.

El coche de dos caballos daba una especie de contraseña al oido de un guardia, y venia á ocupar su puesto en la plazuela contigua al convento.

Los ginetes, que venian al paso, si bien dominando la multitud, llegaban lentamente, despues de haber sufrido mil choques, mil empellones y mil murmullos

amenazadores. Por último, el que no tenía más que su calzado para transportar su cuerpo por entre aquellas oleadas vivientes; pisado, oprimido, hostigado y fluctuando como empujado por otras mil oleadas mas furiosas, alzándose sobre la punta de los piés, levantado del suelo por la presión que hacían los que se hallaban á su lado, agitándose como Anteo para encontrar aquella madre comun que se llama tierra, buscando su camino para salir de entre la multitud, hallándolo y tirando de su familia, compuesta casi siempre de un tropel de mujeres, que solo el parisiense entre todos los pueblos sabe y se atreve á llevar á todo, á todas partes y siempre, y hacer respetar sin baladronadas.

Por encima de todo, ó mas bien, por encima de todos, el hombre de la hez del pueblo, el hombre de la faz barbuda, cubierta la cabeza con un resto de sombrero, los brazos desnudos y renegridos, los pantalones sujetos con una soga, infatigable, ardiente, meneando codos, hombros y piés, todo á un tiempo, riendo con esa risa que se rechina al reir, se abría camino entre las gentes de á pié tan fácilmente como Gulliber entre las mieses de Lilliput.

Gilberto, que no era ni gran señor con cuatro caballos, ni parlamentario en coche, ni militar á caballo, ni parisién, ni hombre del pueblo, hubiera sido irremisiblemente estrujado, molido y pulverizado entre aquella multitud, á no sentirse fuerte con la protección del honrado padre de familia que acompañaba.

Ofreció resueltamente el brazo á la madre de familia.

---Impertinente! dijo la tia.

Pusieronse en marcha, el padre entre su hermana y su hija, y detras seguia la criada con la cesta debajo del brazo.

---Señores, os suplico, decia la madre con risa franca; señores, por favor; señores, tened la bondad.

Y la gente se apartaba y la dejaba pasar á ella y Gilberto, y tras su rastro se deslizaba todo el resto de la compañía.

Paso á paso, pié á pié, fueron poco á poco conquistando las quinientas toesas de terreno que separaban el sitio donde habian almorzado del que ocupaba el convento, y llegaron hasta la hilera de esos formidables guardias franceses, en quienes aquella familia habia puesto todas sus esperanzas.

La jóven habia vuelto á recobrar poco á poco sus colores naturales.

Cuando llegaron al sitio deseado el padre se empujó por detrás de Gilberto y vió á veinte pasos de él á su sobrino, que se retorcia el bigote. Hízole con su sombrero ademanes tan estravagantes, que al fin pudo verle su sobrino, quien vino hácia él y pidió á sus camaradas que dejaran pasar aquella familia. Hiciéronlo estos así, y por la brecha que dejaron abierta se deslizaron Gilberto y la madre, el padre, su hermana y su hija, y detras la criada, que al pasar lanzó muchos gritos, volviéndose con ojos ferozes, pero á la cual sus amos no pensaron siquiera en preguntar el motivo de sus gritos.

Una vez salvada la calzada, comprendió Gilber-

to que habia llegado. Dió gracias al jefe de aquella familia que se las devolvió; la madre quiso detenerle; la tia le invitó á que se fuera, y se separaron para no volverse á ver.

En el sitio donde se encontraba Gilberto no habia mas que privilegiados; así es que pudo ganar fácilmente el tronco de un robusto tilo; se subió sobre una piedra, hallò un apoyo en la primera rama, y esperó.

Habia pasado ya media hora despues de esta instalacion, cuando se oyò el redoble de los tambores, el estampido del cañon y el sonoro repique de las majestuosas campanas de la catedral.

en que habia llegado. El correo al que se referia se
habia que en las demoras de medio punto de hora
se le hacia a que se fuera y se esperaba que
volviera a ser.

El otro dia se encontraba Gillette en la
sala que pertenecia al Sr. de la casa y se le
habia el tiempo de un momento en el que se
habia que en la casa se le habia que
y se le.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

El Sr. de la casa se habia que se le habia
habia que se le habia que se le habia
el tiempo de un momento y se le habia que
habia que se le habia que se le habia.

X.

Los coches del rey.

UN murmullo díscorde y lejano, y que fué haciéndose mas grave y mas estenso aproximándose, escitó á aplicar el oído á Gilberto, que sintió estremecerse todo su cuerpo con un frio agudo.

Gritaban ¡viva el rey! segun se acostumbraba entonces todavía.

Una nube de caballos relinchadores, dorados, cubiertos de púrpura, se lanzó al camino: eran los mosqueteros, los gendarmes y los suizos á caballo.

No tardó mucho rato en aparecer un coche macizo y magnífico.

Gilberto vió un cordon azul y una cabeza cubier

ta y majestuosa; vió la mirada fria y penetrante del rey, ante la cual todas las frentes se humillaban y descubrían.

Fascinado, inmóvil, embriagado y jadeante, se olvidó de quitarse el sombrero.

Un golpe violento le sacó de su éstasis; su sombrero acababa de caer y rodar por el suelo.

Dió un brinco, recogió su sombrero, levantó la cabeza y reconoció al sobrino de la honrada familia en cuya compañía habia estado, el cual le miraba con esa sonrisa burlona propia de los militares.

—Y bien, dijo, por qué no os habeis quitado el sombrero al rey?

Gilberto palideció, miró su sombrero cubierto de polvo y contestó:

—Es la primera vez que veo al rey, señor, y confieso que me he olvidado de saludarle: pero no sabia...

—Con qué no lo sabíais, eh? dijo el soldado frunciendo el ceño.

Gilberto temió que le echaran de aquel sitio donde se hallaba tan bien para ver á Andrea; el amor que ardía en su corazón venció á su orgullo.

—Perdonadme, dijo, no soy de Paris.

—¿Y habeis venido á aprender educacion en Paris? amigo mio.

—Sí, señor, respondió Gilberto devorando su rabia.

—Pues bien, ya que estais en ánimo de instruiros, dijo el sargento cojiendo de la mano á Gilberto, que se disponia á ponerse otra vez su sombrero, apren-

ded lo que voy á deciros: se saluda á madama la del-
fina, como al rey, á los principes como á madama la
delfina, en fin, se saluda á todos los coches que tengan
flores de lis. ¿Conocéis las flores de lis, ó es preciso dá-
ros las á conocer?

---Es inútil, señor, dijo Gilberto, las conozco.

--Me alegro mucho, respondió el sargento.

Los coches reales pasaron.

La fila se prolongaba; Gilberto miraba con ojos
tan ávidos que parecían los de un estúpido. Al lle-
gar sucesivamente los coches delante de la puerta del
convento, se paraban y bajaban de ellos los señores
de la comitiva, operacion que de cinco en cinco mi-
nutos ocasionaba un movimiento de alto en toda la
línea.

En una de estas paradas sintió Gilberto como
un hierro candente que le atravesaba el corazon. Tu-
vo una especie de desvanecimiento, durante el cual to-
das las cosas se borraban á su vista, y se apoderó de
él un temblor tan violento, un vértigo tan espantoso,
que creyendo que iba á caer, se vió obligado á a-
garrarse á la rama.

La causa de esta conmocion venia de diez pa-
sos á lo mas, de uno de esos coches de flores de lis
que el sargento le habia recomendado que saludase,
donde acababa de apercibir la resplandeciente y lu-
minosa figura de Andrea, vestida toda de blanco, co-
mo un ángel ó como una fantasma.

Lanzó un débil grito, y despues, triunfando de
todas aquellas emociones que se habian apoderado de

él á la vez, pidió á su corazon que cesara de latir y á su mirada que se fijara en el sol.

Y el poder del jòven sobre sí mismo era tan grande, que al fin lo consiguió.

Por su parte Andrea, que queria ver porqué los coches habian cesado de marchar, se asomó á la portezuela, y lanzando alrededor su hermosa mirada, vió á Gilberto y le reconoció.

Este sospechaba que al verle Andrea iba á sorprenderse, volverse y hablar á su padre, que estaba sentado á su lado.

No se engañó; Andrea se admiró; volvió la cabeza y llamó sobre Gilberto la atencion del baron de Taverney, que condecorado con su gran cordon encarnado, se mostraba como enorgullecido en el coche real que ocupaba.

—Gilberto! exclamó el baron, como si despertara sobresaltado de un sueño, ¿Gilberto aquí! ¿Y quién cuidará á Mahon en el castillo?

Gilberto oyó perfectamente estas palabras, y se puso á saludar al punto con un respeto estudiado á Andrea y su padre.

Necesitó todas sus fuerzas para acabar este saludo.

—Es verdad! exclamó el baron viendo á nuestro filósofo. ¿Es ese pícaro en persona!

Tan distante de su mente se hallaba la idea de que Gilberto pudiera estar en París, que al principio no habia querido creer á los ojos de su hija, y todavia en aquel momento le costaba mucho trabajo dar crédito á los suyos.

En cuanto al rostro de Andrea, que Gilberto observaba entonces con mayor atencion, no espresò mas que una calma completa despues de un breve momento de sorpresa.

El baron, inclinado fuera de la portezuela, llamó á Gilberto con el gesto.

Gilberto, como maquinalmente, se dirijia hácia el coche; pero el sargento le detuvo.

—No véis que me llaman? dijo.

—De dõnde?

—De aquel coche.

Las miradas del sargento siguieron la direccion indicada por el dedo de Gilberto, y se fijaron en el coche del señor de Taverney.

—Sargento, hacedme el favor... dijo el baron: quisiera hablar á ese jóven dos palabras solamente.

—Aunque sean cuatro, señor, dijo el sargento; tenéis todavia tiempo; están leyendo una arenga bajo el pòrtico, y hay para media hora larga; pasad, jóven.

—Venid acá, truhan, dijo el baron á Gilberto, que afectaba marchar con su paso acostumbrado; decidme ¿por qué casualidad cuando deberíais estar en Taverney, apareceis en San Dionisio?

Gilberto saludó por segunda vez á Andrea y al baron, y respondió:

—No es la casualidad, señor, la que me trae aquí, sino un acto de mi voluntad.

—¿Cómo de vuestra voluntad, gran pícaro! ¿Por ventura teneis voluntad propia!

—Por qué no? Todo hombre libre posée el derecho de tener una,

—Todo hombre libre... ¡Pardiez! ¿conqué os creéis libre, miserable?

—Sin duda, puesto que no he encadenado mi libertad á nadie.

—Ah! bribon; esa tenemos? exclamó el baron de Taverney, sorprendido del aplomo con que hablaba Gilberto. Cómo? vos en París! y cómo habeis venido? sepamos... y con qué recursos?

—A piè, dijo lacónicamente Gilberto.

—A piè! repitió Andrea con cierta espresion de lástima.

—Y ahora te pregunto qué es lo que vienes á hacer en París? exclamó el baron.

—A educarme y hacer fortuna.

—A educarte!

—Si señor.

—A hacer fortuna!

—A lo menos así lo espero.

—Y entretanto, ¿qué vas á hacer? ¿A mendigar?

—Mendigar! exclamó Gilberto con soberbio desprecio.

—Acaso te ocuparás en robar?

—Señor, dijo Gilberto con un acento de firmeza orgullosa y salvaje que fijó por un instante sobre el extraño jóven la atencion de la señorita de Taverney, ¿os he robado alguna vez?

—¿Qué haces tú entonces con tus manos de holgazan?

—Lo que hace un hombre de genio á quien quiero imitar, aunque no sea mas que con mi perseverancia, respondió Gilberto. Copio música.

Andrea volvió la cabeza hácia su lado.

—Copiais música? le preguntó.

—Sí, señorita.

—Acaso la sabeis? añadió desdefiosamente y con el mismo tono que hubiera dicho: mentís.

—Conozco mis notas, y esto basta para ser copiante respondió Gilberto.

--¿Y dónde diablos has aprendido tus notas, pícaro?

--Sí... veamos, dónde? replicó Andrea sonriendo.

--Señor bñron, me gusta estraordinariamente la música, y cuando todos los dias pasaba la señorita una ò dos horas en su clave, me ocultaba para escuchar.

--Holgazan!

—Primero retuve los aires, despues, como estos aires estaban escritos en un método, he aprendido poco á poco y á fuerza de trabajo á leer este método.

—Mi método! exclamó Andrea en el colmo de la indignacion; ¿os atrevíais á tocar á mi método?

—No, señorita; jamás me hubiera permitido semejante cosa, dijo Gilberto; però quedaba abierto sobre vuestro clave tan pronto en un sitio como en otro. Yo no tocaba á él; procuraba leer y nada mas porque mis ojos no podian ensuciar sus páginas.

—Vas á ver, dijo el baron, como este pícaro nos dice que sabe tocar el piano como Haydin.

—Probablemente sabria tocarlo, dijo Gilberto, si me hubiera atrevido á poner los dedos sobre las teclas.

Y Andrea, á pesar suyo, dirigió otra mirada á aquel rostro, animado por un sentimiento de que na-

da puede dar una idea sino el fanatismo ávido del mártir.

El baron, empero, con ánimo mas inquieto y sin la inteligente lucidez de su hija, habia sentido encenderse su cólera al pensar que aquel jóven tenia razon, y que se habia cometido con él un acto de inhumanidad, dejándole en Taverney en compañía de Mahon; porque difícilmente perdonamos á un inferior el daño de que puede convencernos; de modo que, irritándose el baron á medida que su hija se serenaba, exclamó:

—Ah picaro! has desertado de tus obligaciones y andas hecho un vago, y cuando se te pide cuenta de tu conducta recurres á cuentos como los que acabamos de oir. Pues bien, como no quiero yo que por mi culpa se vean las calles llenas de rateros y gitanos...

Andrea hizo un movimiento para calmar á su padre, conociendo que la exageracion excluia la superioridad.

No obstante, el señor de Taverney apartó la mano protectora de su hija y continuó:

• —Yo te recomendaré al señor de Sartines, é irás á hacer una visita á Bicetre, mal engendro de filósofo.

Giberto dió un paso hácia atrás, aplastó su sombrero debajo de su brazo, y pálido de cólera exclamó:

—Señor baron, sabed que desde que estoy en Paris he hallado protectores que hacen sufrir ante salas á vuestro amigo Sartines.

—Què es lo que dices? es cierto? exclamó el ba-

ron: pues bien, si escapás de Bicetre, no escaparás de una buenas zurra. Andrea, Andrea, llama á tu hermano que está allí cerca.

Andrea inclinó la cabeza hácia Gilberto y le dijo imperiosamente:

—Vamos, señor Gilberto, retiraos.

—Felipe, Felipe, gritó el anciano.

—Retiraos, dijo Adrea al jóven que permanecía mudo é inmóvil en su sitio, como en una contemplacion estática.

Un ginete atraído por el llamamiento del baron corrió á la portezuela del coche: era Felipe de Taverney con uniforme de capitan, rebosando alegría y esplendidez.

—Calla! Gilberto! dijo con la mayor naturalidad reconociendo al jóven; Gilberto aquí; buenos días, Gilberto... para qué me habeis llamado, padre mio?

—Buenos días, señor Felipe, respondió el jóven.

—Te he llamado, exclamó el baron pálido de furor, para que cojas la vaina de tu espada y castigues á este pícaro.

—Pues que ha hecho? preguntó Felipe mirando alternativamente y con el mayor asombro, el furor del baron y la espantosa imposibilidad de Gilberto.

—Ha hecho, ha hecho, exclamó el baron: dale Felipe, dale como á un perro.

Taverney se volvió hácia su hermana.

—¿Pero qué es lo que ha hecho? Se ha atrevido á insultarte, hermana mia?

—Yo! exclamó Gilberto.

—No.... no ha sido nada, Felipe, respondió Andrea; nada ha hecho; mi padre se ofusca: Gilberto no está ya á nuestro servicio, y por consiguiente tiene el derecho de estar donde mas le plazca. Mi padre no quiere comprender esto, y al encontrarlo aqui se ha llenado de cólera.

—Es eso todo? preguntó Felipe.

—Nada mas que eso, hermano mio, y no sé yo que haya suficiente motivo para causar tanta incomodidad á nuestro buen padre, sobre todo por semejante causa, y cuando hay cosas y personas que no merecen una mirada. Vé, Felipe, si podemos avanzar.

El baron guardó silencio, dominado por la serenidad de su hija.

Gilberto bajó la cabeza, anonadado por aquel desprecio. Su corazon latia fuertemente bajo una impresion que parecia inspirada por el odio. Hubiera preferido una herida mortal de la espada de Felipe, y hasta un golpe sangriento de su látigo.

Estuvo á punto de desmayarse.

Pero por dicha suya, en aquel momento dió fin la arenga, resultando de esto que los coches volvieron á tomar su movimiento.

El del baron se alejó poco á poco, otros le siguieron, y Andrea comenzó á desaparecer como un sueño.

Gilberto permaneció solo, próximo á llorar.... casi á rugir, incapaz, á lo menos asi lo creia, de sostener el peso de su desgracia.

Sintió entonces posarse una mano sobre su hombro

Volvió la cabeza y vió á Felipe, que habiendo echado pié á tierra y dado á guardar su caballo á un soldado de su regimiento, vino á buscarle sonriendo.

—Sepamos: ¿qué es lo que ha pasado, mi pobre Gilberto, y por qué estás en Paris?

Este tono franco y cordial conmovió al jóven.

—Oh, señor! dijo con un suspiro arrancado á su estoicismo feroz, qué podeis imaginar que hubiera yo hecho en Taverney? os pregunto. Me hubiera muerto de desesperacion, de ignorancia y de hambre.

Felipe se estremeció, porque su corazon imparcial se conmovía de ternura, como se habia conmovido el de Andrea, al recordar el doloroso aislamiento en que habian dejado al jóven.

--¿Y crees prosperar en Paris, pobre jóven, sin dinero, sin proteccion y sin recursos?

--Señor, al menos yo así lo creo; porque no se muere de hambre el que quiere trabajar donde hay otros hombres que desean no hacer nada.

Felipe se estremeció al oir esta respuesta, porque jamás habia visto en Gilberto mas que un compañero de trato sin importancia.

--A lo menos comes? dijo.

--Gano mi pan, señor Felipe, y no necesita mas el que nunca se hizo otra reconvenccion que la de comer el pan que no ganaba.

--Supongo que no dirás eso por el que te han dado en Taverney. Tu padre y tu madre eran buenos servidores del castillo, y tú mismo te hacías útil fácilmente.

---Yo na hacia mas que mi deber, señor.

---Escucha, Gilberto, continuò el jòven; bien sabes que siempre te he distinguido de los demás. El porvenir me dirá si he obrado bien ó mal, y á pesar de mi posicion social, ese carácter tuyo tan uraño me ha parecido delicadeza, y he llamado orgullo á tu tosquedad.

--Ah! señor, exclamó Gilberto suspirando.

--Sí, te quiero mucho, Gilberto.

--Gracias, señor.

--Era jòven como tú, desgraciado como tñ en mi posicion; de aqui precede tal vez que te he comprendido,; La fortuna me ha sonreido al fin! pues bien! déjame ayudarte, Gilberto, mientras la fortuna llega á sonreirte á tí.

---Os doy gracias, señor... podeis creer que agradezco vuestras ofertas.

--Qué quieres hacer? sepamos: tú eres demasiado rústico para proporcionarte una posicion en la sociedad.

Gilberto meneó la cabeza con una sonrisa que rebotaba desden, y dijo sériamente:

--Quiero estudiar.

--Pero para estudiar se necesitan maestros, y para pagar los maestros se necesita dinero.

--Lo gano, señor.

--Lo ganas? dijo Felipe sonriendo, ¿y cuánto ganas?

--Gano veinte y cinco sueldos diarios, y puedo ganar hasta treinta y tal vez cuarenta.

---Pero con eso solo hay para comer.

Gilberto se sonrió.

--Vamos, acaso he escogido mal medio de ofrecer mis servicios.

--¿Vuestros servicios, á mí, señor Felipe?

--Sin duda, mis servicios, ¿Te avergüenzas de aceptarlos?

Gilberto guardó silencio.

---Los hombres están en este mundo para ayudarse mutuamente, continuó diciendo Felipe; ¿no son hermanos?

Gilberto levantó la cabeza y fijó sus miradas inteligentes en la noble figura de Felipe de Teverney.

--Te admira este lenguaje? dijo.

--No, señor, dijo Gilberto; ese es el lenguaje de la filosofía, y me admira el oírlo de vuestros labios, porque no estoy acostumbrado á verlo usar en las personas de vuestro rango.

--Dices bien, y sin embargo, este lenguaje es el de nuestra generacion, y puedes creer que hasta el mismo delfín profesa estos principios. Ea, no te hagas el orgulloso conmigo, continuó diciendo Felipe: mas adelante me devolverás lo que haya podido prestarte. ¿Quién sabe si llegarás á ser algun dia un Colbert ó un Vauban?

--O un Tronchin, añadió Gilberto.

--En hora buena; pero aqui tienes mi bolsa: partamos.

--Gracias, señor, dijo el indomable jòven; conmovido y admirado al mismo tiempo de aquella ad-

mirable expansion de Felipe; gracias, nada necesito, y no dudeis que os estoy mas agradecido que si hubiese aceptado vuestra oferta.

Y saludando en seguida á Felipe, que quedò lleno de asombro, volvió á introducirse entre la muchedumbre, donde pronto se perdió de vista.

El jòven capitán estuvo esperando algunos segundos, como si no pudiera creer á sus ojos ni á sus oídos; pero viendo que no volvía Gilberto, montó á caballo y volvió á su puesto.

XI.

La Poseída.

CUAL la ola inútil que espira en una orilla desierta, vinieron á apagarse en las paredes de la celda de la princesa Luisa, sin herir su alma, todo aquel estrépito de coches y carros resonantes, todo aquel ruido de campanas echadas á vuelo, todos aquellos redobles de tambores, toda aquella majestad, reflejo de las majestades del mundo perdido para ella.

Luego que el rey salió del convento, despues de haber intentado inútilmente llamar como padre y soberano, es decir, con una sonrisa á que sucedieron súplicas que parecian órdenes, á su hija al mundo, luego que la delfina, que desde el primer golpe de vista

comprendió y admiró aquella verdadera grandeza de alma de su augusta tia, hubo desaparecido con su torbellino de cortesanas, la superiora de las carmelistas mandó descolgar las cortinas, quitar las flores y desprender los encajes.

De toda la comunidad, todavía conmovida, ella sola se mantuvo serena, cuando las pesadas puertas del convento, abiertas por un instante al mundo, rodaron pesadamente, y volvieron á cerrarse con estrépito entre el mundo y la soledad.

Cuando todo hubo concluido, mandó llamar á la tesorera.

--¿Durante estos dias de desòrden, preguntò, los pobres han recibido las limosnas acostumbradas?

--Sí, señora.

--¿Los enfermos han sido visitados como de costumbre?

--Sí, señora.

--¿Los soldados han tomado su racion?

--Todos han recibido el pan y el vino que la señora abadesa habia mandado preparar.

--¿Conqué nadie sufre en la casa?

--Nadie, señora.

La princesa Luisa se aproximó á la ventana, y respirò dulcemente el fresco embalsamado que sube del jardin, sobre las alas húmedas de las horas cercanas de la noche.

La tesorera esperaba respetuosamente que la augusta abadesa diese una òrden ò la mandase retirar.

Y la princesa, que Dios solo sabe en que pensaba

la pobre reclusa real en aquel momento, se entretenía en deshojar las rosas que subían hasta su ventana, y los jazmines que entapizaban las paredes del patio. De repente un fuerte relincho resonó dentro del convento, é hizo temblar á la superiora.

--¿Quién se ha quedado en San Dionisio de todos los señores de la corte? preguntó la princesa Luisa

--Su eminencia el cardenal de Rohan, señora.

--¿Luego está aquí?

--No señora, están en la sala capitular de la abadía, donde pasarán la noche.

--Pues entonces, ¿qué ruido es ese?

--Señora; es el ruido que hace el caballo de la extranjera.

--¿Qué extranjera? preguntó la princesa Luisa tratando de coordinar sus recuerdos.

--Esa italiana que vino ayer tarde á pedir hospitalidad á S. A.

--Ah! es verdad, ¿Dónde está?

--En su aposento, ó en la iglesia.

--¿Qué ha hecho desde ayer?

--Se ha obstinado en no querer tomar alimento, escepto pan, y toda la noche ha orado en la capilla.

--Será alguna gran pecadora sin duda! dijo la superiora frunciendo el ceño.

--Lo ignoro, señora: no ha hablado á nadie.

--Cómo es esa mujer?

--Hermosa, y de una fisonomía dulce y altiva al mismo tiempo.

--Esta mañana, durante la ceremonia, ¿dónde estaba?

--En su aposento, cerca de una ventana, donde la he visto guarecida detrás de sus cortinas fijar en cada persona que entraba una mirada llena de ansiedad, como si en cada persona que entraba hubiese temido ver un enemigo.

--Alguna mujer de ese pobre mundo donde yo he vivido y reinado. Haced que entre.

La tesorera dió un paso para retirarse.

--Ah! no se sabe su nombre? preguntó la princesa.

--Lorenza Feliciani.

--No conozco á nadie de ese nombre, dijo la princesa Luisa meditando; no importa; introducid á esa mujer.

La superiora se sentó en un sillón secular, de ébano, y esculpido según la moda del tiempo de Enrique II, el cual había servido á las nueve últimas abadesas de las carmelistas. Aquel era un tribunal terrible, ante el cual habían temblado muchas pobres novicias, presas de lo espiritual y temporal.

La tesorera entró un momento después conduciendo á la extranjera de largo velo que ya conocemos.

La princesa Luisa tenía esa vista penetrante de la familia; fijóla en Lorenza Feliciani desde el momento en que entró en el gabinete; pero reconoció en la joven tanta humildad y gracia, una hermosura tan llena de sublimidad; halló, en fin, tanta inocencia en sus grandes ojos negros bañados de lágrimas todavía re-

erentes, que sus disposiciones respecto de ella, de hostiles que eran al principio, se hicieron benévolas y fraternales.

--Acercaos, señora, dijo la princesa, y hablad.

La jóven dió un paso temblando, y quiso doblar una rodilla en tierra.

La princesa la levantó.

--¿No sois vos, señora, dijo, á quien llaman Lorenza Feliciani?

--Sí, señora.

--¿Y deseais confiarme un secreto?

--Oh! no tengo otro deseo.

--¿Pero por qué no habeis recurrido al tribunal de la penitencia? Yo no puedo hacer mas que consolar: un sacerdote consuela y perdona.

La princesa Luisa pronunció estas palabras vacilando.

--Yo no necesito mas que consuelo, señora: respondió Lorenza, y por otra parte, á una mujer solamente me atreveria á decir lo que voy á contaros.

--¿Luego es una relacion muy estraña la que vais á hacerme?

--Sí, muy estraña. Pero escuchadme con paciencia, señora, pues os repito que á vos sola puedo hablar porque sois mujer; y además, porque seis poderosa, y necesito casi el brazo de Dios para defenderme.

--Defenderos! Pero os persiguen? Os atacan?

--Oh! sí, señora, sí, me persiguen, exclamó la estrañera con indecible espanto.

--Entonces, señora, reflexionad antes de comen-

zar vuestra relacion, dijo la princesa, que esta casa es un convento y no una fortaleza; que nada de lo que agita á los hombres penetra aquí sino para extinguirse, y nada de lo que puede servirles contra los demas hombres, se halla aquí; que esta no es la casa de la justicia, de la fuerza y de la reprension, sino solamente la casa de Dios.

--Oh! hé ahí precisamente lo que busco, dijo Lorenza. Sí, la casa de Dios, porque en ella tan solo es donde puedo vivir tranquila.

--Pero Dios no admite las venganzas; ¿cómo queréis que nos vengüemos de vuestro enemigo? Dirigios á los magistrados.

--Los magistrados nada pueden, señora, contra el que yo temo.

--Quién es? exclamó la superiora con secreto é involuntario espanto.

Lorenza se aproximó á la princesa, dominada por una exaltacion misteriosa.

--Es, señora, dijo, es, estoy segura de ello, uno de esos demonios que hacen la guerra á los hombres, y que Satanás, su príncipe, ha dotado de un poder sobre humano.

--Qué me decís? exclamó la princesa mirando con atencion á aquella mujer para asegurarse de que no estaba loca.

--Y yo! yo! oh! cuán desgraciada soy! exclamó Lorenza retorciendose sus hermosos brazos que parecian modelados por los de una estatua antigua; ¡yo, yo me he hallado en el camino de ese hombre! ¡y yo, yo estoy!...

--Acabad!

Lorenza se aproximò mas á la priecca: despues, en voz baja, y como espantada ella misma de lo que iba á decir, añadió murmurando:

--Yo estoy poseida!

--Poseida! exclamó la princesa; veamos, señora; decid, ¿estais en vuestro sano juicio? No estafiais....

--Loca, ¿no es verdad? ¿No es eso lo que queris decir? No, no estoy loca, pero tel vez lo llegue á estar si me abandonais.

--Poseida! repitiò la princesa.

--Ay! ay!

--Pero perdonad que os diga, que reconozco en vos una de las criaturas mas favorecidas de Dios; me pareceis rica, seís hermosa, os espresais razonablemente, y vuestro semblante no presenta huella alguna de esa terrible y misteriosa enfermedad que llaman posesion.

--Señora, en mi vida, y en las aventuras que ella encierra, es donde reside el secreto siniestro que quisiera ocultar á mi misma.

--Explicaos. ¿Soy yo la primera á quien hablais de vuestra desgracia? No teneis padres, hermanos ò amigos?

--Mis padres! exclamó la joven cruzando las manos con dolor, pobres padres! volveré á verlos alguna vez? hermanos... amigos? añadió con amargura, ay! señora, ¡acaso los tengo!

--Vamos, procedamos con orden, hija mia, dijo la princesa queriendo trazar un camino á las palabras

de la extranjera. ¿Quiénes son vuestros padres, y cómo los habeis abandonado?

--Señora, soy romana, y habitaba en Roma con ellos. Mi padre es de la antigua nobleza; pero como todos los patricios de Roma, no es rico; y además tengo madre y un hermano mayor. Me han dicho que en Francia, cuando una familia aristocrática como lo es la mía, tiene un hijo y una hija, se sacrifica la dote de la hija para comprar la espada del hijo; pero entre nosotros se sacrifica la hija para hacer sacerdote al hijo. Así que, yo no había recibido educación ninguna, porque era preciso hacer frente á la educación de mi hermano, que estudia, como decia mi madre, para llegar á ser cardenal.

--Y qué más?

--De aquí resultó, señora, que mis padres se impusieron todos los sacrificios que estaba en su poder imponerse para ayudar á mi hermano, y que resolvieron que tomara yo el velo en el convento de carmelitas de Subiaco.

--¿Y vos qué deciais al oír su determinación?

--Yo!... señora, nada! Desde mi juventud me habían presentado ese porvenir como una necesidad; yo no tenía fuerzas, ni voluntad, y además, no me consultaban, pues me mandaban, y yo no tenía que hacer más que obedecer.

--Sin embargo...

--Señora, nosotras las doncellas romanas no tenemos más que deseos é impotencia, y amamos al mundo sin conocerlo como hacen los condenados con el Pa-

raiso. Además, yo estaba rodeada de ejemplos que me hubieran condenado si me hubiese ocurrido idea de resistir; pero no me ocurrió; pues todas las amigas que habia conocido, y que, como, yo, tenían hermanos, habian pagado su deuda á la ilustracion de la familia. Yo hubiera hecho mal en quejarme, porque nada me pedian que saliera de los hábitos generales, y mi madre me acarició algo mas, solamente cuando se acercó el dia en que debiamos separarnos. En fin, llegó el dia en que debia yo comenzar mi noviciado: mi padre reunió quinientos escudos romanos, destinados á pagar mi dote en el convento, y partimos para Subiaco.

Nueve leguas habrá de Roma á Subiaco; pero los caminos de la montaña son tan malos, que cinco horas despues de nuestra partida no habiamos andado mas que tres leguas. Sin embargo, me agradaba el viaje, á pesar de lo molesto que era, y le consideraba como mi última felicidad, y por todo el camino iba diciendo adios en voz baja á los árboles, á las piedras, y hasta á las yerbas secas. ¿Quién sabe si allá abajo, en el convento, habria yerbas, piedras y árboles?

De pronto, en medio de estos pensamientos, y cuando pasábamos entre un bosquecillo y un despeñadero, se paró el coche, oí á mi madre lanzar un grito, mi padre hizo un movimiento para cojer sus pistolas; mis ojos y mi alma cayeron del cielo á la tierra... ay! señora, nos hallábamos en poder de unos bandidos.

—Pobre niña! dijo la princesa Luisa, que por momentos tomaba mas interés en aquella relacion.

—Pues bien, debo decíroslo, señora: yo no me asusté mucho, porque aquellos hombres nos detenían para quitarnos el dinero, y este dinero estaba destinado á pagar mi dote en el convento. Si no habia dote, mi entrada en aquel sepulcro se retardaria todo el tiempo que fuese preciso para que mi padre volviese á reunir otra, y yo sabía el trabajo y el tiempo que había costado reunir aquellos quinientos escudos.

Pero cuando despues de repartido este primer botín, en lugar de dejarnos continuar nuestro camino, se lanzaron los bandidos sobre mí, cuando ví los desesperados esfuerzos de mi padre para defenderme y las lágrimas de mi madre para suplicarles, comprendí que me amenazaba una desgracia, grande. . desconocida, y me puse á gritar ¡misericordia! por ese sentimiento natural que nos impele á pedir socorro, pues demasiado sabia que llamaba inútilmente, y que en aquel sitio salvaje nadie me oiria.

Sin hacer caso de mis gritos, de las lágrimas de mi madre, ni de los esfuerzos de mi padre, los bandidos me ataron las manos detrás de la espalda, y abrasándome con sus miradas hediondas, que comprendí entónces, pues tanta penetracion me daba el terror, se pusieron á jugar con dados que sacaron del bolsillo sobre el pañuelo de uno de ellos.

Lo que mas me espantó fué que no habia dinero sobre aquel innoble tapete.

Durante todo el tiempo que pasaron los dados de unas manos á otras un frio estremecimiento se apoderó de mí, porque comprendí que yo era la cosa que ellos jugaban.

De repente uno de ellos, lanzando un rugido de triunfo, mientras los demás blasfemaban rechinando los dientes, corrió á mí, me cogió en sus brazos, y estampó sus lábios en los míos.

El contacto de un hierro encendido no me hubiera arrancado un grito mas penetrante.

—Oh! ¡la muerte, la muerte, Dios mio! grité desesperada.

Mi madre habia caído desmayada en el suelo, y mi padre hacía esfuerzos desesperados para romper los lazos que le sujetaban.

Solo me quedaba la esperanza, de que cualquiera de los bandidos que habian perdido, me matase, en un momento de rabia, con el puñal que apretaban en sus manos crispadas.

Esperaba el golpe, lo anhelaba con fervor, y lo invocaba.

De repente apareció en el sendero un hombre á caballo.

Habló en voz baja á uno de los centinelas, que le habia dejado pasar despues de haberle contestado por medio de una seña.

Aquel hombre, de mediana estatura, de fisonomía imponente, de mirar resuelto, continuó adelantando tranquilo y al paso ordinario de su cabalgadura.

Cuando llegó en frente de mí, se detuvo.

El bandido que ya me habia cogido en sus brazos y trataba de llevarme consigo, se volvió al primer silbido que aquel hombre dió en el mango de su látigo.

El bandido me dejó deslizar hasta el suelo.

—Ven acá, dijo el desconocido.

Y como vacilase el bandido, el desconocido formò un ángulo con su brazo, puso dos dedos separados sobre su pecho, y si como aquella señal hubiese sido la óden de un jefe poderoso, el bandido se aproximó al desconocido.

Este se inclinò al oído del bandido, y pronunciò en voz baja la palabra

—*Mac.*

Estoy bien segura de que no pronunció mas que esta sola palabra; en aquel terrible momento en que miraba como se mira al cuchillo que vá á matarnos, y escuchaba como se escucha cuando la palabra que se expresa debe ser la muerte ó la vida.

—*Benac*, respondió el bandido.

Y luego, domado como un leon y rugiendo como él, vino hácia mí, desató la cuerda que ataba mis brazos, y fué á hacer otro tanto con mi padre y mi madre.

Entonces cada uno vino á depositar sobre una piedra la parte del dinero que le habia tocado en el botin, y ni un solo escudo faltó de los quinientos que nos habian robado.

Durante este tiempo me pareció que revivia en los brazos de mi padre y de mi madre.

—Ahora... marchaos, dijo á los bandidos.

Estos obedecieron en silencio y se internaron en el bosque sin quedar uno.

—Lorenza Feliciani, dijo entonces el desconocido cubriéndome con su mirada sobrehumana, continúa tu camino porque estas libre.

Mis padres dieron las gracias al extranjero que me conocia, y á quien nosotros no conociamos. Despues volvieron á subir al coche, siguiéndoles yo, como á mi pesar, porque no sé qué poder extraño é irresistible me atraia hácia mi salvador.

El hombre misterioso quedó inmóvil en el mismo sitio, como para continuar protegiéndonos.

Yo le habia mirado tan atentamente como pude, y hasta que no le perdí de vista enteramente no desapareció la opresion que atormentaba mi pecho.

Dos horas despues estábamos en Subiaco.

—¿Pero quién era ese hombre extraordinario? preguntó la princesa, conmovida por la sencillez de aquella relacion.

—Dignaos escucharme, señora, dijo Lorenza, por qué ¡ay! aun no he concluido.

—Ya os escucho, dijo la princesa Luisa.

La jóven continuó:

Habian pasado dos horas desde este acontecimiento extraño, cuando llegamos á Subiaco.

No habiamos cesado de hablar todo el tiempo que duró el camino mi padre; mi madre y yo, de aquel singular salvador que nos habia venido de repente, misterioso y omnipotente como un enviado del cielo.

Mi padre, menos crédulo que yo, sospechaba que seria gefe de uno de esos bandos ó cuadrillas que aunque divididos en fragmentos alrededor de Roma dependen de la misma autoridad, y son inspeccionados de vez en cuando por el gefe supremo, que investido

de una autoridad absoluta, recompensa, castiga y reparte.

Pero yo... yo, señora, á pesar de no poder luchar en esperiencia con mi padre, obedeciendo á mi instinto, que sufría el poder de mi agradecimiento, no creía ni podía creer que aquel hombre fuese un bandido. Así en mis plegarias de cada noche á la Virgen, consagraba una frase destinada á llamar las gracias de la madre de Dios sobre mi salvador desconocido.

Aquel mismo día entré en el convento. Habíase recobrado la dote, y nada me impedía entrar en mi encierro, al cual miraba con mas tristeza pero tambien con mas resignacion. Italiana y supersticiosa, creía que Dios quería poseerme pura, entera y sin mancha, puesto que me habia librado de aquellos bandidos, escitados sin duda por el demonio para manchar la corona de inocencia que Dios solo debia desprender de mi frente. Bajo el imperio de estas creencias me sometí con todo el ardor de mi carácter á las exigencias de mis superiores y de mis padres, quienes me hicieron firmar una peticion al soberano Pontífice para que me dispensara del noviciado. Yo misma la escribí y la firmé; y como habia sido redactada por mi padre en los términos de un deseo tan ardiente, Su Santidad creyó ver en esta peticion la ardiente aspiracion de una alma cansada del mundo hácia la soledad. Me concedió todo lo que se le pedia, y el noviciado de un año, y algunas veces tal vez de dos para las demas por un favor especial quedó reducido para mí á un mes.

Me anunciaron esta noticia; que no me causó ni dolor ni alegría, y cualquiera hubiera dicho que estaba ya muerta para el mundo, y que operaban sobre un cadáver, al que su sombra impasible solo sobrevivía.

Quince dias me tuvieron encerrada, temiendo que el espíritu mundano viniera á acometerme; pero la mañana de aquel decimo quinto dia recibí la órden de bajar á la capilla con las demas hermanas.

En Italia las capillas de los conventos son iglesias públicas. El Papa no cree sin duda que sea permitido á un sacerdote confiscar á Dios en cualquier sitio en que se manifieste á sus adoradores.

Entré en el coro y cojí mi silla: entre las telas verdes que cerraban las rejas de aquel coro, ò mas bien afectaban cerrarlas, habia un espacio bastante grande para que pudieran ver la nave.

Ví por este espacio, que daba, por decirlo así, sobre la tierra un hombre que habia quedado solo de piè, en medio de la turba prosternada; y me miraba, ò mas bien, me devoraba con los ojos. Entonces sentí ese extraño movimiento de mal estar que ya habia experimentado..... sentí aquel efecto sobrehumano que me atraía, por decirlo así, fuera de mí misma, como al través de una hoja de papel, de una plancha ò de un plato, y entonces recordaba haber visto á mi hermano atraer una aguja tecada á la piedra imán.

Ay! vencida, subyugada, sin fuerza contra aquella poderosa é irresistible atraccion, me incliné hácia el, juntè las manos como se juntan delante de Dios, y con los lábios y el corazon á la vez dije:

—Gracias, gracias!

Mis hermanas me miraron sorprendidas, y como nada habian comprendido de mi movimiento, ni de mis palabras, siguieron la direccion de mis manos, de mis ojos y de mi voz. Se empinaron sobre sus sillas para mirar á su vez hácia la nave. Yo miré tambien temblando.

El extranjero habia desaparecido.

Preguntáronme, pero no supe hacer otra cosa mas que ruborizarme, palidecer y balbucear.

Desde aquel momento, señora, exclamó Lorenza con desesperacion, desde aquel fatal momento, ay!... estoy en poder del demonio.

—Nada sobrenatural veo en todo eso. Sin embargo, hermana mia, respondió la princesa con una sonrisa; calmaos y continuad.

—Oh! porque no podeis sentir lo que yo experimentaba.

—Qué espetimentábais?

—La posesion toda entera, el demonio lo poseia todo... mi corazon, mi alma, y mi razon!

—Hermana, temo mucho que ese demonio fuese el amor, dijo la princesa Luisa.

—Oh! el amor no me habria hecho sufrir así; el amor no habria oprimido mi corazon; el amor no habria sacudido todo mi cuerpo, como hace el viento de una tempestad con un árbol, ni me habria inspiado el mal pensamiento que me ocurriò.

—Decid ese mal pensamiento, hija mia.

—Hubiera debido confesarlo todo á mi confesor, ¿no es verdad, señora?

—Sin duda.

—Pues bien, os lo voy á confesar todo á vos. El demonio que me poseia me aconsejó por el contrario que guardara el secreto. Acaso no habria una sola religiosa que al entrar en el claustro no dejara en el mundo que abandonaba un recuerdo de amor, ¡y cuántas habria que tenian un nombre en el corazon invocando el nombre de Dios! El confesor estaba acostumbrado á semejantes revelaciones, y no obstante de ser tan piadosa, tan tímida, tan cándidamente inocente; yo, que antes de aquel viaje fatal de Subiaco jamás habia hablado una palabra con un hombre, á no ser mi hermano, sin haber cruzado desde entonces mas que dos veces mi mirada con la del desconocido, me figuré, señora, que me atribuirian con aquel hombre una de esas intrigas que antes de tomar el velo habia tenido cada una de nuestras hermanas con sus llorados amantes.

—Mal pensamiento en efecto, dijo la princesa; pero todavia es un demonio muy inocente el que inspira á la mujer que posee semejantes pensamientos. Continúa.

—Al dia siguiente me llamaron al locutorio. Bajé, y hallé á una de mis vecinas de la Via Frattina, en Roma, jóven que me queria y me echaba mucho de menos, porque todas las tardes hablábamos y cantábamos juntas.

Detrás de ella, y al lado de la puerta, la esperaba, como hubiera hecho un lacayo, un hombre embozado en una capa que no se volvió hácia mí, apesar de vol-

verme yo hacía él. No me habló, y sin embargo, adiviné quién era. Lo adiviné, señora: era mi protector desconocido.

La misma turbacion que ya habia experimentado, se apoderó de mi corazon, y me sentí bastante invadida por el poder de aquel hombre. Sin los hierros que me detenian cautiva, indudablemente hubiera sido suya; pues habia en la sombra de su capa rayos extraños que me deslumbraban, y en su silencio obstinado, rumores oidos por mí sola que me hablaban en una lengua armoniosa.

Reuní sobre mi misma todo el poder que podia tener, y pregunté á mi vecina de la Via Frattina, quien era aquel hombre que la acompañaba.

Pero tampoco le conocia. Su marido debia haber venido con ella: pero en el momento de partir habia entrado acompañado de aquel hombre, y le dijo:

—Yo no puedo conducirte á Subiaco, pero este amigo te acompañará.

Mi vecina no quiso preguntarle mas, pues tanto era el deseo que tenia de verme, y vino en compañía del desconocido.

Aquella mujer era una santa; vió en un rincon del locutorio una virgen que tenia reputacion de muy milagrosa; no quiso salir sin dirigirle su plegaria, y se arrodilló delante de ella.

Durante aquel tiempo, el hombre entró sin hacer ruido, se aproximó lentamente hacía mí, abrió su capa y clavó sus miradas en las mias como hubiera hecho con dos rayos ardientes.

Yo esperaba que hablase; mi pecho se levantaba, por decirlo así, subiendo como una ola delante de su palabra; pero se contentó con estender sus dos manos por encima de mi cabeza, acercándolas á la reja que nos separaba. Al punto se apoderó de mí un éstasis extraño; él se sonreía: yo le devolví su sonrisa cerrando los ojos como abrumada bajo una languidez infinita. Durante este tiempo, como si él no hubiese deseado otra cosa que asegurarse de su poder sobre mí, desapareció, y á medida que se alejaba recobraba yo mis sentidos; pero estaba todavía bajo el imperio de aquella extraña alucinacion, cuando mi vecina de la Via Frattina, habiendo acabado su plegaria, se levantó se despidió de mí, me abrazó y salió.

Cuando llegó la noche y comencé á desnudarme, hallé bajo mi toca un billete que contenía solamente estas tres líneas:

«En Roma, el que ama á una religiosa es castigado con la muerte. ¿Daréis la muerte á quien debeis la vida?»

Desde aquel dia, señora, la posesion fuè completa, porque mentí á Dios, no confesándole que pensaba yo en aquel hombre casi tanto y mas que él en mí.

Asustada Lorenza de lo que acababa de decir, se detuvo para consultar la fisonomia tan dulce y tan inteligente de la princesa.

—No hallo yo en todo eso la posesion, dijo la princesa Luisa de Francia con firmeza. Os repito que es una desgraciada pasión, y os he dicho ya que las

cosas de mundo no deben entrar hasta aquí sino acompañadas del arrepentimiento.

—Del arrepentimiento, señora! exclamò Lorenza. Cómo! veis mis lágrimas, me veis de rodillas suplicándoos que me sustraigais del poder infernal de ese hombre, ¡y me preguntais si estoy arrepentida! Oh! mas que arrepentida, puesto que traigo remordimientos.

—Sin embargo, hasta ahora... dijo la princesa.

—Aguardad, aguardad hasta el fin, dijo Lorenza, y os suplico que no me juzgueis entonces con demasiada severidad, señora.

—La indulgencia y la dulzura me están recomendadas, y estoy á las órdenes de todo sufrimiento.

—Gracias! oh! gracias! sois verdaderamente el ángel consolador que venia á buscar.

Bajábamos á la capilla tres veces á la semana, y á cada uno de aquellos oficios asistiò el desconocido. Yo habia querido resistir; dije que estaba enferma, resolvì no bajar. Debilidad humana! cuando llegaba la hora bajaba á pesar mio, y como si una fuerza superior á mi voluntad me hubiese empujado; entonces, sino habia llegado, gozaba algunos instantes de calma y bienestar; pero á medida que se aproximaba, le sentia venir. Hubiera podido decir con seguridad, ahora está en la iglesia, y lo mas extraño es, que sin mirar hácia ninguna de aquellas direcciones; despues, cuando llegaba á su sitio acostumbrado, aunque mis ojos estuviesen clavados en mi devocionario para la invocacion mas santa, mis ojos se separaban del libro para fijarse en él.

Entonces, por mucho que se prolongara el oficio, no podia yo leer ni orar, y todo mi pensamiento, toda mi voluntad... mi alma entera, estaban en mis miradas, y todas mis miradas eran para aquel hombre que yo conocia me disputaba á Dios.

Al principio no habia podido mirarle sin temor; despues lo deseé, y por último corrí con el pensamiento á su encuentro, y frecuentemente, como vemos las cosas en un sueño, me parecia verle por las noches en la calle ó sentirle pasar por debajo de mi ventana.

Este estado no se habia escapado á mis compañeras; mas llegó por fin á oídos de la superiora que se lo participò á mi madre. Tres dias antes del en que debia pronunciar mis votos, ví entrar en mi celda á los tres únicos parientes que tenia en el mundo; mi padre, mi madre y mi hermano.

Venian para abrazarme por la última vez, segun decian; pero pronto ví que llevaban otro objeto, pues quedándose mi madre sola conmigo, me hizo varias preguntas. En esta ocasion es fácil conocer la influencia del demonio, porque en lugar de decirselo todo, como hubiera debido hacer, me obstiné en negar.

El dia en que debia tomar el velo llegó en medio de una estraña lucha. Deseando y temiendo la hora en que me entregaria á Dios conocia demasiado que si el demonio queria ejercer todo su dominio sobre mí, aquella hora solemne seria la que escojeria para intentarlo.

—¿Y ese hombre estraordinario no volvió á escribiros despues de aquella primera carta que encon-

trásteis en vuestra toca? preguntò la princesa Luisa.

—Jamás, señora.

—¿En aquella época jamás le habiais hablado?

—Jamás, á no ser mentalmente.

—¿Ni le habiais escrito tampoco?

—Oh! jamás.

—Continuad. Estais en el dia que tomásteis el velo.

—Aquel dia, como decia á V. A., debia ver al fin concluidos mis tormentos, porque, aunque mezclado de una dulzura estraña era un suplicio inconcebible para un alma cristiana la obsesion de un pensamiento, de una forma siempre presente é imprevista, siempre burlesca por la oportunidad con que se me presentaba precisamente en mis momentos de lucha con ella y por su obstinacion en dominarme entonces invenciblemente. De modo es que habia momentos en que invocaba aquella hora santa con todo mi corazon. Cuando sea de Dios, decia para mí, él sabrá defenderme, como me defendió de los bandidos, olvidándome que en el ataque de los bandidos me habia defendido Dios por la mediacion de aquel hombre.

Entretanto llegó la hora de la ceremonia: bajé á la iglesia, pálida, inquieta, pero no obstante, menos agitada que de costumbre: mi padre, mi madre, mi hermano, aquella vecina de la Via Frattina, que habia ido á verme, todos nuestros amigos estaban en la iglesia, todos los habitantes de los pueblos inmediatos habian acudido, porque habia corrido la voz de que yo era hermosa, y dicen que una hermosa víctima es mas agradable al Señor. El ofi cio comenzó.

Yo lo deseaba con toda mi alma, lo pedía con todos mis ruegos y oraciones, porque él no estaba en la iglesia, y me sentía, en su ausencia, bastante dueña de mi libre alvedrío. Ya el sacerdote se volvía hacia mí mostrándome el Cristo al que iba á consagrarme, ya estendía yo los brazos hacia aquel único salvador dado al hombre, cuando el temblor habitual que me anunciaba la aproximacion del hombre misterioso, comenzó á agitar mis miembros; y el golpe que comprimía mi pecho me indicó que acababa de poner el pié en el umbral de la iglesia: cuando, en fin, la atraccion irresistible llevó mis ojos al lado opuesto al altar, por mas esfuerzos que hicieron para permanecer fieles al Crito.

Mi perseguidor estaba de pié al lado del púlpito y mas aplicado que nunca á mirarme.

Desde aquel momento le pertenecía toda entera, y por lo mismo acabaron para mí el oficio, la ceremonia y el rezo.

Creo que me preguntaron segun el rito; pero yo no respondí: me acuerdo que me sacaron por el brazo; y que vacilé como una cosa inanimada que desprenden de su base, que me presentaron delante de los ojos las tijeras, en las que un rayo de sol acababa de reflejar su resplandor terrible, que no me hizo pestañear; y un momento despues sentí el frio del hierro sobre mi cuello y el rechinamiento del acero en mi cabeza.

Entonces me pareció que todas las fuerzas me faltaban, que mi alma se lanzaba de mi cuerpo para ir

á él, y caí cuan larga era sobre la losa; pero, cosa extraña, no como una persona desmayada, sino como una persona acometida de sueño. Oí un gran murmullo: despues me quedé sorda, muda é insensible, y la ceremonia fué interrumpida con espantoso tumulto.

La princesa juntó las manos en ademán compasivo.

—¿No es verdad, dijo Lorenza que fué aquel un terrible acontecimiento y en el cuál es fácil conocer la intervencion del enemigo de Dios y de los hombres?

—Creo, hija mia, dijo la princesa con acento de tierna compasiou, que tenéis demasiada inclinacion á atribuir á maravilla lo que no es mas que el efecto de una debilidad natural. Al ver aquel hombre os demayásteis, y esto nada tiene de particular. Continudad... continuad.

—Oh! señora, señora, no me digais eso, esclamó Lorenza; á lo menos esperad oirlo todo para dar vuestro parecer. ¡Nada de maravilloso, decís, señora! En ese caso pues, ¿no debia haber vuelto en mí, diez minutos, un cuarto de hora, ó una hora despues de mi desmayo? Habria hablado con mis hermanas y recobrado mi valor y mi fé entre ellas.

—Sia duda, dijo la princesa. Pues bien, ¿no ha sucedido todo así?

—Señora, dijo Lorenza con voz sorda y acelerada, cuando volví en mí era de noche. Un movimiento rápido y convulsivo me fatigaba hacia algunos minutos, y al levantar mi cabeza creyendo estar bajo la bõ-

veda de la capilla ó bajo las cortinas de mi celda; ví con asombro rocas, árboles, nubes; y en medio de todo eso, sentia un aliento tibio que me acariciaba el rostro. Creí que la hermana enfermera me prodigaba sus cuidados, y quise darle las gracias... Señora, mi cabeza reposaba sobre el pecho de un hombre, y este hombre era mi perseguidor. Llevé los ojos y las manos sobre mí misma para asegurarme de si vivia ò al menos de que estaba despierta. Lanzé un grito. Estaba vestida de blanco, y sobre la frente una corona de rosas blancas como una desposada ò una muerta.

La princesa lanzó un grito; Lorenza dejó caer su cabeza entre sus manos.

—Al siguiente dia, continuó sollozando Lorenza, al siguiente dia averigüé el tiempo que habia transcurrido; estábamos en miércoles; por consiguiente habia permanecido durante tres dias sin conocimiento, y durante los cuales ignoro enteramente lo que pasó.

XII.

El conde de Seniax.

EL profundo silencio que siguió á estas palabras por algunos momentos, dejó tiempo á las dos mujeres para entregarse, la una á sus meditaciones dolorosas y la otra á un asombro fácil de comprender.

La princesa Luisa de Francia rompió por fin la primera el silencio.

—Y vos no hicísteis nada para facilitar el rapto?

—Nada, señora.

—Ignorais cómo salisteis del convento?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, un convento está bien cerrado, bien guardado, tiene barras de hierro en las ventanas;

paredes casi inaccesibles, y una tornera que no abandona sus llaves. Así sucede, sobre todo en Italia, donde las reglas son mas severas que en Francia.

—¿Qué puedo deciros, señora, sino que yo misma me pierdo en conjeturas desde aquel momento, y por mas que he procurado reunir mis recuerdos no he podido ver nada claro en el laberinto en que estoy sumergida?

—Pero le reconvenisteis por vuestro rapto?

—Sin duda.

—Qué os dijo para disculparse?

—Que me amaba.

—Y vos que lo contestásteis?

—Que me causaba miedo.

—Luego no le amábais?

—Oh! no, no!

—Estais segura de lo que decís?

—Ay! señora, era un sentimiento extraño el que experimentaba por aquel hombre; porque desde entonces yo no puedo disponer de mi voluntad ni me pertenezco; yo soy él; lo que él quiere quiero yo, hago lo que ordena, y mi alma no tiene ya poder ni voluntad, por que su mirada me vence y fascina. Tan pronto parece que lanza hasta el fondo de mi corazon pensamientos que no son los mios, como que atrae fuera de mí ideas tan ocultas hasta entonces á mí misma, que no las habia adivinado. Oh! ya veis, señora, que en todo esto debe haber algo de magia.

—A lo menos eso es extraño, ya que no sea sobrenatural, dijo la princesa. Pero despues del rapto, ¿cómo vivías con aquel hombre?

—Me manifestaba mucho amor y una ternura sincera.

—Tal vez era un hombre corrompido.

—No lo creo pues por el contrario hay algo de apóstol en su manera de hablar.

—Vamos, confesadme que le amais.

--No, no, señora, dijo la jòven con dolorosa voluntad; no, no le amo.

--En ese caso debíais haber recurrido á las autoridades, haber hecho que os reclamaran vuestros padres.

--Señora, me vigilaba de tal suerte que no podia huir.

--Por què no escribísteis?

--Siempre parábamos en el camino en casas que al parecer le pertenecian, y en donde todos le obedecian ciegamente. Muchas veces pedí papel, tinta y plumas; pero las personas á quienes me dirigia estaban sin duda instruidas por él, pues no me contestaban.

--Y còmo viajábais?

--Primeramente en silla de posta; pero en Milan ya no encontramos, y viajábamos en una especie de casa con ruedas en la que continuamos nuestro camino.

--¿Pero no se viò nunca obligado á dejaros sola?

--Sí, entonces se acercaba á mí y me decia: dormid: Y yo me dormia, y no despertaba hasta que él volvía.

La princesa meneó la cabeza con aire de incredulidad.

--Sin embargo, ¿deseabais vivamente huir lejos de ese hombre y nunca pudisteis conseguirlo?

--Ay! me parece que sí....pero estaba fascinada.

--¿Por sus palabras de amor, por sus caricias?

--Me hablaba raras veces de amor, señora, y á escepcion de un beso que me daba en la frente por las noches y otro por las mañanas, no recuerdo que me haya hecho jamás otras caricias.

--En verdad que es extraño, murmurò la princesa.

Sin embargo, dominada por su sospecha añadió:

--Vamos, repetidme que no le amais.

--Os lo repito, señora.

Reiteradme que ningun vínculo terrestre os une á él.

--Ninguno, señora.

--Que si os reclama no tendrá derecho alguno que hacer valer.

--Niuguno absolutamente.

--Pero en fin, continuó la princesa, ¿cómo habeis venido aquí? Esplicaos, pues ciertamente me pierdo en conjeturas.

---Bajo el amparo de una violenta tempestad que nos sorprendió en el camino un poco mas allá de una ciudad que se llama Nancy, segun creo. Habiendo dejado él su asiento, que ocupaba á mi lado, y pasado al segundo departamento de su carruaje para hablar con un viejo que lo habitaba, salté sobre su caballo y huí.

--¿Y porqué disteis la preferencia á Francia en lugar de volver á Italia?

--Reflexioné que no podía volver á Roma, puesto que de seguro creerian que yo habia obrado de acuerdo con aquel hombre, y por tanto debia estar deshonrada y mis padres no me hubieran recibido.

De modo que tomé la resolucion de huir á París y vivir allí oculta, ó bien pasar á cualquier otra capital, donde pudiera perderme á todas las miradas, y sobre todo á las suyas.

Cuando llegué á París toda la ciudad estaba conmovida con vuestro retiro al convento de las Carmelitas, señora: todos elogiaban vüestra piedad, vuestra sollicitud en favor de los desgraciados, vuestra compasion por los afligidos. Este fué para mí un rayo de luz, señora, y me persuadió de que vos sola erais bastante poderosa para defenderme.

--Cuando apelais á mi poder, hija mia, me dais á entender que ese hombre es muy poderoso.

--Oh! sí.

---Pero sepamos quien es. Por delicadeza no he querido preguntároslo hasta ahora; mas si he de defenderos, necesito saber contra quién.

--Oh! señora, hé ahí una cosa en que no puedo informaros, porque ignoro absolutamente quién, y lo que es: todo lo que sé es que un rey no inspira mas respeto, ni un Dios mas adoraciones que le profesan las gentes á quienes se digna manifestarse.

--Pero su nombre: ¿como se llama?

--Señora, le he oido llamar con varios nombres, de los cuales solo dos han quedado impresos en mi memoria. El uno es el que le dá ese viejo, de quien ya os

he hablado, y que fué nuestro compañero de viaje desde Milan hasta el momento en que le abandoné y el otro es el que él mismo se daba.

--¿Cuál era el nombre con que le llamaba el viejo?

--Acharat... ¿decid, señora, no es ese un nombre anti-cristiano?...

--Y el que se daba á sí mismo?

--José Bálsamo.

--Y quién es él?

--El!... conoce á todo el mundo, adivina todo el mundo; es contemporáneo de todos los tiempos; habla...— oh Dios mio! perdonadle semejantes blasfemias-- de Alejandro, de César y de Carlo Magno, como si los hubiese conocido, y sin embargo, creo que todos esos hombres se han muerto hace mucho tiempo; pero tambien de Caifás, Pilatos y de nuestro señor Jesucristo, en fin, como si hubiese asistido á su martirio.

--Entonces es algun charlatan, dijo la princesa.

--Señora, yo no sé tal vez perfectamente lo que quiere decir en Francia el nombre que acabais de pronunciar; pero sé que es un hombre peligroso, terrible, ante el cual todo se doblega, todo cae, todo se hunde; que le creen sin defensa y está armado; que le creen solo, y hace salir hombres de bajo de la tierra. Y esto sin fuerza, sin violencia, con una palabra, con un gesto... sonriendo.

—Está bien, dijo la princesa, cualquiera que sea ese hombre, tranquilizaos, hija mia, porque seréis protegida contra él.

—Por vos, no es verdad, señora?

—Sí, por mí, y esto mientras no renunciéis vos misma á esta proteccion. No creais, empero, y sobre todo no trateis de hacerme creer en las visiones sobrenaturales que vuestro espíritu enfermo ha creado. De todos modos, las paredes de San Dionisio serán para vos una muralla segura contra el poder infernal; y aun podeis creer que contra el poder humano que es mucho mas temible, ¿Ahora, señora, qué pensais hacer?

—Con estas alhajas que me pertenecen, señora, pienso pagar mi dote en un convento, en este si es posible.

Y Lorenza depositó sobre una mesa preciosos brazaletes, sortijas de mucho valor, un diamante magnífico y soberbios pendientes. Todo ello podia tener el valor de veinte mil escudos.

—¿Son vuestras esas alhajas? preguntó la princesa.

—Son mias, señora; él me las ha dado, y yo se las doy á Dios. Solo deseo una cosa.

—Cuál es? decid.

—Que le sea devuelto, si lo reclama, su caballo árabe Djerid, que fué el instrumento de mi libertad.

—¿Pero vos no quereis á ningun precio volver á su poder, no es verdad?

—Yo ne le pertenezco.

—Es verdad, lo habeis dicho. Segun eso, señora, insistis en entrar en el convento de San Dionisio y continuar en él las prácticas de religion interrumpidas en Subiaco por el extraño acontecimiento que me habeis contado.

—Ese es mi mas ferviente deseo, y solicito este favor á vuestras plantas.

—Pues bien, estad tranquila, hija mia, pues desde hoy viviréis entre nosotras, y cuando hayais mostrado bien vuestro deseo de obtener ese favor, cuando con vuestra ejemplar conducta, como así lo espero, lo hayais merecido, aquel dia perteneceréis al Señor, y yo os respondo de que nadie os arrancará de San Dionisio mientras la superiora vele por vos.

Lorenza se precipitó á los piés de su protectora, prodigándole las mas tiernas y sinceras gracias. Pero de repente se levantó sobre su rodilla, escuchò, se puso pálida y comenzó é temblar.

—Oh! ¡Dios mio! dijo. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Cómo? preguntò la princesa Luisa.

—Todo mi cuerpo tiembla, no lo veis? ya viene... ya viene!

—Quién?

El! el que ha jurado perderme.

—Ese hombre?

—Sí, ese hombre. ¿No veis como tiemblan mis manos?

—En efecto.

—Oh! exclamó, ya siento el golpe en el corazon, ya se acerca... ya se acerca!

--Os engañais.

--No, no señora, ¡Mirad, á pesar mio, me atrae, retenedme, retenedme!

--La princesa cogió á la jóven por el brazo.

--Pero serenaos, hija mia, dijo; aunque fuese él ¿no estais en seguridad?

--Os digo que ya se acerca... ya se acerca! exclamó Lorenza aterrada, con los ojos fijos y el brazo estendido hacia la puerta del aposento.

--Locura! ¡locura! dijo la princesa. ¿Se entra así en el cuarto de la princesa Luisa de Francia!... Sería menester que ese hombre trajera una orden del rey.

--Oh! señora, no sé cómo ha entrado, exclamó Lorenza dando un paso hacia atrás, pero lo sé, de lo que estoy segura, es que sube la escalera..... es que está á diez pasos de aquí..... Ay! miradle!....

Abrióse de repente la puerta; la princesa retrocedió espantada, á pesar suyo, por aquella rara coincidencia, y se presentó en el umbral una hermana.

--¿Quien está ahí, preguntó la princesa, y qué quereis?

--Señora, respondió la hermana, acaba de presentarse en el convento un caballero que quiere hablar á V. A. R..

--Su nombre?

--El conde de Fenix.

--Es él? preguntó la princesa á Lorenza; ¿conoceis ese nombre?

--No conozco ese nombre, pero es él, es él.

--Qué quiere? preguntó la princesa á la religiosa.

--Encargado de una misión cerca del rey de Francia por S. M. el rey de Prusia, dice que desea tener el honor de hablar un momento con V. A. R.

La princesa reflexionó un momento, y volviéndose á Lorenza; dijo:

--Entrad en ese gabinete.

Lorenza obedeció.

--Y vos, hermana, continuó la princesa, decid á ese caballero que entre.

La hermana hizo una reverencia y salió.

Luego que estuvo la princesa segura de que estaba bien cerrada la puerta de la estancia; volvió á sentarse en su sillón esperando con cierta emoción el suceso de que iba á ser testigo.

La hermana volvió á presentarse ante la princesa casi al mismo instante.

Seguia sus pasos en silencio aquel hombre que hemos visto en el día de la presentación anunciarse al rey bajo el nombre del conde de Fenix.

Vestia el mismo traje, que era un uniforme prusiano muy severo en su corte: llevaba la peluca militar y el cuello negro: sus grandes ojos tan expresivos se bajaron en presencia de la princesa Luisa, pero solamente para dar todo el respeto que debe dar á una princesa de Francia un hombre, por muy alta que sea su categoría, como simple caballero.

Pero alzándolos inmediatamente como si hubiese temido parecer demasiado humilde dijo con voz clara:

--Señora, doy las gracias á V. A. R. por el favor que acaba de dispensarme. Contaba, no obstante con él, conociendo que V. A. sostiene generosamente ó todo el que es desgraciado.

--En efecto, señor, procuro hacerlo así, dijo la princesa con dignidad, porque esperaba anonadar des-

pues de diez minutos de conversacion al que imprudentemente venia á reclamar la proteccion de otro despues de haber abusado de sus propias fuerzas.

El conde hizo una humilde reverencia acompañada de una pequeña confusion, que le causaba al parecer el doble sentido de las palabras de la princesa.

—Qué puedo hacer por vos, señor? continuó la princesa Luisa en el mismo tono de ironía.

—Todo, señora.

—Hablad.

—V. A., á quien sin graves motivos no habria yo venido á importunar en el retiro que ha escogido, ha dado asilo, tal creo á lo menos, á una persona que me interesa bajo todos conceptos.

—Cómo se llama esa persona, caballero?

—Lorenza Feliciani.

—Y qué, es vuestra esa persona? ¿Es aliada, parienta ó hermana?

—Es mi esposa.

—Vuestra esposa? dijo la princesa alzando la voz á fin de que pudiese ser oida desde el gabinete: ¿Lorenza Feliciani es la condesa de Fenix?

—Lorenza Feliciani es la condesa de Fenix, sí, señora, respondió el conde con la mayor serenidad.

—En el convento de las Carmelitas no hay ninguna condesa, replicó secamente la princesa.

Pero el conde no se consideró vencido, y continuó.

—¿Acaso V. A. no está todavia muy persuadida de que Lorenza Feliciani y la condesa de Fenix son una misma persona?

—No, lo confieso, dijo la princesa, y habeis adivinado la verdad, caballero, mi conviccion sobre este punto no es completa.

—Si V. A. se sirve mandar que se presente aquí Lorenza Feliciani, entonces no le quedará duda alguna. Pido á V. A. perdon por insistir tanto en esto, porque amo tiernamente á esa jóven, y creo que ella siente tambien estar separada de mí.

—Lo creéis así?

—Sí, señora, lo creo, por pobre que sea mi mérito.

—Ah! pensò entonces la princesa; estoy viendo que Lorenza tiene razon, porque este hombre es efectivamente peligroso.

El conde guardaba un continente tranquilo y se encerraba en la mas estrícta politica cortesana.

---Procuremos mentir, continuó diciendo para sí la princesa.

---Caballero, dijo, mal puedo entregaros á un mujer que no está aquí. Comprendo que la busqueis con tanto afan, si es cierto como decís, que la amais tiernamente; pero si quereis tener alguna probabilidad de hallarla, os aconsejo que la busqueis en otra parte.

Al entrar el conde habia dirigido una rápida mirada sobre todos los objetos que encerraba el aposento de la princesa, y sus ojos se fijaron un instante, nada mas que un instante, pero esta sola mirada habia bastado, sobre la mesa colocada en el ángulo oscuro del aposento y sobre la cual habia dejado Lorenza sus

alhajas que habia ofrecido para entrar en el convento de las Carmelitas.

---Si V. A. R. quisiera recordar bien, añadió el conde, y suplico á V. A. que se haga esta violència, no podrá menos de recordar que Lorenza Feliciani estaba ahora mismo en este aposento, y que ha dejado sobre aquella mesa las alhajas que estoy viendo, y que despues de haber tenido el honor de conferenciar con V. A. se ha retirado.

El conde de Fenix cogió al paso la mirada que princesa dirigia hácia el gabinete.

---Se ha retirado á ese gabinete, añadió.

La princesa recordó que Lorenza se habia encerrado por dentro, y que por consiguiente nada podria obligarla á salir sino el impulso de su propia voluntad.

--Pero qué hará si entra, caballero? preguntò ella no tratandoyade disimular el despecho que experimentaba de haber mentido inútilmente delante de aquel hombre á quien nada se le podia ocultar segun veia.

--Nada, señora; dirá solamente á V. A. que desea seguirme, puesto que es mi esposa.

Esta última palabra tranquilizó á la princesa, porque recordaba las protestas de Lorenza.

---Vuestra esposa? dijo: estais bien seguro de lo que decís?

Y estas palabras revelaban la indignacion de que estaba poseida la princesa.

--No parece, señora, sino que V. A. no me cree, dijo politicamente el conde. Sin embago, no es una cosa muy increíble que el conde Fenix se haya casado

con Lorenza Feliciani, y que habiéndose casado con ella la reclame.

---Insiste en que es su esposa! exclamó la princesa Luisa con impaciencia: ¿os atraveis á decir que Lorenza Feliciani es vuestra esposa?

---Sí, señora, respondió el conde con su calma habitual: me atrevo á decirlo porque así es la verdad.

---Será cierto que os habeis casado?

---Me he casado.

---Con Lorenza?

---Con Lorenza.

---Legítimamente.

---Sin duda, y si insistís, señora, en una incredulidad que me ofende....

---Entonces, qué hareis?

—Os presentaré delante de los ojos mi fé de casamiento perfectamente en regla, y firmada por el sacerdote que nos ha unido.

La princesa se estremeció conociendo que tanta calma destruía sus convicciones.

El conde abrió una cartera y desdobló un papel.

—Hé aquí la prueba de la verdad de lo que digo; leedla, y veréis bien claramente si me faltan derechos legítimos para reclamar esa muger... Me parece que la firma acredita y obliga á creer. ¿Quiere V. A. leer el documento y consultar la firma?

—Una? firma, murmuró la princesa con una duda mas humillante que lo habia sido su cólera, pero.... y si esa firma.....

--Esta firma es la del cura de S. Juan de Strasburgo, bien conocido por el príncipe Luis, cardenal de Rohan; y si su Eminencia estuviese aquí....

—Precisamente está aquí el cardenal, exclamó la princesa fijando en el conde miradas encendidas. Su Eminencia no ha dejado á San Dionisio, y en este momento se halla en el cabildo de la catedral: así es que nada es mas fácil que la comprobacion que proponeis.

—Es una gran felicidad para mí, señora, respondió el conde guardando tranquilamente el papel en su cartera, porque por medio de esta comprobacion espero ver disipadas todas las sospechas injustas que V. A. ha concebido contra mí.

—Tanta impudencia me indigna! exclamó la princesa agitando vivamente su campanilla. ¡Hermana, hermana!

La religiosa que un momento antes habia introducido al conde Favix no tardó en volver á presentarse.

—Decid á mi picador que monte á caballo, dijo la princesa, y que lleve este billete al cardenal de Rohan, que se hallará en el cabildo de la catedral, para que venga aquí sin tardanza, pues le espero con urgencia.

Y mientras hablaba así, la princesa escribió aceleradamente dos palabras que entregó á la religiosa.

En seguida añadió en voz baja:

—Que se coloquen en el claustro dos ballesteros de la *Marcchaussée* y que nadie salga sin mi permiso. Podeis retiraros.

Mirando estaba el conde de Fenix y reflexionando todas las diferentes fases que habia seguido la princesa Luisa de Francia en la resolucion que acababa de tomar de luchar con él hasta el fin, y mientras que ello estaba escribiendo, decidido sin duda á disputarse la victoria, se habia aproximado al gabinete, y allí, con la mirada fija en la puerta y las manos estendidas y agitadas por un movimiento mas metódico que nervioso, pronunció algunas palabras en voz muy baja.

Cuando se volvió la princesa le vió en aquella actitud.

—¿Qué haceis ahí, caballero? dijo.

—Señora, dijo el conde, suplico á Lorenza Feliciani que venga aquí en persona á confirmaros con sus palabras y su plena voluntad que yo no soy un impostor ni un falsario, y esto sin perjuicio de todas las demas pruebas que exija V. A.

—Caballero!

—Lorenza Feliciani, gritó el conde dominándolo todo, hasta la voluntad de la princesa; Lorenza Feliciani, salid de ese gabinete, y venid aquí, venid. La puerta, empero, permaneció cerrada.

—¡Venid, yo lo mando! repitió el conde.

Entonces rechinó la llave en la cerradura, y la princesa vió con indecible espanto entrar á la jóven, cuyos ojos estaban fijos en el conde, sin ninguna expresion de cólera ni de odio.

—¿Qué haceis, hija mia, qué haceis, exclamó la princesa Luisa, y por qué quereis volver al poder de un hombre de quien habíais huido? ¿No os dije que estábais aquí segura?

—Tambien lo está en mi casa, señora, respondió el conde, y volviéndose hácia la jóven, añadió:

—¿No es verdad, Lorenza, que os considerais bien segura en casa?

—Sí, respondió la jóven.

La princesa, en el colmo de la admiracion, juntó las manos y se dejó caer en un sillón.

—Ahora, Lorenza, dijo el conde con voz dulce, pero en la cual se traslucía fácilmente empero el acento del mando, habeis de saber que se me acusa de haberos violentado. Decid, ¿os he violentado en alguna cosa?

—Jamás, respondió la jóven con voz clara y precisa, y sin acompañar esta negativa con ningún movimiento.

—Entonces, exclamó la princesa, ¿qué significa toda esa historia de rapto que me habeis contado?

Lorenza permaneció muda; miraba al conde como si la vida y la palabra que es su espresion debieran venirle de él.

—¿No escuchais que S. A. desea saber cómo habeis salido del convento, Lorenza? Contad todo lo que ha pasado desde el momento en que os desmayásteis en el coro, hasta el en que os despertásteis en la silla de posta.

Lorenza permaneció con el mismo silencio.

—Contad lo que ha pasado con todos sus pormenores, continuó el conde, sin omitir nada. Yo lo mando.

—No me acuerdo, dijo.

—Coordinad vuestras ideas y os acordaréis.

—Ah! sí, sí, en efecto, dijo Lorenza con el mismo acento monótono, me acuerdo.

—Hablad.

—Cuando me desmayé, en el mismo momento en que las tijeras cortaban mis cabellos, me llevaron á mi celda y me acostaron en mi cama. Hasta la noche permaneció mi madre á mi lado, y como yo seguía sin conocimiento, enviaron á buscar al cirujano del pueblo, el cual me tomó el pulso, puso un espejo delante de mis labios, y viendo que mis arterias estaban sin latido y mi boca sin aliento declaró que estaba muerta.

—¿Pero como sabéis todo eso? preguntó la princesa.

—S. A. desea conocer cómo sabéis todo eso? repitió el conde.

—Es una cosa muy estraña, dijo Lorenza; habeis de saber que oía y veía como ahora, y tan solo no podia abrir los ojos, hablar, ni moverme, estaba como en un letargo.

—En efecto, dijo la princesa. Tronchin me ha hablado muchas veces de personas aletargadas y que habian sido enterradas vivas.

—Continuad, Lorenza.

—Mi madre se desesperaba y no queria creer en mi muerte, manifestando que queria pasar todavía á mi lado aquella noche y el siguiente dia.

Lo hizo segun lo habia dicho; pero las treinta y seis horas, durante las cuales me habia velado, trans-

currieron sin que yo hiciera un movimiento, ni exhálase un suspiro.

Tres veces habia venido el sacerdote, y en cada una de ellas dijo á mi madre que era rebelarse contra Dios querer tener mi cuerpo sobre la tierra, cuando ya tenia mi alma, pues no dudaba que habiendo muerto con todas las condiciones de salvacion, y en el momento de ir á pronunciar las palabras que sellaban mi eterna alianza con el Señor, que mi alma habria ascendido directamente al cielo.

Mi madre insistió tanto, que consiguió que la dejaran velarme durante toda la noche del lunes al martes.

En la mañana de este último dia continuaba yo en el mismo estado de insensibilidad.

Mi madre se retirò vencida, y las religiosas gritaban: *sacrilegio!* Los círios estaban encendidos en la capilla, donde, segun inveterada costumbre, debian esponderme un dia y una noche.

Luego que salió mi madre, entraron en mi celda las hermanas que habian de amortajarme; como yo no habia pronunciado mis votos, me pusieron un vestido blanco, ciñeron mi frente con una guirnalda de rosas blancas, cruzaron mis brazos sobre mi pecho, y al punto pidieron el ataud.

Trajeron el féretro... un frio agudísimo corrió por todo mi cuerpo, porque, os lo repito, al través de mis párpados cerrados, lo veia todo como si hubiese tenido abiertos los ojos.

Me cojieron y depositaron en el ataud.

Y el rostro descubierto como es costumbre entre nosotras las italianas; no tardaron mucho en bajarme á la capilla, y me colocaron en medio del coro con cirios encendidos alrededor de mi féretro y á mis piés una pila de agua bendita.

Durante todo el dia no cesaron de entrar en la capilla los vecinos de Subiaco, que rezaron devotamente por mi alma, y echaron agua bendita sobre mi cuerpo.

Vino la noche, y se acabaron las visitas; cerraron por dentro las puertas de la capilla, menos la puertecita, y la hermana enfermera permaneció sola á mi lado.

Un horrible pensamiento me agitaba durante mi sueño; reflexionaba que al dia siguiente debia verificarse el entierro, y conocia que iban á enterrarme viva, si algun poder desconocido no venia á socorrerme.

Oía una tras otra todas las horas, y tocaron las nueve, despues las diez y mas tarde las once.

Cada golpe resonaba en mi corazon, porque oía el doble con que las campanas anunciaban mi propia muerte.

Dios solo sabe los esfuerzos que hice para vencer aquel sueño helado y para romper aquellos lazos de hierro que me sujetaban al ataud; pero élló vió, puesto que se compadeció de mí.

Dieron las doce de la noche.

A la primera campanada me pareció que todo mi cuerpo era sacudido por un movimiento convulsivo, semejante al que acostumbraba sentir cuando Acharat se acercaba á mí; luego esperimeté una sensacion vió-

lenta en el corazón, y bien pronto le ví aparecer en la puerta de la capilla.

—¿Fué espanto lo que experimentásteis entonces? preguntó el conde Fenix.

—No, no, fué felicidad, alegría, éstasis, porque comprendí que venia á arrancarme de aquella muerte desesperada que tanto temia. Marchó lentamente hácia mi féretro, me mirò un instante con una sonrisa llena de tristeza y despues me dijo:

—Levántate y marcha.

Los lazos que sujetaban mi cuerpo se rompieron al punto; al oir aquella voz poderosa, me levantè y puse un pié fuera del atud.

—Quieres vivir? me preguntò.

—Oh! sí, respondí.

—Pues bien, me dijo; sígueme.

La enfermera, habituada al fúnebre oficio que desempeñaba al lado de mi féretro, despues de haberlo ejercido al lado de tantas otras hermanas, dormia profundamente en su silla. Pasé por delante de ella sin despertarla, y seguí al que por segunda vez me libraba de la muerte.

Llegamos al patio y torné á ver ese cielo todo tachonado de estrellas brillantes que ya no esperaba ver, sintiendo sobre mi frente ese aire fresco de la noche que los muertos no sienten, pero que tan dulce es á los vivos.

—Ahora, me preguntò, antes de dejar este convento, escojed entre Dios y yo. ¿Quereis ser religiosa ó seguirme?

--Quiero seguiros, respondí.

—Entonces venid, dijo por segunda vez.

Llegamos á la puerta del torno, que hallamos cerrada.

—Donde están las llaves? me preguntó.

—En los bolsillos de la hermana tornera.

--Y donde están esos bolsillos?

--Sobre una silla, al lado de su cama.

--Entrad en su aposento sin ruido, tomad las llaves, escojed la de la puerta y traédmela.

Obedecí, y como la puerta del aposento no estaba cerrada por dentro, entré fácilmente y me fuí derecha á la silla. Registré los bolsillos, encontré las llaves, y en el manajo hallé la del torno, y la traje.

Cinco minutos despues estábamos en la calle.

Entonces me apoyé en su brazo y corrimos hácia la salida de Subiaco. A cien pasos de la última casa nos esperaba una silla de posta. Nos metimos dentro, y partió al galope.

—¿Y se os hizo alguna violencia, se os dirigió alguna amenaza? ¿Seguisteis á aquel hombre voluntariamente.?

Lorenza permaneció muda.

--S. A. R. os pregunta, Lorenza, si os obligué á seguirme por medio de alguna amenaza ò violencia.

--No.

--Y por qué le seguisteis?

--Decid, ¿por qué me habeis seguido?

--Porque os amaba, dijo Lorenza.

Volvióse el conde de Fenix hácia la princesa y se sonrió con espresion triunfante.

XIII.

Su eminencia el cardenal de Roban.

TAN raro y sobrenatural era lo que estaba presenciando abosorta y muda la princesa, que no podía menos de preguntarse á sí misma, si el hombre que tenía delante no era verdaderamente un mago que disponia de los corazones y de los espíritus á su voluntad.

Pero el conde Fenix parece que pensò en aumentar su asombro.

—No es esto todo, señora, dijo: V. A. no ha oido de los lábios de Lorenza mas que una parte de nuestra historia, y podria abrigar todavía alguna duda, si de su boca misma no oyese lo restante.

Entonces, volviéndose hácia la jóven, dijo:

—¿Os acordais, querida Lorenza, del resto de nuestro viaje? ¿Habeis olvidado ya que hemos visitado juntos á Milan, el lago Mayor, el Oberland, el Rig-hi y el Rhin tan lleno de magnificencia, que es el Tiber del Norte?

—Sí, dijo la jóven con su mismo acento monótono, sí; Lorenza ha visto todo eso.

—Arrastrada por un hombre, ¿no es verdad, hija mia? ¿cediendo á una fuerza irresistible de que vos misma no podiais esplicaros? preguntò la princesa.

—¿Por qué habeis de creer eso, señora, cuando todo lo que V. A. acaba de oir le prueba lo contrario? Además, si quereis una prueba mas palpable, un testigo material, aquí teneis una carta que la misma Lorenza me escribió durante una ausencia que me ví obligado á hacer, dejándola sola en Maguncia. Pues bien, señora, Lorenza no pudo soportar esta separacion, me echaba de menos, deseaba verme cuanto antes y me escribió este billete que V. A. puede leer.

El conde sacó un billete de su cartera y se lo entregó, á la princesa que leyó lo siguiente:

«Vuelve pronto, Acharat; cuando te separas de mí todo me falta. Dios mio! ¿no llegará el dia en que sea tuya por toda una eternidad?

LORENZA.»

La princesa se levantò con el rostro encendido de cólera y se acercò á Lorenza con el billete en la mano.

Esta dejó que se acercase sin verla, sin oirla, pues parecia no ver ni oir mas que al conde.

—Ya entiendo, dijo vivamente este, decidido sin duda á ser hasta el fin el intérprete de la jóven, V. A. duda y quiere saber si el billete es suyo. Sea así; V. A. será instruida por ella misma. Lorenza, responded, ¿quién ha escrito ese billete?

El conde cojió el billete, lo puso en la mano de su mujer, la cual aplicò inmediatamente aquella mano sobre su corazon.

—Lorenza, dijo.

—¿Y Lorenza sabe lo que contiene este billete?

—Sin duda.

—Pues bien, decid á la princesa lo que dice esta carta, para que vea que no la engaño cuando le digo que me amais. Os mando que lo digais.

Lorenza hizo al parecer un esfuerzo; pero sin desdoblar el billete ni dirigir los ojos hácia él, leyó:

«Vuelve pronto, Acharat; cuando te separas de mí todo me falta. Dios mio! ¿no llegará el dia en que sea tuya por toda una eternidad?

LORENZA.»

—Parece increible, dijo la princesa, y no os creo porque hay en esto alguna cosa inesplicable y sobrenatural.

—Esta carta, continuó el conde Fenix como si no la hubiese oido, esta carta fué la que me determinó á apresurar nuestra union. Amaba á Lorenza tanto como ella me amaba á mí. Nuestra posicion era falsa. Por otra parte, en la vida aventurera que hago, podia sucederme una desgracia, podia morir, y si moria, queria que todos mis bienes perteneciesen á Lo-

renza: por tanto, al llegar á Strasburgo nos casamos.

—Os casásteis?

—Sí.

—Imposible.

—¿Por qué, señora? dijo sonriendo el conde, ¿qué hay de imposible, os pregunto, en que el conde Fenix se haya casado con Lorenza Feliciani?

--Ella misma me ha dicho que no era vuestra mujer.

En vez de contestar á la princesa Luisa el conde se volvió hácia Lorenza y la preguntò.

--¿Os acordais en qué dia nos casamos?

--Sí, contestó; el dia 3 de mayo.

--En dònde?

--En Strasburgo.

--En qué iglesia?

--En la misma catedral, en la capilla de San Juan.

--¿Opusisteis alguna resistencia á esta union?

--No, porque era demasiado feliz.

--La princesa cree que te han violentado, Lorenza, continuó el conde. Le han dicho que me aborrecias.

Y al pronunciar el conde estas palabras cojió la mano de Lorenza.

La jóven se estremeciò de felicidad.

--Aborrecerte yo! oh! no; yo te amo.... te amo mucho! Tú eres bueno y generoso.

--Y desde que eres mi mujer, dí, Lorenza, ¿he abusado jamás de mi derecho de esposo?

--No; me has respetado como á tu hija, y soy tu amiga pura y sin mancha.

El conde se volvió hácia la princesa, como para decirle: ¿lo oís?

Sobrecogida esta de espanto, habia retrocedido hasta los piés de un crucifijo de marfil colgado sobre un fondo de terciopelo negro en la pared del gabinete.

--¿Es esto todo lo que V. A. desea saber? dijo el conde soltando la mano de Lorenza.

--Caballero! exclamó la princesa, no os acerqueis, ni ella tampoco.

En aquel momento se oyó el ruido de un coche que se detenia á la puerta de la abadía.

--Ah! exclamó la princesa, ¿si será el cardenal? por fin, ahora sabremos á que nos hemos de atener.

El conde de Fenix se inclinó; dijo algunas palabras á Lorenza, y esperó con la tranquilidad de un hombre que tuviera el don de dirigir los acontecimientos.

Un momento despues se abrió la puerta y anunciaron á S. E. el cardenal de Rohan.

Tranquilizada la princesa con la presencia de un tercero, volvió á sentarse en su sillón, diciendo:

--Decid que entre.

El cardenal entró; pero apenas habia saludado á la princesa, cuando viendo á Bálamo, exclamó sorprendido.

--Ah! sois vos?

--¿Conoceis á este caballero? preguntó la princesa cada vez mas asombrada.

—Sí, dijo el cardenal.

—Entonces, preguntó con ávida impaciencia la princesa Luisa, ¿nos diréis quién es?

—Nada mas fácil, dijo el cardenal: el señor es un hechicero.

—Hechicero, murmuró la princesa.

—Perdonad, señora, dijo el conde. Su Eminencia se explicará ahora mismo, y espero que á satisfacción de todo el mundo.

—¿Por ventura os ha hecho este caballero algunas predicciones, puesto que veo á V. A. tan trastornada? preguntó S. E. el señor de Rohan.

—La fé de casado! veamos la fé de casado! exclamó la princesa.

El cardenal miraba lleno de asombro, porque ignoraba lo que podia dar á entender con aquella estraña exclamacion.

—Aquí está, dijo el conde presentándola al cardenal.

—Qué es esto? preguntó S. E. el cardenal de Rohan.

--Señor, dijo la princesa, trátase de saber si esta firma es buena y válido este documento.

El cardenal leyó el papel que le presentaba la princesa.

--Este documento es una partida de matrimonio hecha en regla; y esta firma es la del señor Remi, cura de la capilla de San Juan; pero ¿qué importa á V. A.?

--Oh! me importa mucho, señor; ¿conqué es decir que la firma...?

--Es buená, pero nadie me dice que no haya sido arrancada por la fuerza.

Es cierto, bien puede haber sucedido así, exclamó la princesa.

--Y el sentimiento de Lorenza también, ¿no es verdad? dijo el conde con una ironía que se dirigía principalmente á la princesa.

--Pero, ¿por qué medios, señor cardenal, por qué medios creéis que haya sido arrancada esa firma? Decidlo si lo sabeis.

---Por los que están en vuestro poder, por medios mágicos.

--Mágicos! ¿Estais seguro de lo que decís?

--El señor es hechicero; lo he dicho y lo repito.

--Vuestra Eminencia quiere chancearse.

--No, á fé mia! y la prueba es que quiero tener con él una esplicacion seria en vuestra presencia.

—Tenia intencion de pedirsela á Vuestra Eminencia, dijo el conde.

--Me alegro; pero no olvideis que yo soy quien pregunto, dijo el cardenal con acento lleno de orgullo.

--Y yo, dijo el conde, contestaré á todas vuestras preguntas delante de S. A. si os obstinais en hacérmelas; pero estoy seguro de que no os obstinaréis.

El cardenal se sonrió.

--El papel de hechicero, dijo, es muy difícil de representar en nuestros tiempos, y aunque os he visto con las manos en la obra y habeis obtenido un

gran triunfo, quiero haceros el favor de preveniros, que no todos tendrán la paciencia y sobre todo la generosidad de la delfina.

--De la delfina! exclamó la princesa.

--Sí, señora, dijo el conde, he tenido el honor de ser presentado á S. A. R.

--¿Y cómo habeis pagado ese honor? decid, decid.

--Ay! contestó el conde, peor de lo que hubiera querido: porque yo no aborrezco á los hombres, y mucho menos á las mujeres.

---¿Pero qué habeis hecho á mi augusta sobrina? dijo la princesa Luisa.

--Señora, contestò el conde, he tenido la desgracia de decirle la verdad, una verdad que me preguntaba.

---Sí, la verdad, una verdad que la ha desmayado.

--¿Y es culpa mia, replicó el conde con esa voz poderosa que tambien hacia vibrar en ciertos momentos, es culpa mia, si esa verdad era tan terrible que debia producir semejantes efectos? He buscado yo á la princesa? Soy yo el que he solicitado aquella entrevista? No, todo lo contrario, procurè evitarla: me llevaron á su presencia, casi á la fuerza, y me exigió imperativamente que contestara á todas sus preguntas.

---¿Pero qué terrible verdad es esa que le dijisteis, señor? preguntó la princesa.

---Esa verdad, señora, contestó el conde, consiste en haber rasgado el velo del porvenir.

---Del porvenir?

---Sí, señora, de ese porvenir que ha parecido tan amenazador á V. A., y del cual ha querido huir encerrándose en un claustro y conjurarlo al pié de los altares con sus lágrimas y plegarias.

---Caballero!.

---¿Tengo yo la culpa, señora, de que ese porvenir que habeis presentido como santa, me haya sido revelado á mí como profeta? ¿Tengo yo la culpa de que cuando se reveló á la augusta delфина ese porvenir que la amenaza personalmente se desmayara llena de espanto?

--Lo oís? dijo el cardenal.

--Ay! dijo la princesa.

---Porque su reynado está maldito, exclamó el conde, como el reynado mas fatal y desgraciado de toda la monarquía.

---Qué decís? exclamó la princesa.

--En cuanto á vos, señora, continuó el conde, acaso vuestras plegarias hayan alcanzado indulgencia; pero nada de esto veréis, porque cuando tales cosas sucedan estaréis en los brazos del Señor. Rezad, señora, rezad!

Dominada la princesa por aquella voz profética, tan en armonía con los fanáticos terrores de su alma, cayó de rodillas á los piés del crucifijo y se puso efectivamente en fervorosa oracion.

Volviéndose entonces el conde hácia el cardenal y dirigiéndose al alfeizar de una ventana, le dijo:

--¿Aquí para entre nosotros, señor cardenal, qué me queriais?

El cardenal se dirigió tambien hácia la ventana.

Los personajes de esta escena estaban dispuestos, de modo que la princesa al pié del crucifijo oraba con fervor; Lorenza, inmòvil, muda y los ojos abiertos y fijos como si no viesen, estaba de pié en medio del aposento. Los hombres permanecian en el alfeizar de la ventana, apoyado el conde sobre la falleba y el cardenal medio oculto detrás de la cortina.

--Qué me queréis? repitió el conde; hablad.

--Quiero saber quièn sois.

--Ya lo sabeis.

--Yo?

--Sí. ¿No habeis dicho que era hechicero?

--Muy bien, pero en otra parte os llamaban José Bálamo y aquí os llaman el conde Fenix.

--¿Y qué prueba eso? que he cambiado de nombre y nada mas.

--Si; pero ya sabeis que semejantes cambios por parte de un hombre como vos darian mucho en que pensar al señor de Sartines.

El conde se sonrió.

--Oh! señor, esa es una guerra muy mezquina para un Rohan. ¿Es posible que Vuestra Eminencia se ponga á argumentar sobre la palabra *verba et voce*, que dice el latin! ¿No teneis otro cargo mejor que hacerme?

--Creo que os haceis burlon, dijo el cardenal.

--No hago ningun esfuerso, porque ese es mi carácter.

--Entonces voy á darme una satisfaccion.

--Cuál?

--La de háceros bajar el tono.

--Como gustéis, señor.

--Y de ese modo estoy seguro de que complaceré á la augusta delfina.

--Lo cual no será del todo inútil en el estado en que os hallais con ella, dijo Bálsamo con la mayor serenidad.

--Y sí lograrse yo que os prendieran, señor del horóscopo, ¿qué diriais?

--Diria que hariais mucho mal con ese paso.... señor cardenal.

--De veras! dijo el cardenal con aire de desprecio, ¿y á quién?

--A vos mismo.

--Lo veremos; no tardaré en dar la órden para ese paso que juzgais imprudente, y entonces se sabrá á punto fijo quién es ese baron José Bálsamo, conde de Fenix, vástago ilustre de un árbol genealógico, cuya simiente no he visto en ningun campo heráldico de Europa.

--¿Señor, dijo Bálsamo, por qué no habeis pedido informes de mí al señor de Bretenil?

--El señor de Bretenil no es amigo mio.

--No lo será ya, pero lo ha sido, y de los mejores, pues le habeis escrito cierta carta....

--Qué carta? preguntó el cardenal aproximándose.

--Mas cerca, señor cardenal, mas cerca, no quiero hablar porque temo comprometeros.

El cardenal se aproximó mucho mas.

--¿De qué carta quereis hablar? dijo con impaciencia.

—Oh! bien lo sabeis.

—Sin embargo, decidlo.

—Pues bien, de una carta que escribisteis á Paris desde Viena con objeto de frustrar el casamiento del delfin.

El prelado no pudo disimular un movimiento de espanto.

—Esa carta?... balbuceó.

—La sé de memoria.

—Es una traicion del señor Bretenil.

—Por qué?

—Porque cuando se decidió el casamiento, se la mandé á pedir.

—¿Y qué contestó?

—Que la habia quemado.

—Porque no se atrevió á decirnos que la habia perdido.

—Perdido?

--Sí.... y como ya comprendeis, una carta perdida.... cualquiera puede encontrarla.... Es obra de la casualidad.

--¿De modo que la que yo he escrito al señor de Bretenil?

--Qué?

--Y qué me asegurò haber quemado?

--Sí.

--¿Y que, segun decís, ha perdido?...

--La he hallado yo, si bien por una casualidad

solamente, pasando por el patio de mármol de Versailles.

--¿Y no la habeis devuelto al señor de Bretenil?

--Ya me hubiera guardado de hacer semejante cosa.

--Por qué?

--Porque en mi calidad de hecbicero, sabia que Vtra. Eminencia, á quien tan bien quiero, me odiaba de muerte, y ya comprendeis... un hombre desarmado que sabe que al atravesar por un bosque va á ser atacado y halla una pistola cargada en ese bosque....

--Y qué?

---Que ese hombre seria un majadero si no se apoderase de esa pistola.

El cardenal tuvo una especie de vértigo y se apoyó en el antepecho de la ventana.

Pero despues de un momento de perplejidad, durante el cual pudo el conde observar todas las variaciones de su rostro, dijo:

--Sea así en hora buena; pero no se dirá que un príncipe de mi casa se ha intimidado ante la amenaza de un charlatan. Aunque se hubiese perdido esa carta, aunque sea cierto que la habeis encontrado, aunque sea presentada á la misma delina, aunque esa carta me perdiese como hombre político, sostendré mi papel de súbdito leal y fiel embajador. Diré la verdad, esto es, que me parece esa alianza perjudicial á los intereses de mi pais, y mi pais me defenderá ó me compensará.

--Y si hay alguno, replicó el conde, que se atreva

á decir que el embajador jòven y galante, nada desconfiado en atencion á su nombre de Rohan y á su título de príncipe, no dice eso porque crea que la alianza austriaca es perjudicial á los intereses de la Francia, sino porque, recibido desde luego afectuosamente por la archiduquesa María Antonieta, cegado por un extraño amor propio y tal vez arrastrado por alguna pasion, habia tenido la jactancia de ver en esa afabilidad alguna cosa mas que... afabilidad, ¿qué contestará el fiel súbdito, al embajador leal?

--Negará, señor, porque de ese sentimiento que suponeis haber existido no queda prueba alguna.

--Ah! si por cierto, os engañais; la frialdad de la delfina para con vos.

El cardenal vaciló un momento.

--Creedme príncipe, dijo el conde; en vez de incomodarnos, como ya hubiera sucedido á no tener yo mas prudencia que vos, seamos, buenos amigos.

--Buenos amigos?

--Por qué no? Los buenos amigos son aquellos que nos hacen buenos servicios.

--Los he reclamado jamás de vos?

—Ese es el mal que habeis cometido, porque despues de dos dias que estais en París...

—Yo?

—Sí. vos. Oh! Dios mio! ¿por qué quereis ocultármelo á mí que soy hechicero? Os habeis separado de la princesa en Soisson, habeis venido en posta á París por Villers, Cotterets y Dammartin, es, decir, por el camino mas corto, y habeis venido á pedir á vuestros amigos de París servicios que os han negado, y despues

de recibir estos desaires, marchasteis en posta á Compiègne, y en verdad que esto desespera.

El cardenal parecia anonadado.

--Y qué género de servicios podia esperar de vos, preguntó, si á vos me hubiese dirigido?

—Los servicios que se piden á un hombre que hace oro.

—Y què me importa que hagais oro?

—Pardiez! me parece que cuando uno tiene que pagar dentro de cuarenta y ocho horas quinientos mil francos... ¿no habeis dicho esa cantidad?

--Sí, la misma.

--¿Y preguntais qué importa tener un amigo que hace oro? ¿Nada importa que esos quinientos mil francos que no se han podido encontrar en ninguna parte ni con ningún esfuerzo, se encuentren en casa de ese alquimista?

--Y donde vive? preguntò el cardenal.

--En la calle de San Claudio, barrio de Marais.

--Y cómo conoceré la casa?

--Por una cabeza de grifo de bronce que sirve de llamador de la puerta.

--Cuándo podré ir?

--Pasado mañana, monseñor, á las seis de la tarde si os place, y despues.....

--Despues?

--Cuantas veces gustéis. Pero mirad, nuestra conversacion concluye á tiempo, pues la princesa ha terminado su plegaria.

El cardenal estaba vencido, no trató de resistir

mas tiempo y aproximándose á la princesa dijo:

--Señora, me veo precisado á confesar que el Señor conde Fenix tiene mucha razon, que la partida de casamiento de que es portador no puede ser mas válida, y en fin, que las esplicaciones que me ha dado me han satisfecho completamente.

El conde hizo un saludo inclinándose y preguntó:

--Qué manda V. A. R.?

--Una sola palabra á esa jòven.

El conde hizo otra reverencia en señal de asentimiento.

--¿Dejais el convento de San Dionisio por vuestra propia y absoluta voluntad, ó habeis venido á pedirme un refugio?

--S. A. , repitió tambien vivamente Bálsamo, pregunta si quereis dejar el convento de San Dionisio por vuestra propia voluntad ó habeis venido á pedir un asilo: contestad Lorenza.

--Sí, dijo la jòven, lo dejo por propia voluntad.

--¿Y lo haceis para seguir á vuestro marido el conde Fenix?

--Lo haceis para seguirme? repitió el conde con el mismo tono.

--Oh! sí, dijo la jóven.

--En ese caso, dijo la princesa, no quiero deteneros ni al uno ni á la otra, porque esto seria violentar los sentimientos; pero si en todo esto hay algo que salga del orden natural de las cosas, que el castigo del Señor caiga sobre aquel que en provecho suyo ha tur-

bado la armonía de la naturaleza. Id, señor conde Fenix, y vos, señora, idos Lorenza Feliciani, no quiero teneros mas... pero antes recoged vuestras alhajas.

--Son para los pobres, señora, dijo el conde de Fenix, y distribuida la limosna por vuestras manos será dos veces grata á los ojos de Dios. No pido mas que mi caballo Djerid.

--Podeis reclamarlo á la salida. Id con Dios.

El conde hizo una reverencia delante de la princesa y presentó su brazo á Lorenza, que lo aceptó al punto, y salió con él sin pronunciar una palabra.

--Ay, señor cardenal! exclamò la princesa meneando tristemente la cabeza; hay cosas incomprendibles y fatales en el aire que respiramos.

XIV.

A la vuelta de San Dionísio.

EMOS dicho que nuestro filósofo volvió á confundirse entre la apiñada muchedumbre en el momento que se separò de Felipe de Taverney.

Pero ahora no se lanzaba entre aquellas oleadas bulliciosas con el corazon palpitante de esperanza y de alegría, sino con el alma ulcerada por un dolor que no habian podido dulcificar la buena acogida y los generosos ofrecimientos de Felipe.

Ni la menor sospecha de haber usado de crueldad con Gilberto habia abrigado el pensamiento de Andrea; pues la hermosa é impassible jòven ignoraba completamente que pudiese haber entre ella y el hijo

de su nodriza punto alguno de contacto ni para el dolor, ni para la alegría. Ella pasaba por encima de las esferas inferiores, arrojando sobre ellas su sombra ó su luz, segun se halla ella misma risueña ó sombría, y en la situacion presente, la sombra de su desdén habia helado á Gilberto, y como ella no habia hecho mas que seguir el impulso de su propia naturaleza, ignoraba que hubiese estado desdeñosa.

Pero Gilberto, como un atleta desarmado, lo habia recibido todo en medio del corazon, miradas de desprecio y palabras soberbias, y el pobre no tenia aun bastante filosofía para no darse, sangrando como estaba, el consuelo de la desesperacion.

Así pues, desde el momento en que se confundió entre la muchedumbre no se cuidó ya de los caballos ni de los hombres. Reuniendo cuanto pudo sus fuerzas á riesgo de estraviarse ó de ser estropeado, se lanzó como un jabalí herido al través de la multitud y logró abrirse paso.

Luego que pudo atravesar las columnas mas espesas del pueblo comenzó á respirar con mas libertad y dirigió la vista en torno suyo, vió la verdura, la soledad y el agua.

Sin direccion premeditada y dejando mover sus ágiles piernas hácia donde el instinto le ordenaba, corrió hasta el Sena, y se encontró casi al frente de la isla de San Dionisio. Entonces, rendido, no por la fatiga del cuerpo, sino por las angustias del espíritu, se dejó caer sobre la yerba, y ocultando la cabeza entre ambas manos, se puso á rugir frenéticamente como si

aquella lengua de leon espresase mejor sus dolores que los gritos y la palabra del hombre.

Y ciertamente, ¿nose habian estinguido de repente todo aquel espíritu vago é indeciso, aquella halagüena esperanza que hasta entonces habia dejado caer algunos rayos de luz furtiva sobre deseos insensatos de que no se atrevia á darse cuenta? A cualquier grado de la escala social á que subiera Gilberto á fuerza de genio, de ciencia ó de estudio, Gilberto seria siempre Gilberto para Andrea, es decir, una cosa ó un hombre—estas eran siempre sus mismas espresiones,—del cual no debia hacer caso su padre, pues no valia la pena de que bajára uno los ojos hasta él.

En su ilusion momentánea habia creido que al verle en Paris, que al saber que habia venido á pié y al conocer su resolucion de luchar con su oscuridad hasta que la hubiese vencido, Andrea aplaudiria sus generosos esfuerzos. Y hé aquí que no solamente habia faltado *el macte ánimo* al generoso niño, sino que por todo premio de tantas fatigas y de tan alta resolucion habia recogido la desdeñosa indiferencia que siempre habia mostrado Andrea hácia aquel Gilberto del castillo de Taverney.

Y por otra parte ¿no habia estado á punto de enfadarse cuando supo que Gilberto habia tenido la audacia de dirigir la vista á su cuaderno de solfeo? Si Gilberto hubiese tocado siquiera con un dedo ese cuaderno, indudablemente no hubiera sido ya bueno sino para ser quemado.

Para los corazones que tienen poco valor, una

decepcion, ~~un~~ engaño, no son otra cosa que un golpe á que se doblega el amor para levantarse despues mas fuerte y perserverante: para ellos el lenguaje de sus penas son las quejas y las lágrimas y abrigan la resignacion del cordero debajo del cuchillo. Y considerando esto con mas detencion, el amor de estos mártires se aumenta frecuentemente con los dolores que deberian matarlo; diciéndose á sí mismos que su dulzura tendrá su recompensa, esta recompensa es el objeto hácia que se dirijen, sea el camino bueno ó malo, sin mas diferencia que si aquel es malo, llegarán mas tarde, y nada mas, pero llegarán.

No sucede lo mismo con los corazones fuertes, con los temperamentos voluntarios y con las organizaciones poderosas; pues estos naturalmente se irritan á la vista de su sangre que corre, y su energia se aumenta tan salvajemente, que desde entonces pueden considerarse mas bien como rencorosos que como amantes. Preciso es no cansarlos, porque en ellos el amor y el odio se tocan tan de cerca, que no sienten la transicion del uno al otro.

En consecuencia de estas consideraciones, cuando Gilberto se dejaba caer de aquella suerte en el suelo, vencido por su dolor, ¿sabia si amaba ú odiaba á Andrea? No: sufría y nada mas. Solo que, como no era capaz de una paciencia larga, sacudió su abatimiento decidido á tomar una enèrgica resolucion.

—No me ama, dijo para sí, es verdad, pero tampoco yo podia ni debia esperar que me amase. Lo que tenia derecho á exigir de ella era ese dulce interés que

merecen los desgraciados que tienen la energía de luchar con su desgracia. Lo que ha comprendido su hermano no lo ha comprendido ella. Aquel me ha dicho: ¿quién sabe? ¿acaso llegarás á ser un Colbert, un Vauban! Si llego á ser uno ú otro, me haria justicia dándome su hermana en recompensa de mi gloria adquirida, como me la habria dado en cambio de mi aristocrácia de nacimiento, si mi cuna hubiese sido igual á la suya. ¡Pero para ella! ¡oh! sí, lo conozco.... ¡Oh! Colbert y Vauban serian siempre Gilberto, porque ella desprecia en mí lo que nada puede borrar, dorar, ni cubrir... la humildad de mi nacimiento. Como si en el caso de que yo llegase á mi objeto, no habria tenido que crecer mas para llegar hasta ella que si hubiese nacido á su lado. ¡Oh criatura loca! ¡oh ser insensato! ¡oh mujer!... ¡mujer! con esta palabra se espresa todo... imperfeccion.

Fiaos de esa hermosa mirada, de esa frente despejada, de esa sonrisa inteligente, de ese don de reina: esa es la señorita Taverney, lo mismo que si dijéramos, una mujer que por su hermosura se hace digna de gobernar al mundo .. Os engañais... os engañais! No es mas que una señorita de provincia orgullosa y criada en medio de las preocupaciones aristocráticas. Todos esos jóvenes elegantes de cabezas vacías que han tenido todos los recursos necesarios para saberlo todo y nada saben, son para ella iguales suyos, estos son nombres en quienes se debe fijar la atencion... ¡pero Gilberto!... Gilberto es un perro, menos que un perro, puesto que Andrea se ha acordado de preguntar por

Mahon, y estoy bien seguro que no se hubiera dignado de preguntar por Gilberto.

Oh! ignora que soy tan fuerte como ellos; que cuando lleve el vestido que ellos llevan seré tan hermoso como ellos; que tengo además una voluntad inflexible que ellos no tienen, y que si quiero...

Una sonrisa terrible se dibujó en los labios de Gilberto sin concluir la frase.

Despues, lentamente y frunciendo el ceño, bajó su cabeza sobre el pecho.

¿Qué pasó en aquel momento en aquella alma oscura; bajo qué terrible idea se inclinó aquella frente pálida por las vigiliass y la meditacion? ¿Es el marinero que bajaba el rio con su canoa entonando la cancion de Enrique IV? ¿Es la alegre labandera que volvió de San Dionisio, despues de haber visto la entrada de la delfina, y que al separarse de su camino tomó tal vez por un ladron á aquel jóven vagamundo y ocioso tendido sobre la yerba en medio de las estacas cargadas de ropa?

Despues de media hora de meditacion profunda se levantó Gilberto frio y resuelto; bajó hácia la corriente del Sena, bebió agua, dirigió la vista á su alrededor y vió á su izquierda esas oleadas lejanas del pueblo al salir de San Dionisio.

En medio de aquella ruidosa y alegre muchedumbre se distinguian los primeros coches marchando al paso y siguiendo el camino de Saint-Onen, que casi obstruia la concurrencia.

La delfina habia querido que su entrada fuera

una fiesta de familia, de modo que esta usò de tal manera del privilegio, viéndose colocarse tan cerca el espectáculo que muchos parisienses subieron á los asientos de la sevidumbre, y se colgaron, sin ser inquietados, de las pesadas sopandas de los coches.

No tardó Gilberto en distinguir el coche de Andrea y vió á Felipe de Taverney que iba galopando ò mejor haciendo piafar á su caballo espumoso á la portezuela del carruaje.

--Está bien, dijo. Es menester que sepa á donde vá: es preciso que la siga.

Gilberto siguió.

La delfina debia ir á cenar á la Muette en compañía del rey, del delfin, el conde de Provenza, el de Artois, y, preciso es decirlo; Luis XV llevó el olvido de su decoro hasta el punto de entregar á la delfina en San Dionisio una lista de los convidados y un lápiz para que borrara á los que no le conviniera.

Cuando la delfina llegó al nombre de la señora de Dubarry, colocada la última, sintió en sus labios un temblor convulsivo; pero sostenida por las instrucciones de la emperatriz su madre, llamó en su auxilio todas sus fuerzas, y con sonrisa encantadora devolvió la lista y el lápiz al rey, diciéndole que se tenia por muy dichosa con ser admitida desde luego en la intimidad de su familia.

Gilberto ignoraba esto, y hasta llegar á la Muette no conoció los coches de la señora de Dubarry y á Zamora empinado sobre su gran caballo blanco.

Afortunadamente era ya anochecido; Gilberto se

cehó entre unas matas boca bajo y esperó.

Grande fué la alegría del rey al ver cenar juntos á su nuera y á su manceba; pero cuando su satisfaccion y su placer llegó á su extremo, fué cuando advirtió que la delfina acogia á la señora de Dubarry mucho mejor que la habia recibido en Compiègne.

Pero el delfin, no obstante que seguia taciturno y pensativo, pretextò un gran dolor de cabeza, y se retiró antes que se sentaran á la mesa.

La cena se prolongó hasta las once.

Entre tantos individuos de la comitiva, y forzoso era á la altiva Andrea confesar que era de este número, orgullosos de tener tanta honra cenaron entre pabellones al sonido de la música que les envió el rey. Además, como los pabellones eran demasiado pequeños, cincuenta caballeros cenaron en mesas colocadas sobre el cespèd, servidas por otros tantos criados de palacio.

Gilberto, que continuaba escondido entre las matas, no perdía ninguno de los pormenores de este espectáculo. Sacó de su bolsillo un pedazo de pan que habia comprado en Clichy-la-Carenne, y cenó como los demás, sin dejar de vigilar á los que marchaban.

Cuando se hubo terminado la cena, y despues de haberse despedidos de sus huéspedes, la delfina se asomó al balcon. El rey se puso á su lado, y la señora Dubarry, con ese tacto que sus mismos enemigos admiraban en ella, se mantuvo en el fondo de la habitacion á fin de no ser vista.

Todos los individuos de la régia comitiva y mul-

titud de personas, deseosas de conocer á la delfina, pasaron por debajo del balcon para saludar al rey y á S. A. R. Esta, enterada de antemano, conocia ya á muchos de los que la habian acompañado. El rey le nombraba á aquellos que no conocia: todos los oidos estaban atentos á sus palabras, y de cuando en cuando caia de sus labios una palabra graciosa, una feliz ocurrencia que llenaba de alegría y orgullo á las personas á quienes se dirigia.

Gilberto contemplaba desde lejos toda aquella bajeza, y decia para sí:

—Yo soy mas grande que todas esas gentes, porque por todo el oro del mundo no haria lo que hacen.

Tocó la vez al señor de Taverney y á su familia.

Gilberto se incorporó apollándose sobre una rodilla, para oir mas claramente lo que dijera.

—Señor Felipe, dijo la delfina, os doy permiso para acompañar á vuestro padre y á vuestra hermana á París.

Gilberto oyó estas palabras, que en el silencio de la noche y en medio del recogimiento de los que escuchaban y miraban vinieron á vibrar en sus oidos.

La delfina añadió:

—Señor de Taverney, no puedo tener el honor de hospedaros todavía, partid, pues, con vuestra hija á París hasta que haya instalado mi casa en Versalles, y vos, amiga mia, pensad un poco en mí.

El baron pasó con sus hijos, y siguiéronle otros muchos á quienes la delfina tenia que decir cosas semejantes á las que habia dicho á la familia de Taverney: pero esto importaba bien poco á Gilberto.

Deslizóse fuera de las matas y siguió al baron en medio de los gritos confusos de doscientos lacayos que corrían detrás de sus amos, de cincuenta cocheros que respondían á los lacayos y de sesenta coches que rodaban sobre el pavimento como otros tantos truenos.

Como el señor de Taverney tenía un coche de la corte, esperaba este aparte de los demas. Montó en él con Andrea y Felipe, y en seguida se cerrò la portezuela.

--Amigo mio, dijo Felipe al lacayo mientras cerraba la portezuela, sube al pescante con el cochero.

--Por qué? por qué? preguntó el baron.

—Porque el pobre diablo está de pié desde esta mañana, y es bien justo que deberá estar muy cansado, dijo Felipe.

El baron murmurò algunas palabras que Gilberto no pudo oír distintamente, y el lacayo que no se hizo de rogar, se sentó al lado del cochero.

Gilberto se fué aproximando poco á poco.

En el momento en que el coche iba á ponerse en camino se observò que uno de los tirantes estaba desatado.

El cochero bajó y el carruaje permaneciò todavía un instante parado.

—Es muy tarde, dijo el baron.

—Estoy muy cansada, murmuró Andrea: ¿si encontrásemos siquiera donde dormir?

—Yo espero que sí, dijo Felipe: he enviado directamente á La-Brie y Nicolasa desde Soisons á París, y les he dado una carta para un amigo mio, en-

cargándole que nos guarde un pabellon que su madre y su hermana habitaron el año pasado. No es un alojamiento de lujo, pero á lo menos es una casa cómoda.

—Pardiez, dijo el baron, valdrá por lo menos tanto como Tavernuey.

—Desgraciadamente sí, padre mio, dijo Felipe sonriendo con melancolia.

—Tendré árboles? preguntò Andrea.

—Sí, muy hermosos; solo que, segun todas las probabilidades, no gozarás de ellos mucho tiempo; porque tan luego como se haga el casamiento serás presentada.

—Vamos, gozamos de un hermoso sueño, procuremos no despertar demasiado pronto. Felipe, ¿has dado las señas al cochero?

Gilberto escuchó entonces con terrible ansiedad.

—Sí, padre mio, dijo Felipe.

Gilberto, que lo habia oido todo, abrigò por un momento la esperanza de oir las señas.

—No importa, dijo, los seguiré. ¿No podré hacerlo no habiendo mas que una legua desde aquí á París?

Atado el tirante del coche, volvió á subir el cochero á su asiento, y el carruaje principiò á rodar..

Pero los caballos del rey corren mucho cuando no tienen precision de ir en hilera, y nuestro pobre filósofo tuvo ocasion de acordarse del camino de Lachaussée, de su desmayo y de la inutilidad de sus esfuerzos en seguir al coche.

Notardó en palpar la oportunidad de estos re-

cuerdos, pues los caballos principiaron á correr al galope, y ya habia hecho un esfuerzo, ya habia alcanzado el estribo de la trasera, que habia dejado vacante el lacayo fatigado, se agarraba á él, y ya iba á trepar, cuando le ocurrió el pensamiento de que aquel sitio era la trasera del coche de And'rea, es decir, que iba á ocupar el puesto de un lacayo.

—¡Oh, no, murmuró el inflexible jóven, que no se diga nunca que he dejado de luchar hasta el último momento! mis piernas están fatigadas, pero mis brazos no lo están.

Y agarrando con sus dos manos el estribo, sobre el cual habia puesto la punta de sus zapatos, se dejó arrastrar debajo del asiento, y á pesar de los vaivenes y sacudimientos, se mantuvo por el vigor de sus brazos en aquella posicion difícil antes que capitular con su conciencia.

—Sabré sus señas, murmuró, es forzoso que las sepa. Pasaré otra mala noche, pero mañana descansaré en mi silla copiando música. Además, tengo todavía dinero, y puedo dormir dos horas si quiero.

En seguida reflexionó que Paris era muy grande y que se perdería en él, puesto que no le conocia cuando el baron y sus hijos entrasen en la casa que les habia escogido Felipe.

Por dicha suya eran las doce de la noche y amanecía á las tres y media de la mañana.

Mientras Gilberto iba reflexionando en todo esto, observó que atravesaba una gran plaza, en medio de la cual se elevaba una estatua ecuestre.

—Calla! ¿no es esta la plaza de la Victoria? exclamó con alegría y sorpresa á la vez.

El coche dió una vuelta, y Andrea sacó la cabeza por la portezuela.

—Aquí está la estatua del difunto rey. Ya hemos llegado, dijo Felipe.

Bajaron por una pendiente bastante rápida, donde Gilberto estuvo á punto de caer bajo las ruedas.

—Esta es la casa: ya hemos llegado, repitió Felipe.

Gilberto dejó á sus piés tocar la tierra, y se lanzó al otro lado de la calle ocultándose detrás de un guarda-canton.

Felipe fué el primero que saltó fuera del coche, y despues que hubo llamado, acudió á recibir á Andrea en sus brazos.

El baron bajó el último.

—Ola! dijo, ¿si pensarán esos belitres hacernos pasar la noche aquí?

En este momento se oyó la voz de La-Brie y Nicolasa, y se abrió una puerta.

Los tres viajeros penetraron en un zaguan oscuro, cuya puerta se cerró en seguida.

El coche y los lacayos partieron en direccion de las caballerizas del rey.

La casa en que acababan de desaparecer los tres viajeros no tenia nada de notable; pero al pasar el coche alumbró la casa inmediata, y Gilberto pudo leer:

Fonda de Armenonville.

Solo le faltaba conocer la calle.

Llegó al extremo mas pròximo, que era el mismo por donde habia marchado el coche, y con gran asombro suyo encontró la fuente en donde acostumbraba á beber. Anduvo diez pasos por una calle paralela á la que dejaba, y reconoció la casa del tahonero que le vendia el pan.

Dudaba todavía, y volvió hasta el ángulo de la calle, cuando á la luz lejana de un farol pudo leer en una piedra blanca las tres palabras que pocos dias antes habia leído cuando volvia de herborizar con Rousseau en los bosques de Meudon:

—Calle de Platriere.

Andrea se hallaba á cien pasos de él, menos lejos que habia estado en Taverney de su humilde aposento cerca de la reja del castillo.

Se dirigió entonces hácia la casa de su protector; bien pronto llegó á su puerta, esperando que no habrian tirado hácia dentro el cabo del cordon que levantaba el picaporte interior.

Como la fortuna se habia propuesto favorecer aquel dia á Gilberto, tuvo la dicha de hallar el benéfico cordon, del cual tiró, y al cabo de un instante cedió la puerta.

Sube la escalera á tientas, de escalon en escalon, sin hacer ruido, y toca al fin con los dedos el candado de su cuarto, al que Rousseau por complacencia habia dejado la llave.

Al cabo de diez minutos la fatiga habia podido mas que sus pensamientos, y Gilberto se quedó dormido, esperando impaciente los sucesos del dia siguiente.

VX.

El pabellon.

TAN tarde entró Gilberto en su habitacion, tan tenaz el sueño que tenia, que no se acordó de colocar sobre el ventanillo el trapo que servia para interceptar la luz del sol cuando asomaba por el oriente.

Este sol, hiriendo sus ojos á las cinco de la mañana, le despertó al punto y se levantó con inquietud por haber dormido demasiado.

Gilberto, hombre de los campos, sabia, conocia perfectamente las horas por el color mas ó menos rojo de los rayos del sol, y corrió á consultar su reloj.

La palidez de la luz, que apenas alumbraba las copas de los árboles, le tranquilizó, pues veia que le-

jos de haberse levantado tarde, se habia levantado demasiado temprano.

Gilberto principiò á vestirse en la ventana, pensando en los acontecimientos de la víspera, y presentaba lleno de placer su frente abrasada á la brisa fresca de la mañana; despues se acordó de que Andrea vivia en una calle inmediata, cerca de la fonda de Armenonville, y quiso adivinar en cual de todas aquellas casas se hospedaba.

Al ver las arboledas que se dominaban desde su aposento, se acordó de las palabras de la jóven, que habia oido la víspera.

—Hay árboles? habia preguntado Andrea á Felipe.

—¡Qué casualidad si hubiera elegido el pabellon inhabitado del jardin! decia Gilberto.

Esta reflexion llevó naturalmente á Gilberto á ocuparse del pabellon.

Por una coincidencia estraña con su pensamiento, llamaron su atencion hácia este lado cierto ruido y un movimiento estraordinario, y vió moverse una de las ventanas de aquel pabellon, que por tanto tiempo habia estado, al parecer, condenada; los postigos cedian por la parte superior; pero demasiado ajustados por la inferior, sin duda á causa de la humedad, ofrecian alguna resistencia al abrirse hácia fuera.

Pero por último, un empuje violento hizo rechinar la madera, y las dos hojas, bruscamente sacudidas, dejaron entrever á una jóven, todavia encendida con los esfuerzos que acababa de hacer, y sacudiendo sus manes empolvadas.

Gilberto lanzó un gríto de asombro, y se retirò hácia atrás; pues aquella jóven, que veia todavía embotijada de sueño y que se desprecizaba al aire libre, era Nicolasa.

No podia dudar un momento, pues la víspera habia anunciado Felipe á su padre y su hermana, Labrie y Nicolasa tenian el encargo de preparar su alojamiento. Aquel pabellon era el alojamiento preparado; aquella casa de la calle de Coq-Heron, donde habian entrado los viajeros, tenia sus jardines contiguos á la espalda de la calle de Platriere.

El movimiento que habia hecho Gilberto fué tan marcado, que si Nicolasa, bastante lejana por otra parte, no hubiese estado tan ocupada en esa contemplacion ociosa que es una verdadera felicidad al despertar, habria visto á nuestro filósofo á tiempo de retirarse de la ventana.

Pero Gilberto se habia ocultado con tanta mas prontitud cuanto que no queria ser descubierto por Nicolasa desde el mezquino ventanillo de una boardilla; talvez si hubiera vivido en un piso principal, y si por su ventana abierta hubiera podido verse detrás de él ricos tapices y muebles suntuosos, habria tenido menos temor de ser visto; pero una boardilla le rebajaba demasiado para que no pusiera el mayor cuidado en ocultarse. Por otra parte, no es poca la ventaja de ver sin ser visto.

Tambien justificó su accion la oportuna idea de que si Andrea llegaba á saber que estaba allí, esto seria suficiente para que se retrajera de pasear por el jardin.

Ay! el orgullo de Andrea le engrandecía mucho mas á sus propios ojos. ¿Qué importaba Gilberto á Andrea, y qué cosa podria obligarla á dar un paso para aproximarse ò alejarse de él? ¿No pertenecía á esa clase de mugeres que salen del baño delante de un lacayo ó de un rústico, porque creen que un lacayo ó un rustico no son hombres?

Pero Nicolasa no pertenecía á esta clase, y era preciso evitar su vista.

Hé aquí la razon sobre todo porque Gilberto se habia retirado tan bruscamente.

Pero nuestro filósofo no podia retirarse para permanecer lejos de la ventana; aproximóse, pues á ella dulcemente, y se atrevió á dirigir una mirada furtiva.

Acababa de abrirse otra ventana situada en el primer piso exactamente debajo de la primera, y se presentó una forma blanca: era Andrea que acababa de despertar, Andrea con su bata de muselina blanca y ocupada en buscar la chinela que acababa de escaparse de su lindo pié, todavía dormido, y que se habia extraviado debajo de una silla.

Por mas que jurase Gilberto siempre que veia á Andrea de formarse una muralla con su odio, en lugar de dejarse arrastrar de su amor, siempre resultaba el mismo efecto de la misma causaa; se vió obligado á apoyarse en la pared: su corazon palpitaba con fuerza, y sus latidos hacian hervir la sangre en todo su cuerpo.

Sin embargo, poco á poco se fueron calmando las arterias del jóven, y pudo reflexionar, porque se trata-

ba, como hemos dicho, de ver sin ser visto. Tomó uno de los vestidos de Teresa, lo sujetó con un alfiler á una cuerda que atravesaba su ventana en toda su anchura, y bajo esta cortina improvisada pudo ver á su satisfaccion á Andrea sin temor de ser visto por ella.

Andrea imitó á Nicolasa: estiró sus hermosos brazos blancos, que por un momento separaron la bata, y pasado un instante se asomó á la ventana para examinar mas á su satisfaccion los jardines circunvecinos.

Entonces espresó su rostro una satisfaccion marcada, y ella, que tan raras veces se sonreía á los hombres, doró su semblante con una sonrisa inocente que dedicó al espectáculo de la naturaleza que tenia ante sus ojos.

Por todas partes veía árboles frondosos; por todas partes estaba rodeada de verduras.

La casa de Gilberto atrajo las miradas de Andrea, como todas las demas casas que circundaban el jardin.

Desde el sitio donde estaba Andrea no se podia ver mas que las boardillas, del mismo modo que desde ellas solo se podia ver á Andrea: pero ni remotamente se acordó de fijar su atencion en la boardilla donde se hallaba Gilberto; porque ¿qué podia importar á la orgullosa jóven la clase de gente que la habitaba?

Andrea, pues, quedó convencida, despues de su exámen, de que nadie la veía, y que sobre los límites de aquel tranquilo retiro no aparecia ningun semblante curioso ò jovial de esos parisienses burlones, tan temidos por las mugeres de provincia.

Este resultado fué inmediato. Dejando Andrea abierta de par en par la ventana para que el aire matinal pudiese bañar hasta los últimos rincones de su aposento, se dirigió hácia la chimenea, y comenzó á vestirse, ó mas bien á desnudarse, en la penumbra de la estancia.

Notardó mucho rato en llegar Nicolasa, que desatando las correas de un cofre-maleta de piel de zapa, que databa desde el tiempo de la reina Ana, cojió el peine de concha y soltó los cabellos de Andrea.

En un momento cayeron sobre los hombros de la jóven las largas trenzas y los ensortijados bucles.

Gilberto lanzó un suspiro medio sofocado, porque apenas habia podido apreciar los hermosos cabellos de Andrea que la moda y la etiqueta acababan de cubrir de polvo; pero conocia á Andrea, á Andrea medio vestida, cien veces mas hermosa con su desaliño que lo hubiera sido con los mas ricos atavíos. Su boca crispada no tenia ya saliva: sus manos estaban calenturientas, y á fuerza de fijar sus ojos apenas veia.

La casualidad hizo que mientras Andrea se peinaba, levantase la cabeza y clavase sus hermosos ojos en la boardilla de Gilberto.

--Sí, sí, mira, mira, murmuró Gilberto: por mas que hagas, no verás nada mientras yo lo veo todo.

Gilberto se engañaba, pues Andrea veia algo, y este algo era un vestido flotante, que rodeaba la cabeza del jóven á guisa de turbante, y como se le señalase con el dedo á Nicolasa, esta interrumpió la tarea complicada que habia emprendido y designando con el pei-

ne la ventanilla, parecia interrogar á su ama si era aquel objeto el que señalaba.

Aquellos ademanes que devoraba Gilberto, y de que gozaba tan locamente, tenian, sin que él lo sospechase, un tercer espectador.

Gilberto sintió de repente que una mano brusca arrancaba de su frente el vestido de Teresa, y cayó como herido de un rayo al ver á Rousseau.

¿Qué diablo estais haciendo aqui, caballero? preguntó de pronto el filósofo frunciendo el ceño y haciendo un gesto desagradable y un exámen detenido escrutador del vestido de su mujer.

Gilberto hizo cuantos esfuerzos le fué posible por apartar de la ventana la atencion de Rousseau.

--Nada, señor, dijo, absolutamente nada.

--Nada, ¿entonces con qué objeto os ocultabais debajo de este vestido?

--Me ofendia el sol.

--¿Estamos al poniente y el sol os ofende al tiempo de salir? teneis muy delicados los ojos.

Gilberto añadió trémulo y balbuceando algunas palabras, y conociendo que cuanto mas hablaba mas se condenaba á sí mismo, ocultó su cabeza entre sus manos.

--Mentís y teneis miedo, dijo Rousseau, luego haciais mal.

Y despues de esta terrible lògica, que acabò de quitarle todo el valor de espíritu que intentaba Gilberto oponer á la curiosidad maliciosa de Rousseau, este vino á cuadrarse delante de la ventana.

Por un sentimiento demasiado natural para que haya necesidad de ser explicado, Gilberto, que momentos antes temia ser visto en aquella ventana, se lanzó á ella al acercarse Rousseau.

--Ah! ah! dijo este con un tono que heló la sangre en las venas de Gilberto, el pabellon está ya habitado.

Gilberto poniendo en ejecución el plan de guardar silencio, que creyó mejor para precaver los resultados de las esplicaciones que debería hacerle el filósofo precisamente, no desplegó sus lábios.

--Y por gentes, continuó el filósofo sin deponer el ceño, por gentes que conocen mi casa, porque se la enseñan unos á otros.

Gilberto, que comprendió que habia avanzado demasiado, hizo un movimiento hácia atrás.

Ni el movimiento ni la causa que lo habia producido, se escaparon á la penetracion de Rousseau, quien comprendió perfectamente que Gilbreto temia ser visto.

--No, no, dijo cojiendo al jóven por el brazo, no huyais, amigo mio; allá abajo traman alguna cosa pues señalan vuestra boardilla; colocaos aquí si os place.

Y lo arrastró hasta delante de la ventana, descubierto, trémulo, anonadado de vergüenza y de temor.

—Oh! ¡no, señor, no, por piedad! exclamó Gilberto haciendo los mayores esfuerzos para escaparse.

Pero para efectuarlo así, lo que era fácil á un jóven fuerte y ágil como Gilberto, era preciso que trabase una lucha, y una lucha con Rousseau, una lucha con su Dios; el respeto le contenia.

—¿Conoceis á esas mugeres, dijo Rousseau, y ellas os conocen?

—No, no, no, señor.

—Pues si no las conoceis, ni ellas os conocen, ¿por qué no quereis asomaros?

—Señor Rousseau, algunas veces habeis tenido secretos en vuestra vida, ¿no es verdad? Pues bien, respetad un secreto.

—Ah traidor! exclamó Rousseau; sí, conozco los secretos de esta especie; tú eres una criatura de los Grimm, de los Holbach: te han hecho aprender un papel para captar mi benevolencia: te has introducido en mi casa y me vendes. ¡Oh, necio de mí! oh! estúpido amante de la naturaleza: creo socorrer á uno de mis semejantes, y traigo á mi casa un espía.

—Un espía! exclamó Gilberto casi indignado.

—Veamos; ¿cuándo piensas venderme, Julietas? dijo Roussau cubriéndose con el vestido de Teresa, que habia guardado maquinalmente en su mano, y creyendo hallarse sublime de dolor, cuando despreciadamente solo estaba ridiculo y risible.

—Señor, mirad que me estais calumniando, dijo Gilberto.

—¿Os calumnio, oh, víbora, exclamó Rousseau, cuando te sorprendo ocupado en entenderte por señas con mis enemigos, y acaso en decirles el asunto de mi última obra?

—Señor, si hubiese venido á vuestra casa para revelar el secreto de vuestro trabajo, no me hubiera sido mas fácil habiendo hecho copiar vuestros manus-

critos que están sobre vuestro bufete, que contar por señas el asunto de que tratais en ellos?

Era muy cierto y muy lógico lo que decia Gilberto, y Rousseau conoció tan claramente que habia dicho una de esas atrocidades que se le escapaban en sus monomanías, que se incomodó sobremanera, y añadió:

Caballero, dispensadme lo que voy á deciros: la experiencia me ha hecho severo; pues mi existencia entera ha pasado entre continuas decepciones; todos me han vendido y martirizado. Yo soy, ya lo sabéis, uno de esos ilustres desgraciados que los gobiernos pregonan como malhechores, y ya podeis figuraros que en tan triste situacion, lícito me será ser desconfiado y receloso. Así que, tengo sospechas de vos, y es menester que os marcheis de mi casa.

Gilberto no esperaba esta peroracion.

¡El, Gilberto, ser echado de la casa de Rousseau!

Cerró sus puños crispados, y una mirada centellante hizo estremecer á Rousseau.

Pero el rayo que sus ojos fulminaron pasó pronto y se estinguió sin ruido.

Gilberto habia reflexionado que al partir iba á perder la felicidad tan dulce de ver á Andrea á cada instante del dia, y todo esto perdiendo la amistad de Rousseau: esto era á la vez una desgracia y una afrenta.

Cayó desde lo alto de su orgullo salvaje, y juntando las dos manos, dijo:

—Señor, escuchadme una palabra, una sola...

—Soy implacable, exclamó Rousseau; los hombres me han hecho con sus injusticias mas feroz que un

tigre. Etais en correspondencia con mis enemigos... lo sé: id á reuniros con ellos, no os lo impido; ligaos con ellos, no me opongo, pero salid de mi casa.

—Señor, esas dos jóvenes no son enemigas vuestras; son la señorita Andrea y Nicolasa.

—¿Y quiénes son esa Andrea y Nicolasa? preguntò Rousseau á quien no eran del todo desconocidos aquellos nombres que habian salido ya en dos ó tres ocasiones de los labios de Gilberto. Decidme, si os place, quienes son?

—La señorita Andrea, señor, es la hija del baron de Taverney; es oh! perdonadme que os diga tales cosas, pero me obligais á ello, es la que amo mas que habeis amado á la señorita Galley, madama de Warenkizi á otra persona alguna; es la que he seguido á pié, sin dinero, sin pan, hasta que caí en el camino abrumado de fatiga y de dolor; esa es la que ayer he ido á ver en San Dionisio, tras la que he corrido hasta la Muette, que volví á acompañar sin que me viese desde allí hasta la calle vecina á la vuestra, la que casualmente he visto esta mañana en ese pabellon, y en fin, la misma por quien yo quisiera ser un Turena, un Richelieu ó un Rousseau.

—Hé ahí un gran corazon, ó un gran pícaro, dijo, pero despues de todo, si conspiran contra mí, ¿por qué no he de tener en mis manos los hilos de la conspiracion?

Gilberto habia dado cuatro pasos hácia la puerta, y puesta la mano sobre el picaporte, solo esperaba la última palabra que lo despidiera definitivamente ó lo llamase.

—Bastante hemos hablado ya de este asunto, amigo mio, continuò Rousseau. Si estais enamorado hasta el punto que decís, ay! tanto peor para vos. Pero ya se hace tarde; habeis perdido el dia de ayer, y ahora recuerdo que hemos de copiar hoy treinta páginas entre los dos. Alerta, Gilberto, alerta!

Pero antes de salir, y en tanto Gilberto permanecia junto á la puerta, volvió aproximarse Rousseau á la ventana y mirò á las dos jóvenes.

En aquel momento acababa Andrea precisamente de dejar caer su bata y tomaba un vestido de manos de Nicolasa.

Al ver Andrea aquella cabeza pálida, aquel cuerpo inmóvil, hizo un movimiento brusco, hácia atrás, y mandò á Nicolasa que cerrara la ventana.

Nicolasa obedeció al instante.

—Vamos, dijo Rousseau sonriendo con amarga ironia, mi cabeza de viejo le ha causado miedo; la de este jóven no le asustaba tanto. Oh! hermosa juventud! añadió suspirando.

O guiventu primavera del eta.

O primavera guiventu del anno.

Y volviendo á colgar del clavo el vestido de Teresa, comenzó á bajar con el corazon henchido de melancolía, la escalera detrás de Gilberto, por cuya juventud hubiera tal vez trocado en aquel momento aquella reputacion que equilibraba la de Voltaire, y partia con ella la admiracion del mundo entero.

FIN DEL TOMO 1.º DE LA 2.ª PARTE.

